

Lola Rey

DA CAPO

Nueva York, 1892. Una violinista y un director encabezan una revuelta musical que desafiará a la época al crear una orquesta solo de mujeres, que tocará la sinfonía de un nuevo tiempo.



VESTALES

Rey, Lola

Da Capo, 1.a ed., San Martín: Vestales, 2024.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8944-69-2

1. Narrativa. 2. Novelas Históricas. I. Título

CDD 863

© Editorial Vestales, 2024.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-8944-69-2

Primera edición en libro electrónico (epub): Junio de 2024

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,

sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,

bajo las sanciones establecidas en las leyes,

la reproducción total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento,

comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,

y la distribución de ejemplares de ella

mediante alquiler o préstamos públicos.

*Con afecto y admiración,
a la doctora Amparo Flores,
mujer valiente, honesta
y excelente profesional.
Tu guía, consejo y amable predisposición
han sido como la luz de un faro
en medio de un oscuro mar.*

Nueva York, 1892.

—Madre, por Dios, ¿qué dice la carta?

La señora Wilson levantó la mirada brillante por las lágrimas que trataba, con poco éxito, de contener. Tenía los labios y las manos temblorosas. Sabía que su conducta preocupaba a Lauren, su hija, pero no podía evitarlo; apenas hacía dos meses que su marido, el señor Richard Wilson, había fallecido y, si bien había tenido la sospecha de que como consecuencia de ese hecho su vida cambiaría de forma drástica, ni en sus peores pesadillas había imaginado que el cambio sería tan demoledor. La misiva que sostenía era remitida por el señor Harris, quien había sido socio a partes iguales de su esposo, y lo que le contaba daba una dimensión nueva a los sucesos que lo habían alterado durante los últimos meses. Ahora entendía la pérdida de peso de Richard, el malhumor, la preocupación que parecía atenazarlo y que apenas lo dejaba conciliar el sueño, hasta que un ataque al corazón acabó con él.

La palidez del rostro de su madre junto al temblor evidente de labios y manos comenzaron a preocupar a la joven Lauren. El dramatismo de la mujer no le era ajeno: reacciones exageradas, convenientes vahídos siempre que alguien le llevaba la contraria en asuntos que ella estimaba de suma importancia y frecuentes quejas habían sido la cantinela con la que había crecido. Había aprendido a no dejarse manipular por ellas, pero al observar la lividez que presentaba en el rostro, comprendió que la conmoción que manifestaba no podía ser fingida.

—Madre, no puede ser tan malo. —Pero a la vez que lo decía sabía que sí, que la misiva del señor Harris debía de contener una desgracia de enorme magnitud.

La señora Wilson intentó sin éxito dar voz a la angustia que la oprimía. En cincuenta y tres años de acomodada vida, y a pesar de sus continuas quejas y lamentos, nunca había tenido que enfrentar un problema serio más allá del repentino fallecimiento de su esposo, el cual era inevitable y sabía que algún día llegaría. Ni la educación recibida, ni la experiencia la habían preparado para enfrentar un desastre semejante y, por primera vez, sintió miedo.

—Lauren, querida... —No logró terminar la oración, la voz estrangulada por un súbito sollozo.

Impaciente, la joven le arrebató la fina hoja de papel y comenzó a leer con avidez mientras la señora Wilson enterraba la cara entre las manos sin dejar de temblar.

—No es posible... —Al escuchar el quejido de su hija, la señora Wilson arreció los lamentos.

Sin apenas ser consciente, Lauren dejó caer la fina hoja de papel que acababa de cambiar su vida al suelo y, como si de una marioneta a la que le acaban de cortar las cuerdas se tratase, se dejó caer sobre el diván phyfe que su madre conservaba como una preciada posesión.

—Yo creía... Siempre pensé que la empresa...

Se calló. Las implicaciones de la carta del señor Harris eran brutales. Oía los sollozos de su madre como algo lejano, absorta en la angustia que sentía mientras trataba de asimilar lo que acababa de leer. De repente, la forma en la que había crecido le pareció una mentira, y un desagradable sentimiento de vergüenza y pesar la inundó.

Hasta ese momento, había vivido despreocupada, ajena a las dificultades que su padre atravesaba, nunca se había planteado que la vida acomodada y llena de privilegios que llevaba pudiese cambiar, nunca pensó en el trabajo que costaba la manutención de esa especie de burbuja a la que estaban acostumbradas. Por un terrible momento, el pánico le impidió pensar con claridad: era como si le faltara el aire y el hecho mismo de respirar requiriese de ella un esfuerzo sobrehumano. Pero enseguida recordó los consejos del señor Schröder, su profesor de violín, y comenzó a inhalar y retener el aire para luego soltarlo lentamente hasta poco a poco lograr aclarar la mente.

—Mañana visitaremos en persona al señor Harris, debe de haber algo que podamos hacer. —No pudo evitar sonar algo temblorosa, pero después del impacto inicial, Lauren sentía que poco a poco volvía a retomar el control de sí misma.

—¿Acaso no has leído lo que pone en la carta? ¡Lo hemos perdido todo!

Lauren detectó la incipiente ansiedad en el tono de voz. La actitud agitada de su madre habitualmente la sacaba de quicio, pero en ese momento no pudo evitar compadecerla. Verla casi al borde del colapso hizo que toda debilidad se transformara en decisión.

—Madre, sube a tu habitación y métete en la cama. Le diré a Jane que te lleve un caldo caliente.

—¿Cómo pretendes que duerma cuando estamos en la ruina más absoluta?

La voz de Lauren sonó dura.

—El hecho de que permanezcas despierta no va a cambiar nada y, cuanto más descansadas estemos, mejor conservaremos la capacidad de ver las cosas con claridad.

—No necesitamos claridad, todo está muy claro: estamos quebradas, no poseemos nada. —La mujer abrió los ojos desmesuradamente—. ¡No creo poder soportar la vergüenza!

Lauren luchó por mantener el poco valor que había conseguido reunir, tragó saliva y sentenció:

—Mañana iremos a ver al señor Harris; como mínimo merecemos que nos lo diga mientras nos mira a los ojos.

Cuando por fin consiguió que su madre se encaminara a la habitación y, tras dar indicaciones a la doncella de que le pusiera un poquito de láudano en el té, Lauren dio rienda suelta a la consternación que sentía y, sin poder evitarlo, sintió cómo ardientes lágrimas de impotencia y miedo le resbalaban por las mejillas. En ese momento de soledad, Lauren intentó contemplar todas las opciones de las que disponían, pero la magnitud de la desgracia le impedía pensar con claridad. Comprender las pocas salidas que tenían y, sobre todo, lo poco preparada que se sentía para afrontar la situación la llenó de vergüenza; recordó lo emocionante que le habían parecido de niña *Las aventuras de Huckleberry Finn*: ella solía leer sentada en un cómodo diván junto al calor que desprendía el fuego de la chimenea, mientras esperaba que una criada le sirviese el té. Ahora, al observar a su alrededor, tomó conciencia de que muchos de los lujos de los que disfrutaban llegarían a su fin.

* * *

Lauren apretaba los puños con fuerza sin ser consciente de que sus nudillos se tornaban blancos mientras oía lo que el señor Harris les decía. Él parecía una pálida sombra del hombre que había sido. Delgado y ojeroso, tenía el rostro macilento y aparentaba no haber dormido en días. Cuando les abrió la puerta del despacho, un enorme peso pareció caerle sobre los hombros y, ver esa actitud derrotista junto al contenido de la carta, acabó de convencer a Lauren de que no había posibilidad de aferrarse a la vana esperanza de que todo fuese un malentendido.

La señora Wilson permanecía agarrada a su bolsito de mano con los labios apretados en una fina línea; miraba al señor Harris con tanta aversión que Lauren sintió un poco de compasión por el hombre al que claramente las cosas no le iban mucho mejor que a ellas.

—¿A qué debo el placer de su visita?

Antes de que la señora pudiera responder, Lauren tomó la palabra.

—Señor Harris, como usted podrá suponer, la misiva que nos envió ayer nos dejó completamente devastadas. —El hombre bajó la vista apesadumbrado—. Nos gustaría conocer los detalles de cómo hemos llegado a esta situación.

—Por supuesto, señorita, tomen asiento por favor.

Una vez acomodadas, el hombre carraspeó y entrelazó las manos antes de comenzar a hablar.

—El señor Wilson y yo decidimos embarcarnos en una operación que sabíamos que era arriesgada, pero la presión de la competencia cada vez era mayor y pensamos que la única forma de posicionarnos frente a nuestros rivales era ser más osados que ellos, así que invertimos todo lo que teníamos en el nuevo proyecto, seguros de que era algo que ofrecía todas las garantías y nos haría ganar mucho dinero.

Movió la cabeza de un lado a otro, como si aún no pudiese creer que los planes tan cuidadosos que habían esbozado no hubiesen funcionado.

—Todas las nuevas líneas de ferrocarril que se han abierto hacia el oeste han sido un éxito, sin embargo en el tendido de nuestra ruta se encontró petróleo.

—¿Y eso no es una buena noticia? —interrumpió Lauren.

—Lo habría sido si las tierras hubieran sido nuestras, pero nosotros solo financiamos la construcción del ferrocarril con la condición de que recibiríamos los dividendos de los beneficios que reportara. Ahora no pasará por allí.

—Pero hará falta un medio de transporte para llevar provisiones, personal... ¿Por qué no se puede desviar el trazado original manteniendo el proyecto?

Al escucharla, el señor Harris enrojeció un poco y carraspeó.

—Bueno, creo que es un asunto que quizá una joven dama como usted...

—¡Déjese de monsergas! —La muchacha ignoró la expresión horrorizada de su madre, que permanecía lívida junto a ella, y prosiguió alzando la voz.

—¿Cree que hay algo que me pueda decir que sea peor que el hecho de que nos hemos quedado en la ruina?

El señor Harris tragó saliva.

—Bueno, en realidad su padre se negó rotundamente a tocar el dinero destinado a su dote, no han quedado del todo desamparadas.

—¿Y ese dinero hasta cuándo nos permitirá vivir sin preocuparnos? ¿Un año? ¿Dos?

El hombre bajó la vista, consciente de que lo que la joven decía era cierto.

—El caso, señorita, es que fuimos engañados.

—Entonces podrá recurrir a los tribunales.

Mientras negaba con pena, el señor Harris continuó la explicación.

—Legalmente no hay engaño, nosotros firmamos un contrato según el cual recibiríamos los beneficios por el ferrocarril en el que se especificaba el trazado que seguiría. El hecho de que el mismo haya cambiado nos deja fuera del trato.

—¡Pero eso es una canallada!

—Así es; el señor Carmel ha demostrado ser un sujeto sin escrúpulos ni palabra. Un verdadero estafador, pero por desgracia la ley lo ampara.

Lauren permaneció en silencio durante unos minutos mientras sopesaba las palabras del socio de su padre. Lauren comprendió que el mundo se asemejaba a una selva donde los débiles e incautos no tenían nada que hacer.

—¿Qué va a hacer usted? —Por lo que sabía, el señor Harris no tenía esposa ni hijos.

—Imagino que buscaré trabajo en alguna oficina, o quizá algún banco me contrate.

El tono lastimoso del hombre hizo que Lauren sintiese compasión por él, pero enseguida recordó que ella tenía que lidiar con su propio drama. Tirando con suavidad del brazo de su madre, que había permanecido como ausente durante todo el tiempo que duró la entrevista, se despidió.

—Le deseo mucha suerte, señor Harris. —Y sin añadir nada más salió del despacho, medio aturdida por las revelaciones que acababa de escuchar.

Esa noche no pudo conciliar el sueño. La señora Wilson había tomado una tisana con unas gotitas de láudano, y ella permaneció en el que había sido el despacho de su padre.

Mientras todos en la casa dormían, ella revolvía los papeles y los libros de cuentas. Al cabo de un rato de analizar la documentación, concluyó cuán cándida había sido y cuánto costaba mantener una casa como la que poseían: el servicio, las comodidades de las que gozaban. Hizo cálculos para procurar reducir gastos en todo lo que se le antojó prescindible, pero nada parecía ser suficiente. Había sacado del banco todo el dinero que aún quedaba y que su padre había guardado como dote. Tal y como había

imaginado, le daría para vivir algo más de un año si mantenían el nivel de vida sin ningún cambio. Con creciente desesperación comenzó a repasar las opciones que tenían mientras trataba de mantener a raya el pánico que amenazaba con invadirla. Poco a poco las brumas de la desesperación se disiparon lo suficiente como para poder formular un plan. Respiró hondo y comenzó a tranquilizarse; sabía lo que tenía que hacer, no sería fácil, pero era necesario. A pesar de que su vida se disponía a dar un giro de ciento ochenta grados, el hecho de haber tomado una decisión la tranquilizó lo suficiente como para poder conciliar el sueño un par de horas.

—Si vendemos la casita de Los Hamptons conseguiríamos suficiente dinero como para mantenernos con comodidad casi otro año más, también debemos despedir a la mayor parte del personal. —La voz de Lauren se quebró ligeramente, era la decisión más difícil que había tomado—. Será terrible, pero no nos queda otra opción. Mantendremos solo a la cocinera y a Jane.

La señora Wilson la miraba con la boca abierta, y todo el horror que sentía podía verse dibujado en sus ojos. Lauren procuró ignorarla y continuó.

—Debemos vender el caballo y el carruaje, caminar no nos vendrá mal y en los casos en que realmente lo necesitemos podemos alquilar uno.

—¡No puedes hablar en serio!

La joven apretó los labios y contuvo una réplica mordaz. Su madre parecía creer que de manera casi mágica la situación iba a resolverse de un día para otro sin verse afectadas en lo más mínimo. Ignoró la exclamación y retomó el plan de acción.

—Afortunadamente nuestro guardarropa es más que suficiente para aguantar varios años, madre. —Lauren conocía la desmesurada afición de su madre por los vestidos, zapatos, joyas y demás fruslerías—. A partir de ahora debemos intentar comer con más frugalidad: alimentos de temporada, que siempre hay en los mercados y que están a mejor precio que los extravagantes productos de importación.

La señora Wilson dejó de llorar de repente. Levantó la cara enrojecida.

—Lauren, querida, ¿no crees que estás llevando las cosas demasiado lejos?

—¿Demasiado lejos? —La joven se levantó y comenzó a deambular por la estancia, incapaz de permanecer sentada—. ¿De dónde crees que sale el dinero? ¿Supones que nos va a llover del cielo solo porque somos unas Wilson?

—Pero hija, no puede ser tan terrible.

—El dinero de mi dote no durará por siempre, tenemos que acostumbrarnos a vivir con menos. —Alzó los brazos con frustración y exclamó—: ¡Por Dios Santo! ¡Aun así viviremos mejor que la mayoría de la gente en la ciudad!

—¿A qué gente te refieres, Lauren? Seremos las más miserables de nuestro entorno, no creo que la vergüenza me permita salir a la calle.

La mujer rompió a llorar de nuevo, lamentos desgarradores que sacudían su menudo cuerpo por entero. El rostro de la muchacha se endureció.

—No viviremos de ninguna manera si no hacemos algo al respecto.

La señora Wilson enmudeció de golpe y su rostro adoptó una palidez cadavérica. Por un instante, Lauren temió que su madre recurriera a alguno de sus convenientes vahídos, pero afortunadamente pareció pensarlo mejor y, mientras levantaba la barbilla, exclamó:

—No me encuentro bien, creo que me retiraré a mi habitación a descansar.

La joven no respondió nada, de hecho apenas la oyó. Una nueva idea comenzaba a tomar forma en su mente, algo que jamás se habría planteado si las circunstancias no hubiesen cambiado de una forma tan drástica. Una extraña sensación de vértigo la recorría, pero extrañamente la idea cada vez la llenaba de más entusiasmo. ¿Por qué no? Pensar en la reacción que tendría su madre al enterarse hizo que el incipiente entusiasmo se enfriase; aun así, se convenció de que sería la solución a todos los problemas que las aquejaban. Nunca más vivirían con los lujos a los que estaban acostumbradas, pero podrían disfrutar de una vida apacible y honesta; y lo mejor de todo: no necesitaría recurrir a la caridad, todo lo lograría por sí misma. La idea le resultó embriagadora. Sin llegar al nivel de esnobismo de su madre, Lauren era un producto de la sociedad elitista en la que se había criado. La buena clase neoyorquina era casi tan presumida como la añeja aristocracia inglesa. En esa sociedad pujante, un apellido ilustre que se remontase a los primeros colonos procedentes del *Mayflower* era más valorado que una gran fortuna, aunque ambas cosas solían ir unidas.

Los Wilson, a pesar de contar con un origen familiar modesto, habían entrado a la sociedad por la puerta grande: la buena educación de sus miembros, la fortuna que habían amasado un par de generaciones atrás y el buen nombre de su madre, quien provenía de una familia fundadora, lo habían hecho posible. Aunque Lauren a menudo había observado con cierto desdén las absurdas normas que le exigía su entorno, reconocía con sinceridad que el hecho de recurrir a la caridad se le hacía absolutamente intolerable. El orgullo era un defecto que había sido alimentado en ella desde antes de nacer.

No obstante, la decisión que le rondaba por la cabeza se le antojaba la única posible y, aunque sabía que su madre la desaprobaba y que los miembros de la sociedad no lo verían con buenos ojos, ella sentía que lograría mantener el orgullo razonablemente intacto: tendría que buscar un trabajo. La idea de pasar a formar parte de esa clase de mujeres que ganaban su sustento estaba tan alejada del que había sido su plan de vida, que no pudo evitar sentir un ligero vértigo al pensarlo.

* * *

Lauren movía los dedos de manera rítmica. Trataba de evitar que el nerviosismo los entumeciera, pero a su pesar se notaba tensa y sudorosa. Sabía que esas no eran las mejores condiciones para la prueba que se disponía a realizar, pero confiaba en su talento y, sobre todo, era consciente de que necesitaba salir airosa de la entrevista.

Desde que a los seis años había comenzado a tocar el violín, el instrumento se había convertido en su mejor amigo y en su compañero inseparable. Su profesor había sido un alemán que hablaba un inglés macarrónico y que pronto apreció en ella cualidades excepcionales. A los diez años, comenzó a dar los primeros conciertos entre las amistades de su familia, la flor y nata de la burguesía de Nueva York, y no había celebración o acto importante que no la requiriera como violinista. Cuando Lauren cumplió quince años, el señor Schröder declaró que no tenía nada más que enseñarle, pues el dominio que mostraba sobre el instrumento lo superaba.

Lauren era una gran enamorada de la música clásica; a los dieciséis años había acudido a ver a la Orquesta Filarmónica de Nueva York por primera vez. La dirigía Theodore Thomas e interpretaron la *Sinfonía Pastoral*, de Beethoven. La huella que escuchar esa música sublime y perfecta le había dejado en el alma nunca se borró y, a partir de ese día, siempre que era posible, y acompañada por su padre, acudía a los conciertos que ofrecía la orquesta. Recordarlo hizo que se entristeciera; él siempre la había apoyado en todos los proyectos que se había empeñado en acometer y, cuando supo que deseaba tocar el violín, encargó para ella un Stradivarius que fue traído directamente desde Italia. Lauren no pudo evitar preguntarse si su padre aprobaría el hecho de que buscara un trabajo. Estaba segura de que Richard Wilson había imaginado un futuro muy distinto para ella, pero también sabía que el hombre sentía gran admiración por las personas capaces de forjarse un futuro de la nada. Se convenció de que él estaría orgulloso de ella.

Tomar la decisión de buscar trabajo y encontrarlo eran dos cosas muy distintas; de hecho en ese momento se encontraba esperando atenazada por los nervios, ya que en entrevistas anteriores no había tenido suerte. Había acudido a la Asociación de Damas de Nueva York, que solía organizar conciertos y eventos para recaudar fondos y con la que Lauren había colaborado de forma altruista en diversas ocasiones. Había ido a ofrecer sus servicios como violinista. La señora Hartmann, presidenta de la asociación, le había dicho que habría estado encantada de contar con alguien con tan inmenso talento, pero que por supuesto esperaba que lo hiciese de forma gratuita. “Todo el dinero que recibimos va para la causa, querida”. Lauren ni siquiera tenía claro cuál era dicha causa, y se limitó a dar las gracias y a marcharse.

Después de eso, había visitado una por una a todas las familias notables de la sociedad neoyorquina, con las que hasta hacía unos meses se había codeado en diversos eventos y fiestas, pero todas se horrorizaban cuando escuchaban lo que pretendía, incluso la señora Geldof había sugerido que la “absurda idea” de trabajar no era más que un signo de soberbia.

Las únicas ofertas que había recibido eran de tabernas que ofrecían música en directo a los clientes. Lauren sabía que acabaría por ceder y aceptar alguno de esos trabajos, aunque para ello tuviera que mentirle a su madre. Se dijo a sí misma que esperaría dos semanas más: si en ese tiempo no lograba encontrar nada apropiado, aceptaría la oferta de la taberna que tuviese un aspecto más pulcro y decente. Fue durante ese lapso cuando, mientras ojeaba la sección de noticias del *New York Herald*, vio una oferta de empleo de la Orquesta Filarmónica. El corazón le comenzó a latir con fuerza mientras sentía que una corriente de energía la invadía. La orquesta solicitaba varias plazas de instrumentistas, entre ellas, tres para violinistas *di ripieno*. Enseguida supo que debía conseguir uno de los puestos; no solo le permitiría ganar un sueldo que, si bien sería modesto, le alcanzaría para alimentar a su madre y a sí misma con solvencia, sino que además la idea de tocar en una orquesta del prestigio de la Filarmónica de Nueva York, de la que tanto había disfrutado como espectadora, se le antojaba un sueño.

La audición comenzaba en cinco minutos. En la sala de ensayos, los músicos afinaban los instrumentos; conformaban una cacofonía que hacía casi imposible oír la voz de los demás. Ella flexionó los dedos por última vez y sacó el violín del estuche. Se ajustó la almohadilla bajo el mentón y casi con reverencia tomó el arco; el suyo era de curva cóncava, lo cual permitía una mayor tensión que los de curva convexa. Tocó la nota la; buscaba la afinación perfecta, pero el ruido que la rodeaba le impedía oír con nitidez, así que se alejó todo lo que le permitía la sala y, de espaldas al resto de aspirantes, comenzó a afinar. Se encontraba tan absorta en sus pensamientos y en la necesidad de ser aceptada en el puesto, que no fue consciente de las miradas de extrañeza que suscitó entre los que la rodeaban.

En ese momento, se abrió la puerta, y un ujier anunció que podían ir pasando en orden y de a uno. Varias cabezas se volvieron hacia donde ella se encontraba.

—Usted, señorita, pase primero por favor.

Lauren aceptó la caballerosa galantería de uno de los candidatos con una inclinación de cabeza. Inhaló profundamente antes de atravesar la puerta. De repente, se encontró en la sala de conciertos del Carnegie Hall; las dimensiones del lugar y, sobre todo, el verse sobre el imponente escenario, la sobrecogió.

—Disculpe, ¿usted es...? —Lauren observó a los cuatro hombres sentados en el patio de butacas; sin duda alguna, el tribunal que iba a realizar el proceso de selección.

Los hombres comenzaron a hablar en susurros entre sí, sonaban sorprendidos y alterados.

—La señorita Lauren Wilson, señor.

—¿“Wilson” dice?

—Sí, señor. —Más cuchicheos.

Tras varios minutos, el que parecía llevar la voz cantante, volvió a dirigirse a ella tras carraspear.

—Señorita Wilson, como imaginará, supone para nosotros una sorpresa inesperada el hecho de que usted sea una mujer.

—En el anuncio no especificaban género, señor.

—Se daba por entendido que...

—Caballero, sé tocar el violín mucho mejor que cualquiera de los aspirantes que esperan ahí fuera, no entiendo qué importancia puede tener el hecho de que sea mujer.

—Nunca alguien del género femenino ha formado parte de nuestra orquesta ni de ninguna otra que yo sepa.

—Quizá sea el momento de que eso cambie. —La indignación hizo que la voz le temblara. Comenzaba a temerse que ni siquiera le iban a permitir realizar la audición, así que sin dar tiempo a que los miembros del jurado pudiesen oponerse, acometió la interpretación del “Rondó” del *Concierto n.º 2* de Paganini como si le fuese la vida en ello.

Boston.

Logan Holton trataba de deshacerse de la bruma que aún persistía en su mente y que le impedía concentrarse en las palabras que el presidente del consejo directivo de la Orquesta Sinfónica de Boston le dirigía. Sabía que era un asunto serio, trascendental incluso, pero las ingentes cantidades de alcohol que había consumido la noche anterior junto al opio que había comenzado a fumar le impedían atender el discurso del señor Kearney con la debida concentración.

—Hemos tratado de ser comprensivos con usted, señor Holton —decía en ese momento el señor Kearney—, y durante los primeros meses hemos sido condescendientes con sus... disipadas costumbres. Pero en vista de que la situación no solo no mejora, sino que de manera evidente va de mal a peor, nos vemos en la penosa obligación de prescindir de su labor como director adjunto.

Logan sintió una especie de vacío, un mareo momentáneo, que paradójicamente lo ayudó a espabilarse de golpe.

—Señor Kearney, yo... —¿Realmente su voz había sonado tan gangosa y titubeante?

—Señor Holton, comprendo que la muerte de su esposa e hijo en ese horrible accidente fue un hecho devastador para usted —interrumpió su interlocutor, incómodo pero decidido—. Como le he dicho, hemos sido más pacientes de lo que la cortesía nos obligaba, pero nos debemos a la institución y al día de hoy usted no está en condiciones de desempeñar el trabajo para el que fue contratado.

Las palabras del hombre fueron como un fuerte golpe en el estómago. Toda la vida había soñado con ser director de orquesta; creyó tocar el cielo con las manos cuando dos años antes consiguió el puesto de director adjunto. Acompañaría a Arthur Nikisch, uno de los directores más prestigiosos del momento, director titular. Era joven, siete meses atrás había cumplido treinta y dos años, tenía un futuro prometedor ante sí, una mujer encantadora y un hijo de cinco años, Alfred. Había creído que era una especie de ser privilegiado al que un generoso dios había tocado con la punta del dedo índice.

¿Cómo había llegado a semejante situación? Tan solo seis meses atrás parecía tenerlo todo y de un día para otro había perdido a su mujer, a su hijo y ahora perdía el trabajo. Creía que ya nada podría causarle dolor, pero sorprendido descubrió que la última pérdida también dolía.

Tragó saliva y pensó algo que decir; se le pasó fugazmente por la cabeza pedirles que reconsideraran la decisión, pero la mirada implacable del señor Kearney le hizo comprender que el despido era inapelable, así que se limitó a asentir con la cabeza y a levantarse con lentitud. Al hacerlo, se tambaleó ligeramente.

—Señores, les pido disculpas, creo que ahora me marcharé a casa. —Cerró la boca de golpe al evocar el frío habitáculo al que ya no podía llamar “hogar”. Titubeó, dudaba de si debía añadir algo o no, pero la habitación parecía dar vueltas y, apelando al poco amor propio que aún le quedaba, comprendió que en las circunstancias en las que se hallaba lo mejor que podía hacer era guardar silencio.

Acababa de sujetar el picaporte con mano temblorosa cuando la voz del presidente hizo que se detuviese en seco.

—Señor Holton, no quiero que crea que somos insensibles a la tragedia que atraviesa, bien sabe Dios que cualquier otro hombre en una situación similar habría acabado en la locura. —La mirada del hombre, que hasta ese mismo momento había sido tan decidida, pareció expresar algo de emoción—. Usted ha desempeñado un trabajo encomiable hasta que... Bueno, ya sabe; si en unos meses consigue retomar las riendas de su vida, nos demuestra que ha superado el duelo y ha dejado atrás sus cuestionables costumbres, podríamos reconsiderar nuevamente el contrato.

Logan tragó saliva. Le habría gustado tener un motivo para enfadarse, gritar y romper cosas, pero sabía que todo lo que el señor Kearney había dicho era cierto. Le habría gustado también poder decir que lo conseguiría, que en unas semanas volvería a recuperar el empleo, pero era consciente de que no estaba en posición de asegurar algo así. Le dolía perderlo, sí, pero no sentía ni la fuerza, ni el ánimo como para intentar recuperarlo; de hecho, lo único que deseaba era conseguir otra botella de whisky y volver a emborracharse hasta perder el sentido.

Sin ser consciente de que se tambaleaba, se dirigió hacia su casa, hogar que solo unos meses antes le había parecido tan alegre y acogedor y que ahora estaba tan frío y vacío como él por dentro. Caminaba ajeno a las miradas de curiosidad que su andar vacilante provocaba en los transeúntes; pensamientos sombríos ocupaban toda su atención y no por primera vez desde hacía seis meses deseó estar muerto.

Al llegar rebuscó en todos los estantes hasta que encontró media botella de whisky y se abrazó a ella como un naufrago se agarraría a la tabla que le va a salvar la vida. La imagen sonriente de Alfred le pasó fugazmente por la mente y dio el primer trago, largo, ansioso, con la intención de barrer el dolor y los remordimientos que los recuerdos le provocaban.

Su mujer e hijo habían muerto en la calle, solos, mientras él coqueteaba con una conocida cantante de ópera, halagado de que ella, una vanidosa impenitente que habría flirteado hasta con un helecho, se hubiese fijado en él. El ego de Logan se inflaba con cada día que pasaba en el prestigioso puesto de trabajo, disfrutaba a pleno de los halagos, el galanteo y el oropel que rodeaba a todo artista reconocido. Y lo había perdido todo, como si el mismo dios que tan solo unos meses antes le había hecho sentirse el dueño del mundo, hubiese decidido en un alarde de capricho infantil despojarle de todo lo que tenía.

Los lúgubres pensamientos parecieron ahogarle, sintió que le faltaba el aire y una especie de angustiosa opresión le atenazó el pecho. Él sabía cómo deshacerse del doloroso puño que parecía asfixiarle poco a poco; se colocó la botella en la boca y comenzó a beber hasta que el alcohol lo dejó inconsciente.

* * *

Lauren esperaba impaciente que la señora Thurber la recibiera. Cuando algunos años atrás había oído que una mujer acababa de abrir la primera escuela nacional de música de los Estados Unidos, había intentado conseguir permiso para acceder a ella; la atraía la idea de tomar no solo las lecciones particulares del señor Schröder, pero su madre se había mostrado tajante:

—¿Un lugar al que también va gente de clase baja? ¡Sobre mi cadáver!

Desde luego, la iniciativa de la señora Thurber había dado muchísimo que hablar entre los *knickerbocker*, los representantes más influyentes de la sociedad neoyorquina; ellos consideraron que el proyecto era una locura en el mejor de los casos, pero lo cierto fue que la señora Thurber, ajena a las críticas y suspicacias, había patrocinado el primer festival wagneriano del país, y su nombre empezaba a asociarse inevitablemente con todo lo que tuviese que ver con la música clásica. El Conservatorio Nacional de Música de los Estados Unidos, fundado por ella, el primero de todo el país, había comenzado con tan solo ochenta y cuatro estudiante, y ya había superado el millar. La señora Wilson tenía razón: la señora Thurber no ponía restricciones de género o color de piel para entrar al conservatorio, cosa que los integrantes de la buena sociedad no podían aceptar. Lauren se había enterado de que un importantísimo compositor europeo había accedido a dirigir y a dar clases en el conservatorio y eso había conferido una pátina de prestigio a la institución, ya que en Nueva York todo lo proveniente del Viejo Continente se tenía por elegante y reputado. Pero las objeciones de la alta sociedad a las actividades de la señora Thurber no afectaban en lo más mínimo a la decisión tomada por Lauren. Cuánto más sabía de ella, más admiración sentía y, sin darse cuenta, empezó a verla como un referente y un ejemplo a seguir: si la hija de un humilde violinista danés emigrado a Nueva York había conseguido abrir una prestigiosa academia de música,

¿por qué no podría ella soñar con un proyecto igual de ambicioso? Con esa premisa como bandera y guía, había comenzado a dar forma a la idea que rondaba por su mente desde la audición para la Filarmónica de Nueva York. Ahora, mientras procuraba ocultar los nervios que sentía, esperaba que la señora Thurber pudiese recibirla. Una secretaria de aspecto agradable la hizo pasar a una estancia pequeña, de aspecto acogedor, y allí Lauren se encontró cara a cara con una mujer que rondaría los cuarenta años, de rostro agradable y cabello castaño.

—Buenos días, señora Thurber, gracias por recibirme.

—No hay por qué darlas —respondió la señora Thurber mientras señalaba una silla frente a ella—, el gusto es mío. Tuve el placer de oírla interpretar la *Sonata para violín n.º 15*, de Mozart, el año pasado, en el acto de inauguración del Hogar del Infante. Fue una actuación sobresaliente.

—Gracias, señora, es usted muy amable.

—No sé si sabrá que mi padre también fue violinista.

—Sí, lo había oído. —Lauren sintió cierto rubor al recordar cómo se había interesado por todo lo concerniente a la mujer que ahora la miraba con tanta amabilidad.

—No era especialmente virtuoso, pero conocía el instrumento como nadie y lo tocaba con pasión.

—No me cabe la menor duda, es notable el amor que ha sabido inspirar en usted por la música clásica.

La mujer se limitó a sonreír mientras la estudiaba; sentía curiosidad por saber qué había llevado a una joven de tan buena familia a su conservatorio, que no gozaba precisamente de muy buena reputación entre los de su clase.

—Señorita Wilson, lo cierto es que ardo en deseos de saber qué la motiva a visitarme.

Lauren se arrellanó en el asiento para adoptar una postura algo más cómoda, y miró de frente a su interlocutora.

—Señora Thurber, hace unos días acudí a una audición para cubrir un puesto en la Filarmónica; no solo sería un sueño para mí formar parte de una orquesta de tales características, sino que además necesito un trabajo con urgencia. —A la joven no se le escapó el gesto de sorpresa de la señora Thurber; tomó aire con fuerza antes de continuar—. Verá, mi padre murió hace unos meses. Antes de fallecer, emprendió un negocio que, por desgracia, lo llevó a la ruina más absoluta.

—No imagina cómo lamento oír eso. —Tras el asentimiento cortés de Lauren, la señora Thurber la instó a seguir—. ¿Qué sucedió en la audición?

Recordar el momento del rechazo hizo que el enfado y la impotencia se apoderasen de Lauren.

—A pesar de ser la mejor candidata entre todos los que se presentaron, no me eligieron por el simple hecho de ser mujer.

—Oh, querida, comprendo cómo se siente. —Y así era; no eran pocos los muros que había tenido que franquear para llegar a fundar el conservatorio a pesar de ser una reconocida mecenas de la música clásica, responsable de haber promocionado el primer Festival Wagner de Nueva York ocho años antes.

La señora Thurber unió los dedos y apoyó en ellos la barbilla mientras la observaba.

—Deduzco, por lo tanto, que ha venido a solicitar un empleo en mi conservatorio.

—En realidad, tengo otro proyecto en mente, un proyecto para el que necesito su ayuda en cualquier forma en que pueda proporcionármela.

La mujer alzó las cejas con curiosidad, y la invitó a continuar.

—He decidido que voy a montar mi propia orquesta, una orquesta solo de mujeres.

Logan trató de abrir los ojos, pero el cuerpo no le respondía; tan solo el dolor horrible que sentía palparle en la cabeza daba cuenta de que aún tenía un cuerpo que mover; por lo demás, apenas era consciente de dónde estaba o qué le sucedía.

Trató de rememorar un último recuerdo, pero no pudo; el pensamiento de que estaba por morir se abrió paso a través de la bruma mental que lo invadía. Durante unos segundos, pensó en dejar de luchar, abandonarse a los dulces brazos del olvido y del fin del sufrimiento, pero un instinto primitivo lo llevó a intentar moverse y abrir los ojos. El esfuerzo hizo que dejara escapar un grito de dolor, no notaba nada en el cuerpo, sentía la cabeza como una campana al rojo vivo a la que un terrible demonio golpeaba sin piedad. Poco a poco los contornos del lugar se definieron y comprobó que estaba tirado en el suelo, en su casa, rodeado de botellas vacías, vómitos y orines. Volvió a cerrar los ojos, abrumado y asqueado, y se preguntó cuántos días llevaría en semejante condición.

Entonces le pareció oír a alguien que lo llamaba en susurros: fue algo tan leve, que no pudo estar seguro de si era real o una alucinación. Al abrir los ojos, se le escapó una exclamación de sorpresa. Lindsay estaba allí, a apenas dos metros de donde él continuaba tirado, y lo miraba con tanta compasión que se sintió profundamente avergonzado.

—Amor, ¿eres tú?

Ella no respondió, pero todavía lo observaba. Cuando intentó incorporarse, un dolor brutal, como si un rayo hubiese impactado sobre él, lo atravesó y volvió a caer al suelo.

—Lindsay, perdóname, yo debí estar allí, idebí haberlos cuidado!

Ella no movió los labios, pero Logan pudo oírla dentro de la cabeza. Las palabras que le dirigía eran de consuelo y ánimo, y él no pudo detectar ni el más leve reproche en su voz. Se sintió el más miserable de los hombres y cerró los ojos, incapaz de soportar la vergüenza, mientras ardientes lágrimas resbalaban por sus mejillas.

La señora Thurber miró a la joven que tenía frente a ella; un sentimiento de admiración la estremeció. Llevaba muchos años dedicados al mecenazgo musical en una sociedad en la que el papel de las mujeres era prácticamente figurativo y reproductivo. Ella, que había estudiado en el conservatorio de París, siempre había considerado una injusticia que la música clásica, considerada un patrimonio para el mundo, solo estuviera al alcance de unos pocos y que de manera profesional para una mujer no hubiera ninguna opción. En el conservatorio, las mujeres podían acceder como alumnas y como profesoras, pero jamás se le había pasado por la cabeza la idea de crear una orquesta de mujeres. Y, ahora, una jovencita, apenas una niña, procedente de la clase más privilegiada de la sociedad, le planteaba una propuesta tan arriesgada y transgresora; nunca había oído nada que se le pareciera.

—Señorita Wilson... —La mujer carraspeó en busca de las palabras que expresaran lo que quería decir—. No voy a negar que la propuesta me ha causado una enorme sorpresa.

Frente a ella, Lauren la contemplaba con los ojos muy abiertos. Apretaba las manos con nerviosismo, pero mantuvo la mirada firme y el rictus en la boca mostraba seguridad. No quiso interrumpir a la señora Thurber, quería escuchar cualquier objeción que pudiera oponer; ella ya se las había planteado todas a sí misma antes de acudir y tenía suficientes argumentos para rebatirlas.

—La idea de una orquesta formada solo por mujeres es... —La mujer movió la cabeza a la vez que lanzaba un suspiro—. No sé si decirle que es una genialidad o una estupidez.

—Es probable que sea un poco de ambas cosas.

Jeannette Thurber esbozó una sonrisa, cada vez le gustaba más la muchacha. Poseía un aspecto elegante, el cual, junto al buen apellido de su familia, le habrían asegurado un matrimonio ventajoso a pesar de encontrarse en la ruina; siempre había nuevos ricos y advenedizos que deseaban dar lustre a un apellido vulgar a través del matrimonio. Pero ella había decidido trabajar, ganarse el sustento y formar parte de una orquesta a toda costa. La intransigencia y estrechez de miras imperantes en esa Nueva York no la habían doblegado, y ahí estaba frente a ella, dispuesta a renacer de las cenizas.

—¿Es usted consciente, señorita, de lo ambicioso de la empresa que planea acometer?

—Sí, señora Thurber, sé que no va a ser fácil, pero trabajaré tan duro como sea necesario y no cederé hasta conseguirlo. —Se inclinó sobre la mesa antes de continuar—. Usted mejor que nadie sabe lo injusto que es el hecho de que una mujer, con igual o más talento que un hombre, no pueda disfrutar de las mismas oportunidades, ¿qué argumento de peso impide a una dama formar parte de una orquesta? —Alzó las cejas para invitarla a darle una respuesta.

—Mucha gente le diría que el papel de una mujer es cuidar del hogar, del esposo y de los hijos.

—Usted tiene hijas y, aun así, ha fundado el primer conservatorio de los Estados Unidos. —No era un secreto para nadie que, además, la señora Thurber era una ferviente defensora de los derechos de la mujer y de las clases menos privilegiadas.

—No ha sido fácil.

—Pero lo ha conseguido.

Ante una verdad tan evidente, la señora Thurber no pudo hacer más que asentir; la voluntad de la muchacha parecía inamovible. Le recordaba tanto a sí misma, que supo que ya había tomado una decisión: la ayudaría y vería de qué pasta estaba hecha; quizás ante el primer contratiempo se echaría atrás, pero el instinto le decía que eso no sucedería. Se arrellanó en la silla que ocupaba para mirar mejor a la joven a los ojos.

—Señorita Wilson, ¿qué ideas tiene para la orquesta?

Una enorme sonrisa se dibujó en el rostro de Lauren; la mujer accedería a ayudarla; el entusiasmo y el nerviosismo la acometieron a partes iguales.

—Me gustaría que fuese una orquesta sinfónica, pequeña, pero con presencia de todos los instrumentos: viento, cuerda y percusión.

—No resultará sencillo encontrar mujeres que toquen los timbales o el trombón.

—Sí, lo imagino; de ser totalmente imposible tendría que conformarme con una orquesta de cuerdas, sin embargo, estoy segura de que debe de haber mujeres que toquen el trombón, la trompeta o los timbales, solo que no tienen voz para hacerse oír. Debemos hacer todo lo posible por encontrarlas, no darnos por vencidas sin intentarlo.

La señora Thurber disimuló la sonrisa que pugnaba por dibujársele en el rostro. La empresa era ambiciosa, y no quería que la señorita Wilson se llevase la impresión de que todo sería coser y cantar, pero el empuje y fervor que mostraba le agradaban sobremanera.

—Creo que deberíamos empezar por buscar hombres que toquen esos instrumentos; es probable que alguno tenga una hija que también haya aprendido, aunque nunca haya pensado en dedicarse a la música profesionalmente.

—¡Esa es una idea excelente! Jamás se me habría ocurrido.

—Con el auge de las bandas de metales y la música de Sousa, no debe de ser difícil dar con músicos de instrumentos de viento. —Lauren asintió entusiasmada: el primer gran escollo parecía tener solución, no sería fácil encontrar mujeres instrumentistas, pero tampoco parecía imposible. La señora Thurber parecía contagiarse el entusiasmo, se inclinó ligeramente hacia ella—. Una vez que consigamos músicos de todas las cuerdas, ¿qué más necesitará?

—Un lugar donde ensayar y una directora. —La pronta respuesta hizo ver a la mujer que la joven había planeado a conciencia el proyecto.

—El lugar para ensayar ya lo tiene. —Sonriente ante la expresión encantada de la señorita Wilson, la señora Thurber continuó—. Respecto de la directora, creo que será imposible. Si hubiese una mujer que fuese directora de orquesta, tenga por seguro que yo la conocería.

El rostro de Lauren se ensombreció; hasta ese momento todo parecía haber ido sobre ruedas, y la señora Thurber había sido receptiva a sus ideas. Por supuesto, estaba totalmente convencida de que sería difícil encontrarla, pero quizá existiera alguna mujer con talento y preparación para la dirección orquestal.

—¿Dice entonces que debo olvidarme de la creación de la orquesta?

—Por supuesto que no; lo que digo es que el director deberá ser un hombre y, créame, encontrar a uno dispuesto a dirigir una orquesta de señoritas será casi tan difícil como encontrar un burro que sepa volar.

Logan aceleró el paso. La mayoría de las personas al cruzarlo lo saludaban, pero él las rehuía. En sus ojos a menudo leía la burla, la conmiseración o, peor, la curiosidad. No podía soportarlo.

Desde que despertó medio muerto, no había podido quitarse la alucinación de la cabeza, pues, a pesar de estar seguro de que había sido provocada por el alcohol y la culpa, y de que todo había sido producto de su mente, tuvo un profundo impacto en él. Lindsay le había parecido tan real... Aunque en el sueño ella no había hablado, pudo sentir la pena que transmitía como si la hubiese expresado a gritos.

Unos días luego de ser despedido, cuando por fin el dolor de cabeza y el entumecimiento en el cuerpo parecieron haber remitido, Logan logró levantarse. Aparte de un golpe en la cabeza, no parecía estar herido. Supuso que se habría caído tras emborracharse. Un hedor horrible le provocó arcadas hasta que descubrió, avergonzado, que provenía de él mismo. Se bañó y se frotó el cuerpo como si quisiera arrancar la primera capa de piel, y salió a comprar algo para comer.

La visión de Lindsay lo había afectado demasiado. Puede que su mujer y su hijo estuviesen muertos, pero les debía algo más que la piltrafa repugnante en la que se había convertido. Pensar que ellos de alguna forma pudiesen ver o saber la espiral de disipación a la que se había entregado con tanta facilidad se le antojó insoportable. Con sorpresa, descubrió que se sentía asqueado al mirarse al espejo. Lo que más le impactó fue el descubrimiento de que ya no quería dejarse morir; a pesar de no tener ya nada y de sentir que nada le importaba, se aferraba a la vida como la hiedra a los muros. Supo que los primeros pasos que debía dar eran: dejar de beber, no volver a fumar opio y buscar un trabajo que le permitiese salir adelante. No albergaba ilusiones con respecto a volver a dirigir una orquesta, tal vez podría emplearse como pianista si conseguía minimizar los temblores que a veces lo acometían y que solo lograba calmar con un generoso trago de alcohol.

La necesidad de beber lo asaltaba con tanto ímpetu que tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para resistirse, pero no siempre lo conseguía, y aunque intentaba ponerse límites se dio cuenta de que su determinación era demasiado débil. Debía deshacerse de las botellas que tenía por doquier. Los primeros días fueron un auténtico infierno, y se sintió morir: el cuerpo le temblaba como si fuera un niño aterido de frío, sentía grandes dolores de cabeza y le costaba pensar con claridad. Estaba seguro de que

algo grave le ocurría, pensaba una y otra vez en echar un último trago, pero las fuerzas le fallaban y le parecía imposible levantarse del jergón en el que se encontraba. Ni siquiera el sueño le traía algo de alivio, pues estaba poblado de terribles pesadillas. Pensaba en su hijo, se autoengañaba al decirse que Alfred y Lindsay se sentirían defraudados si él volvía a emborracharse, y ese razonamiento, junto a la debilidad física, lo ayudaba a resistir. Una semana después, se sorprendió al notar que el hambre era más acuciante que las ganas de beber. Con un esfuerzo titánico se levantó y, tras asearse, echó mano a los últimos dólares que le quedaban y salió para buscar algo de comer. En el corto paseo casi agotó las pocas fuerzas que le quedaban, pero, tras comer un poco de pollo y maíz, se sintió mucho mejor. Al volver y echarse de nuevo a dormir logró, por fin, descansar sin sueños que lo perturbaran. Poco a poco recuperó el dominio de sí mismo: las pesadillas parecían haber remitido, lograba pensar con claridad, y la necesidad de beber, si bien continuaba latente y en ocasiones debía mantener firme la fuerza de voluntad para resistirse a tomar un trago, parecía haberse atenuado. Él había pensado que nada podía ser más difícil que dejar la bebida, pero el día que atravesó la puerta de su casa decidido a buscar un empleo se dio cuenta de que se había equivocado.

Aunque algunos antiguos conocidos le habían dicho que estarían encantados si pudiera dar clases a sus hijos, niños sin ninguna aptitud para la música, Logan sospechaba que lo hacían por conmiseración, y le resultó imposible aceptar algo así. También una dama le había expresado que sería un placer ser alumna de un músico tan dotado como él; Logan se había sentido asqueado. Sabía que antes de contraer matrimonio con Lindsay había tenido fama de mujeriego, y habría mentido si hubiera dicho que la misma era injustificada, pero en ese momento en lo último en que pensaba era en mujeres. Sobre todo, si lo que pretendía la dama en cuestión era asegurarse un amante a precio de saldo.

Sabía que no era el momento de mostrarse orgulloso, pero lidiar con la pena y el desdén de quienes antes lo habían admirado le resultaba insoportable. Aun así, apenas le quedaba dinero y, cuando supo que para mantenerse necesitaría vender su maravilloso piano Steinway and Sons, se dio cuenta de que debía dejar a un lado los remilgos. Pero a pesar de estar dispuesto a bajar la cabeza y hacer casi cualquier trabajo, supo que no soportaría ser el blanco de los chismes de la misma sociedad que hasta hacía tan poco lo había ensalzado: para volver a empezar tendría que marcharse de Boston.

* * *

Lauren recordaría siempre a las semanas que siguieron como las más frenéticas que había vivido. No solo mantenía entrevistas y reuniones en el conservatorio de la señora Thurber, sino que también recibía a jóvenes de toda condición en su hogar, mujeres instrumentistas que deseaban ser oídas y admitidas.

A veces se olvidaba de comer, corría excitada de un lugar a otro y practicaba con el violín todo lo que podía, consciente del enorme reto al que se enfrentaba. Jamás se había sentido más útil y animada en toda su vida.

La señora Wilson solía permanecer encerrada en la habitación, presa de sus delicados nervios, según decía, desde que Lauren había hecho acopio de paciencia y calma para hablarle del proyecto. Aquel había sido un momento muy desagradable, y Lauren lo había lamentado, pero no se arrepentía. La relación cada vez más cercana que mantenía con la señora Thurber le había hecho comprender lo irreal que había sido su vida hasta entonces. Nunca se había planteado demasiado el papel de la mujer en la sociedad hasta que la muerte de su padre la había obligado a notar lo desprotegidas que quedaban las mujeres cuando no había un hombre junto a ellas; luego, el intento frustrado de formar parte de la orquesta le había hecho ver lo injusta que era una sociedad con reglas hechas por hombres y para hombres. Conocer a una mujer como Jeannette Thurber: brillante, inteligente y valiente, que había hecho más por la música en los Estados Unidos de América que ninguna otra persona, la había ayudado a comprender que una mujer no tenía por qué resignarse al papel que la sociedad esperaba de ella. Algo había cambiado dentro suyo, algo que la había hecho consciente del papel que quería desempeñar, y no era el mismo que el que su madre había escrito para ella desde antes de nacer. Eso había provocado un distanciamiento que Lauren lamentó, pero que creía inevitable hasta que su madre pudiese aceptar que ya no estaba dispuesta a hacer lo que la sociedad que les había dado la espalda esperaba. A partir de ese momento, su vida se regiría por deseos y motivaciones propias; no creía posible volver a ser la misma nunca más.

Esa misma tarde, Lauren y la señora Thurber comentaban los avances conseguidos mientras tomaban un aromático té en el despacho del conservatorio.

—Las cuerdas ya están completas. —Lauren bebió con delicadeza y disfrutó del líquido caliente y reconfortante antes de continuar—. Por la mañana, vino a mi casa una joven arpista, la señorita Anderson; tenía una interpretación correcta y le dije que contábamos con ella.

Lauren sacó del pequeño bolsito una hoja de papel doblada en dos que contenía anotaciones y, tras alisarla, se la mostró a la señora Thurber.

—Aquí están los nuevos fichajes que he hecho durante la semana.

La mujer los estudió en silencio. Muchas de las jóvenes habían sido recomendadas por ella misma, alumnas y profesoras, otras eran desconocidas que habían acudido a través del anuncio publicado en el periódico o que se habían enterado por el boca a boca.

—Sí, la cuerda está completa, pero aún nos falta encontrar a alguien que toque los timbales, otra trompista y una trombonista.

Lauren apretó los labios. Se daba cuenta de que hasta para tocar un instrumento imperaba una regla no escrita según la cual había algunos que eran apropiados para mujeres y otros que no lo eran; no había sido tan difícil encontrar violinistas, violistas, chelistas, flautistas y clarinetistas. Pero encontrar mujeres que tocasen la trompeta, la trompa y algunos instrumentos de percusión se había convertido en una misión casi imposible. Habían conseguido una de cada cuerda, pero eso era a todas luces insuficiente. No soñaban, por supuesto, con tener una plantilla como la de la Filarmónica de Nueva York o la Sinfónica de Boston, pero para poder interpretar un repertorio amplio necesitaban al menos a dos instrumentistas de viento por cuerda.

Lauren dio un suspiro y esbozó una sonrisa vacilante. Aunque empezaba a desesperarse por lo que le estaba costando conseguir una plantilla completa, se dijo que no iba a echarse atrás.

—Esperemos un poco más, señora Thurber, y si no encontramos a nadie empezaremos con lo que tenemos y, si no hay más remedio, adaptaremos el repertorio.

La señora Thurber esbozó una sonrisa en respuesta; odiaba tener que echar constantes jarras de agua fría sobre las expectativas de la joven, pero poseer una mayor experiencia y conocimiento musical le hacían ver más allá de la visión idealista de la joven—. Sí, el repertorio no será un problema. Tenemos un excelente profesor de composición, el señor Dvořák, imagino que habrá oído hablar de él. —Tras el asentimiento de la joven, la señora Thurber continuó—. Él podría hacer algunos arreglos para adaptar las obras a la plantilla con la que contemos.

Sin poder evitarlo, Lauren palmeó contenta.

—¿Lo ve, señora Thurber? Es un excelente plan B.

—Pero hay algo que aún no hemos conseguido y que no hay manera de solventar con planes alternativos.

Lauren frunció el ceño, creía haberlo previsto todo. Se inclinó hacia delante para prepararse a escuchar a la mujer.

—Necesitarás a alguien que dirija la orquesta y, créeme, querida, encontrar a una mujer que pueda desempeñar ese rol será como encontrar una aguja en un pajar.

El gesto de Lauren se ensombreció. Una mujer que no solo supiera leer música con maestría, sino que además tuviera la capacidad de dirigirla, conociese bien las características de cada uno de los instrumentos, manejase repertorio para saber interpretarlos... La señora Thurber tenía razón, iba a ser casi imposible. Sintió como su genio se activaba; si no había ninguna mujer que pudiese dirigir era porque a ninguna se le había dado nunca la oportunidad de hacerlo.

—Si es necesario, lo haré yo.

La señora Thurber alzó las cejas sorprendida. Lauren sintió cómo las mejillas se le llenaban de rubor; a pesar de interpretar correctamente el gesto de sorpresa de su interlocutora, se mantuvo firme.

—Lo sé, tendré que estudiar muchísimo, practicar varias horas cada día, quizá el señor Dvořák podría darme clases. —Hizo una pausa y al tomar aire con fuerza concluyó—. Será duro, pero sé que lo lograré.

—No me cabe ninguna duda de eso, querida, pero atrasaría mucho el proyecto. ¿Crees que todas las jóvenes a las que contactamos podrán esperar indefinidamente? —Con delicadeza añadió—. ¿Cuánto puedes esperar tú misma? Además, tu calidad como violinista te hace mucho más necesaria como intérprete; eres la *concertino*.

Al reconocer verdad en las palabras de la mujer, Lauren se mordió el labio entristecida y frustrada.

—Entonces ¿considera que debo olvidarme del proyecto?

—¡Por supuesto que no, querida! Tan solo deberás estar abierta a introducir alguna pequeña modificación.

Logan se detuvo frente al enorme edificio sin decidirse a dar un paso más. En la calzada, los carros, caballos y personas continuaban en un ajetreado vaivén; él apenas reparaba en ellos.

Había vendido la casita de Boston sin mirar atrás, como si ahí no hubiese vivido los mejores años de su vida, como si entre aquellas paredes no quedaran cientos de risas, abrazos y momentos de ternura. Había preparado un bolso de mano y un pequeño baúl con todo aquello que había considerado indispensable: ropa, útiles de aseo, una batuta, los guiones de las múltiples obras que había dirigido y un par de recuerdos de Lindsay y Alfred que guardó en el último momento sin apenas pensarlo. No quería ahondar en lo que evocaban por temor a perder la frágil estabilidad que había conseguido con tanto esfuerzo.

Una vez que logró juntar la determinación necesaria para recomponerse supo que no debía permitirse volver a pensar en ellos, debía desatar los nudos que lo mantenían unido a dos personas que jamás iban a volver. Era la única manera de rehacerse, aunque bien sabía Dios que iba a necesitar una enorme fuerza de voluntad para sobrellevar el vacío gigantesco de la soledad sin recurrir a drogas o alcohol.

El bocinazo de un carruaje lo sobresaltó. Tomó aire con fuerza y se dispuso a subir a una de las varias escalinatas con las que contaba el edificio, lleno de esperanza y temor a partes iguales.

La señora Thurber no esperaba ninguna visita por la mañana, por lo que, cuando la secretaria le anunció que un caballero deseaba verla, frunció el ceño con extrañeza.

—¿De quién se trata, Susan?

—Un tal señor Holton, señora.

—¿Holton? —La mujer se quedó pensativa durante unos segundos, le sonaba el nombre, pero no terminaba de ubicarlo—. Dígale que pase.

Susan franqueó la entrada a un hombre alto, de hombros anchos y cintura estrecha. Se lo notaba delgado y, aunque vestía de manera elegante, ofrecía un aspecto ligeramente descuidado. La ropa parecía ser casi una talla más grande de la que le correspondía. Tenía una tez muy pálida, las únicas notas de color se encontraban en los

ojos, de un intenso color azul, y los surcos violáceos que los subrayaban. El pelo lo llevaba bastante corto, aunque las patillas le llegaban hasta la mitad del mentón. Un mentón firme y decidido. La palidez casi cadavérica del rostro se veía acentuada por la negrura del pelo. Era un hombre atractivo, a pesar de poseer un aire ligeramente siniestro. Jeannette le calculó poco más de treinta años.

—Señor Holton.

—*Logan* Holton, señora.

—Tome asiento, por favor.

“Ni una sonrisa”, pensó la mujer.

—¿Por qué su nombre me resulta familiar?

—Durante dos años he sido director adjunto de la Orquesta Sinfónica de Boston.

La señora asintió; procuró ocultar la extrañeza que la voz carente de expresión de Logan Holton le había producido. La Sinfónica de Boston era una orquesta de reconocidísimo prestigio, pero el hombre no parecía especialmente orgulloso de haber ostentado un puesto tan eminente.

—Por supuesto, ahora lo recuerdo. Arthur Nikisch continúa como director principal, ¿no es así?

Él se limitó a asentir.

—Realizaron un gran trabajo allí, señor.

—Nikisch es un excelente director.

—Pero usted ya no trabaja con él...

Logan apretó los labios. Sabía que debía pasar por el bochorno de admitir que había sido despedido; mentir ni siquiera se le pasó por la mente.

—No por voluntad propia, señora.

—Comprendo. —La mujer lo estudió con disimulo; el hombre le había despertado un profundo interés.

—Lo cierto es que, en los últimos tiempos, yo... En fin, por diversas circunstancias no he tenido un comportamiento estable.

Las palabras quedaron flotando en el aire. Logan se maldijo por dentro. ¿Quién en su sano juicio daría trabajo a un hombre que admitía algo así sobre sí mismo?

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—¿Ahora tiene un comportamiento estable?

Por primera vez, el hombre que tenía ante ella esbozó una sonrisa, un ligero sesgo en los labios que no llegó hasta los ojos.

—Digamos que he abandonado mis penosas costumbres.

—Me alegra oírlo, señor.

Logan se sentía ligeramente desconcertado; la mujer no parecía molesta ni escandalizada, lo miraba casi con benevolencia e incluso sonreía. Quizá aún no había adivinado cuál era el propósito de la visita, así que, tras un ligero carraspeo se dispuso a exponer su petición:

—Señora Thurber, necesito un trabajo. Soy un pianista más que competente y, además, podría dar clases de armonía y composición.

—¡Oh! ¿Acaso no sabe usted que el señor Dvořák es profesor titular dentro del conservatorio?

—¿Dvořák? ¿Antonín Dvořák?

—El mismo. —La voz de la señora Thurber sonaba orgullosa. Solo ella sabía lo mucho que le había costado convencer al compositor checo de aceptar una oferta de trabajo.

—¡Increíble! Es algo maravilloso contar con él. —Llevado por el entusiasmo de saber que un compositor al que admiraba tan profundamente estaba en ese momento bajo el mismo techo que él, Logan olvidó las implicaciones negativas que eso conllevaba—. ¡Su *Concierto para piano y orquesta en sol menor* es una auténtica maravilla!

De repente, se ensombreció. Por supuesto, acababa de perder cualquier chance que hubiese tenido de conseguir un puesto. Hizo un ademán de levantarse, al menos no desaprovecharía la posibilidad de conocerlo.

—Señora, me encantaría tener la oportunidad de conocer al señor Dvořák si fuese posible, y ya no la molestaría más.

—Señor, ¿no acaba de decir que necesita un trabajo?

—Así es, pero supuse que...

La mujer lanzó una alegre carcajada.

—No necesito un profesor de armonía ni de composición, pero, créame, hay un puesto que sí puedo ofrecerle.

* * *

Lauren comía en silencio junto a su madre con la mente ocupada en mil cosas. Quería comenzar a servir las comidas en la cocina aduciendo que era absurdo que cada día hiciesen a la doncella servir una mesa tan grande para solo dos personas, pero su madre se había negado a aceptar algo así.

—Ya es suficiente con que te hayas empeñado en trabajar como si fueras una sufragista. —La palabra sonó a insulto, el desprecio que la mujer sentía por esas “buscadoras de conflictos”, como las llamaba a menudo, era evidente—. Pero no me obligarás a comer en la cocina como si fuese parte del servicio.

—Comer en la cocina no es ninguna vergüenza.

—Tenemos un estatus que mantener y, aunque te empeñes en venderlo casi todo, no voy a consentir que me despojes de mi dignidad.

Aunque Lauren comenzaba a irritarse por las recriminaciones, trató de hablar con calma y procuró controlarse.

—Madre, del orgullo no se come. Hay que pagar a la cocinera, a la doncella, y debemos mantener la casa a toda costa. No quedaba más remedio que vender todo lo que no era absolutamente necesario.

Era una conversación que ya habían tenido infinidad de veces y, aunque Lauren trataba de armarse de paciencia al saber lo difícil que era para su madre asumir la nueva situación, comenzaba a sentirse hastiada ante la aparente imposibilidad que mostraba para aceptar las dificultades que las asediaban.

—Estoy segura de que las cosas se habrían solucionado; a fin de cuenta somos damas de clase alta.

Lauren soltó el tenedor que sujetaba entre los dedos y la miró con la boca abierta. Se preguntó si ella alguna vez había estado tan ciega y, con sorpresa, agradeció el infortunio que se había cernido sobre la familia, ya que había servido para convertirla en una persona real.

—Créeme, en el momento en que dejemos de pagar las facturas, no tendrán ningún problema en llevárselo todo y dejarte con lo puesto únicamente si no les sirviera. —Con un gesto furioso dejó el tenedor sobre el plato—. Mary Johnson, una de las flautistas, se

quedó viuda: su marido se mató cuando construía las nuevas vías del tranvía, una pieza grande lo golpeó en la cabeza. Tenían un hijo de apenas dos meses. ¿Crees que el casero tuvo piedad de una pobre viuda y su hijito? —La joven recalcó con burla las últimas palabras—. No, madre, una semana después estaba en la calle y, si no fuese por la señora Thurber...

—¡Otra vez esa dichosa mujer!

—La señora Thurber es una mujer notable, ha conseguido lo que ninguna otra había logrado antes.

—¡Es una sufragista! —La mujer lo dijo como si la palabra le quemase en la boca.

En ese instante llamaron en la puerta, y Lauren aprovechó para tomar un sorbo de agua; sentía cómo la indignación subía por la garganta como un grito mudo. La doncella se dirigió a la puerta y al rato volvió con una nota.

—Es para usted, señorita Wilson.

Al abrir la nota, reconoció la letra elegante y picuda de la señora Thurber. Solo había escrito tres palabras, pero bastaron para disiparle el enfado y hacer que esbozara una amplia sonrisa que dibujó un hoyuelo en su mejilla izquierda: “Ya tenemos director”.

Logan caminaba con zancadas furiosas hacia el modesto hotel en el que se alojaba. Jamás en su vida había oído una idea más disparatada. ¡Una orquesta de mujeres! Desde luego, la señora Thurber había llegado demasiado lejos. En un primer momento, había estado seguro de que se trataba de una broma, pero no. El proyecto era absurdo, ¿mujeres intérpretes? Según la señora Thurber, tenían una orquesta modesta en proporciones, pero equilibrada, y con ejecutantes de gran talento.

Tras superar la sorpresa inicial, Logan había preguntado si tenían experiencia en tocar en conjunto, y la respuesta de la señora Thurber no lo sorprendió en lo más mínimo: solo algunas de ellas habían tocado en pequeños grupos locales. Estaba seguro de que la mayoría ni siquiera sabía leer música; sería como tratar de dirigir una orquesta de niños. Y, como si fuese poco, sabía que nadie tomaría en serio una orquesta de esas características, ¿qué clase de público iría a los conciertos? Nadie refinado y culto, estaba seguro. No dudaba de que el concierto inaugural atraería a un montón de curiosos, “al igual que un espectáculo de monos amaestrados”, pensó con fastidio.

A la señora Thurber no se le escapó la cara de estupefacción y rechazo del señor Holton al escuchar la oferta de empleo; la orquesta femenina era el proyecto de la señorita Wilson: ella se había ofrecido a ayudarla en la búsqueda de las intérpretes y en proporcionarle uno de los salones del conservatorio para los ensayos, así como también el acceso a las partituras. Pero estaba dispuesta a hacer mucho más. El entusiasmo y compromiso de la jovencita la habían impresionado y, además, la idea le parecía maravillosa, de hecho le extrañaba que no se le hubiese ocurrido a ella misma. Jeannette creía profundamente en el proyecto e iba a poner todo lo que estuviese a su alcance para hacerlo funcionar: habló con diversos patrocinadores, movió hilos e incluso presionó a ciertas autoridades para que se convirtieran en mecenas del proyecto.

No conocía las dificultades que había atravesado el señor Holton, pero leía la desesperación en sus ojos y, aunque podía intuir lo poco que le gustaba la idea, sabía que la necesidad era mayor que sus prejuicios. Aunque el sueldo sería modesto durante los primeros meses, ella imaginó que el caballero lo aceptaría y no se había equivocado.

El haber aceptado era lo que en ese momento, en la soledad de su habitación, lo humillaba hasta lo indecible. Él, que había dirigido a muchos de los músicos más prestigiosos del momento, tendría que ponerse al frente de un grupo de mujeres que, con seguridad, dedicarían cada minuto del ensayo a cotillear. Necesitaba el trabajo, sí, y

había estado dispuesto a aceptar casi cualquier cosa, pero la idea de una orquesta formada exclusivamente por mujeres le parecía un auténtico disparate. Cuando acudió en busca de trabajo a la señora Thurber había considerado que una plaza de profesor de piano era un trabajo totalmente aceptable, aunque indigno de una persona de su talento.

Según lo acordado, al día siguiente le presentaría a la señorita Wilson; ella era el *alma mater* de la orquesta, según le había revelado la señora Thurber, y era ella con quien debía tratar cualquier asunto relacionado con la misma.

—Ya verá que, a pesar de su juventud, es una mujer de gran energía, y una violinista excepcional. —Logan se había limitado a asentir, no compartía el entusiasmo de la señora Thurber—. No tengo dudas de que se entenderán bien.

Logan no estaba tan seguro, ¿qué podría saber una mujer de dirigir y sacar adelante un proyecto tan complejo como una orquesta? Se dijo a sí mismo que solo formaría parte de algo tan absurdo hasta encontrar un trabajo mejor. Se tumbó en la cama: le dolía la cabeza, y había perdido el apetito; pensó que le costaría mucho conciliar el sueño, sin embargo, apenas acostarse, se quedó dormido y no despertó hasta que los primeros rayos del sol entraron por la ventana.

Con sorpresa, se dio cuenta de que había sido la primera noche en mucho tiempo en la que había dormido de un tirón.

* * *

Lauren sentía tanta emoción, que era como si en el cuerpo experimentara pequeñas descargas eléctricas. En pocos minutos, tenía una cita con el futuro director de la orquesta. La señora Thurber le había asegurado que era un excelente director con un gran currículum. Ella no podía imaginar cómo había conseguido a alguien así, pero sabía que la señora Thurber era muy respetada y conocida en el mundo musical, así que con seguridad el peso de su nombre habría tenido mucho que ver. Por otra parte, la señora Thurber le había dejado claro que a partir de ese momento todas las decisiones concernientes a la orquesta estaban en sus manos.

—Querida, ya tienes todo lo necesario, ahora viene la parte más difícil: hacerlo funcionar. —La sonrisa de la señora mujer era alentadora, a Lauren no se le escapaba que percibía el temor que sentía—. Es tu idea, es tu orquesta, es tu trabajo. Estoy segura de que lo vas a hacer bien.

Por la noche, Lauren apenas había podido dormir, invadida por la ilusión y el miedo a partes iguales.

La señora Thurber había concertado la cita en el enorme salón de actos en el que ensayarían, Lauren estaba de pie junto a la primera fila de butacas. En ese momento, la puerta se abrió, y el señor Holton hizo su aparición.

La luz que entraba por su espalda le impedía verle las facciones, sí le pareció que era muy alto. Al cerrarse la puerta, Lauren abrió los ojos con asombro: el caballero que avanzaba con paso firme hacia ella no podía tratarse de un director de orquesta, era demasiado joven y de aspecto atlético.

—La señorita Wilson, supongo.

La voz del hombre era grave, un profundo barítono que pareció reverberar en el vacío salón.

—Así es, y usted es el señor Holton, ¿no es así?

Él se limitó a asentir mientras ella observaba fascinada la cadencia de sus movimientos al acercarse. Tal y como le había parecido, era muy alto y, a pesar de estar delgado, sus hombros lucían muy anchos. Tenía el pelo negro, y los ojos, en contraste, eran de un sorprendente azul claro. Al tener un mentón cuadrado y la boca ancha, resultaba increíblemente atractivo. Ella sabía que en el rostro se debía de reflejar la sorpresa que sentía, porque realmente había esperado otra cosa; creía que el director de orquesta sería mucho mayor, quizá porque la señora Thurber le había explicado que contaba con una vasta experiencia. Al llegar junto a ella, el hombre hizo una cortés inclinación y murmuró.

—Es un placer, señorita Wilson.

—Lo mismo digo.

Miró el espacio que lo rodeaba, alzó una ceja y señaló una de las butacas. Ella tomó asiento y él hizo lo propio en el asiento junto a ella; sin poder evitarlo, Lauren se puso tensa.

—Bueno, señorita, hábleme de la plantilla.

Ella carraspeó, sintió la garganta seca y deseó tener una taza de té en las manos, algo que la distrajese del impulso absurdo de retorcerlas como una escolar en penitencia.

—Hemos tenido algunas dificultades para completar las cuerdas de viento metal y percusión; nos habría encantado tener cuatro cornistas, pero solo hemos encontrado a dos, también contratamos a dos trombonistas y dos trompetistas. El viento madera y la cuerda están completos, aunque solo tenemos una fagotista.

Logan apretó la mandíbula y asintió; tal y como se temía, iba a ser una orquesta casi cómica. Todo podría funcionar si todas las integrantes fuesen sobresalientes intérpretes, pero eso sería pedir demasiado.

—El nivel de las instrumentistas...

—Es excelente, señor Holton —se apresuró a contestar.

—“Excelente” —repitió—, ¿según qué criterio?

Lauren tomó aire con fuerza por la nariz, sorprendida y molesta por el arrogante comentario.

—Yo me he encargado en persona de las audiciones, señor.

—Entiendo. —Logan sabía que se comportaba de forma innecesariamente ofensiva, pero el disgusto que sentía por verse embarcado en semejante disparate se había acentuado al ver a la señorita Wilson.

Había esperado encontrar a una matrona curtida, y se hallaba frente a una joven que apenas haría dos años que había dejado de usar vestidos cortos. Como si fuera poco, era sorprendentemente bella, y la manera en la que hablaba y se conducía proclamaban una buena educación. Estaba seguro de que todo ese sinsentido no era más que el capricho de una niña rica y consentida.

Los nervios de Lauren comenzaron a abandonarla, la afrenta ocupaba rápidamente su lugar, y tuvo que apretar los puños para controlarse.

—Todas dominan el instrumento, son voluntariosas y disciplinadas. No tendrá ninguna queja por su desempeño.

—Y entiendo que todas leen música con soltura también.

La joven se mordió el labio y se ruborizó ligeramente. Logan puso los ojos en blanco y lanzó un resoplido.

—Señor Logan, debo admitir que hay dos o tres integrantes que no son muy expertas con la lectura musical, pero conocen a la perfección el instrumento, lo tocan con maestría y estudiarán sus partituras sin ningún problema.

—Señorita Wilson, parece olvidar que mi papel en el proyecto es el de dirigir, no el de enseñar a los músicos qué es un pentagrama.

—¡No se preocupe por eso! —Más enfadada de lo que recordaba haber estado jamás, Lauren se levantó del asiento, casi inconsciente de lo que hacía. Las mejillas ya se le habían enrojecido por completo y apretaba los puños a ambos lados del cuerpo con tanta fuerza, que los nudillos se le pusieron blancos—. Dígame cuándo quiere empezar los ensayos y con qué obras comenzará, y le aseguro que todas las chicas sabrán interpretar sus partituras a la perfección.

Logan la observó en silencio, por primera vez pareció verla de verdad. Percibió que estaba enfadada, pero no le importó, él también se sentía indignado. Quizá la señora Thurber, por alguna razón que se le escapaba, había decidido amadrinar el proyecto de la señorita Wilson y consentirla hasta el punto de dejarla a cargo de todo; bien, en él no iba a encontrar tanta complacencia. No pensaba tirar por la borda el prestigio que con tanto esfuerzo había logrado alcanzar para seguir el juego a una jovencueta recién salida del cascarón.

—Dentro de una semana, señorita. La *Sinfonía n.º 41*, de Mozart.

Lauren apretó los labios y asintió con un gesto seco de cabeza.

—Si me disculpa... —Sin esperar una respuesta, se encaminó hacia la puerta con la cabeza alta y temblando como un junco mecido por el viento de otoño.

Logan la siguió con la mirada: se sentía crispado, con ganas de romper algo. No se le escapaba que, a pesar de ser joven, la señorita Wilson le había hecho frente; era muy atrevida y, con pesar, sintió un conato de admiración hacia ella; sin embargo, todo le seguía pareciendo una idea absurda. ¿Cómo había llegado a pensar que alguien se tomaría en serio una orquesta de mujeres? Y esperaba, por el bien de todos, que el resto de las damas no fuese siquiera la mitad de guapa de lo que era la señorita Wilson, porque, en ese caso, daría igual que interpretasen *Old MacDonald*: ningún hombre iba a estar pendiente de la música.

Lauren tardó una semana entera en calmarse, durante la misma se dedicó a estudiar la partitura de la *Sinfonía n.º 41* de Mozart como si en ello le fuera la vida para evitar que el arrogante señor director de orquesta tuviese la más mínima queja sobre su trabajo. También estuvo cada tarde, sábado y domingo incluidos, estudiando con la fagotista y la percusionista las partes de la obra que les correspondían, ya que ellas tenían dificultad con la notación musical. No las iba a exponer al desdén del señor Holton, no si podía evitarlo.

A Lauren no se le escapó que la elección de esa sinfonía en concreto venía motivada por la escasa confianza que el director tenía en las intérpretes. La *Sinfonía n.º 41* de Mozart era una pieza excelente y que, bien interpretada, podía ser disfrutada por cualquier tipo de público, sin embargo, en la instrumentación intervenían muy pocos instrumentos de viento. El señor Holton, sin lugar a dudas, debía imaginar lo difícil que había sido encontrar mujeres que tocaran instrumentos de viento metal y para hacer gala de sus arrogantes prejuicios supondría que eran incapaces de hacerlo bien. Pues se iba a llevar una sorpresa, porque ella se había entregado en cuerpo y alma al proyecto y no permitiría bajo ningún concepto que él lo ensombreciera con su agrio carácter.

Aunque trataba de disimular el enfado que la actitud de él provocaba en ella, le era muy difícil controlarlo, como pudo comprobar cuando la señora Thurber la visitó en uno de los ensayos que realizaba con parte de la plantilla.

—¿Ha conocido ya al señor Holton, querida? —le había preguntado con una sonrisa de oreja a oreja.

—Así es, señora Thurber. —Lauren no había podido evitar sonar áspera al responder.

—Imagino que no se le escapa el hecho de que es una suerte inmensa poder contar con un director con tanta experiencia para dirigir a la orquesta.

Lauren tardó unos segundos en responder mientras evaluaba la conveniencia de contarle lo que ese sujeto le provocaba. No quería parecer una desagradecida y sabía que lo que la señora decía era, en parte, cierto. Pero, por otro lado, le preocupaba que el manifiesto desdén del señor Holton hacia la orquesta interfiriera en su buen desempeño musical. Trató de ser lo más ecuánime posible cuando se dispuso a expresar sus temores ante la señora Thurber.

—Creo que el señor Holton no ve con buenos ojos el proyecto.

—¡No le quepa la menor duda!

Lauren la miró con la boca abierta. Con una sonrisa ante la atónita expresión, la señora Thurber procedió a explicarse.

—El caballero ha dirigido una de las mejores orquestas del mundo, cualquier trabajo que le hubiese podido ofrecer le habría resultado indigno de su prestigio.

—Pero entonces, quizás él...

—¿Te preocupa que no muestre interés en la orquesta? —la interrumpió la señora Thurber.

—Más bien me inquieta que la actitud despectiva y arrogante que demuestra influya de forma negativa en las chicas; la mayoría de ellas son humildes y sencillas, y tener a alguien como el señor Holton que las menosprecie podría resultar terrible para ellas.

La señora Thurber se quedó pensativa mientras sopesaba las palabras de Lauren; tras unos segundos, esbozó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Me precio de juzgar adecuadamente a la gente y, créame, no percibo en él ese tipo de crueldad. No voy a negarle que puede resultar arrogante, y es probable que en ocasiones se muestre algo difícil, pero estoy segura de que pondrá todo de sí para que la orquesta suene y funcione de maravilla. A fin de cuentas, él será la cabeza visible y su prestigio también estará en juego.

Lauren no insistió más; aunque quería creer que la señora Thurber estaba en lo cierto, la aprensión y el desagrado que había experimentado al conocer al director no la habían abandonado. Lo único que calmaba un poco el temor que sentía era el excelente trabajo que realizaban las mujeres de la orquesta mientras ella se dedicaba a preparar las partituras. Quería asegurarse de que en el primer día de ensayo el señor Holton no tuviera la más mínima queja.

Una semana después, Lauren esperaba con expresión seria junto a todas las integrantes de la orquesta, con los instrumentos ya perfectamente afinados, la llegada del señor Holton. Ella había madrugado muchísimo, y junto a Sarah, la primera cornista, había dispuesto las sillas, los atriles, repartido las partituras y colocado la tarima desde donde el director dirigiría. Ella, como violín principal, tenía el papel de *concertino*; como tal, era el enlace entre el director y el resto de la orquesta, representaba la máxima autoridad entre los músicos, con excepción, por supuesto, del director. Al mirar a todas sus compañeras juntas, la mayoría con enormes dificultades, pobres pero trabajadoras y tan ilusionadas con el proyecto como ella misma, se sintió profundamente comprometida. Todas y cada una de esas mujeres habían confiado en ella, algunas tan maltratadas por la vida que con los ojos transmitían un cansancio

perenne. Al pensarlo, sintió una presión en el pecho a la que pudo poner nombre sin ningún problema: “Responsabilidad”. Cerró los ojos con fuerza; no iba a ponerse nerviosa, no era el momento. Tenía una enorme tarea ante ella, pero también tenía las fuerzas, las ganas y la voluntad necesarias para llevarla a cabo. Jamás en la vida había creído tanto en nada ni en nadie como en ese proyecto. Era justo, era posible y, por todo lo que era sagrado, ella iba a dar hasta el último aliento para sacarlo adelante sin importarle el qué dirán.

Tomó el reloj de cadena que colgaba de uno de los botones de su elegante blusa. El director se retrasaba, constató con la mandíbula apretada. Se obligó a respirar profundamente, no quería estar irritada en el primer ensayo, pero el hombre se lo ponía muy difícil. Mientras procuraba disimular la inquietud que sentía, dio unos suaves golpecitos con el arco en el atril para llamar la atención del resto de mujeres, que charlaban entre ellas y practicaban la partitura.

—Señoras, demos de nuevo la nota de afinar. Ya saben que primero Mary Jane dará el la y luego afinaré yo, después de mí afinaremos por cuerdas, ¿comprendido? —Todas asintieron; si a alguna le extrañó volver a hacer algo que ya habían hecho varias veces, no dijo nada.

Lauren se puso de pie y esperó a que Mary Jane tocara un la con el oboe, luego se dispuso a afinar al resto de los violines y a las maderas con el placer de sentir satisfecha conforme oía las notas que cada una tocaba.

Cuando Logan entró, vio a la señorita Wilson de pie; en ese momento, atendía a la afinación de la cuerda de los violines. Ella no reparó en su presencia, así que se permitió estudiarla. Llevaba una falda color lavanda y una blusa blanca, de mangas anchas abotonadas en el puño, ropa cómoda pero de buena calidad, que contrastaba con los atuendos sencillos de las demás mujeres. Tenía el cabello castaño oscuro recogido en un moño, y a Logan le pareció terriblemente joven allí de pie ante el resto de las mujeres, que, como había podido observar, la atendían con cariño y respeto. Era casi una niña, una niña con unas definidas curvas de mujer. Inquieto, se acercó al escenario y saludó en voz alta.

—¡Buenos días, señoras!

Se hizo un silencio repentino, y Logan sintió cómo sesenta pares de ojos se dirigían hacia él.

—¡Buenas *tardes*, señor Holton! —A él no se le escapó la ironía. Se sintió dividido entre la irritación y la diversión. Decidió ignorar la pulla.

—Prosigan, por favor.

—Ya solo queda Jennifer por afinar los timbales.

Él asintió con la cabeza y se dirigió a la tarima, se puso a ojear el guion de la sinfonía distraídamente con el sonido de las notas del timbal de fondo y ajeno a las miradas especulativas y admirativas que lo recorrían. Cuando todo quedó en silencio, alzó la cabeza y paseó la mirada por la que a partir de ese día iba a ser su orquesta; con esfuerzo logró reprimir un suspiro de exasperación. Mujeres, la mayoría jóvenes, aunque alguna ya había alcanzado la edad madura. Se obligó a disimular el escepticismo, estaba seguro de que no podía esperar gran cosa.

—Señoras, mi nombre es Logan Holton. He sido contratado para dirigir las. —Podía sentir la mirada de la señorita Wilson sobre él, pendiente de todas y cada una de sus palabras—. Como creo que ya sabrán, comenzaremos con la *Sinfonía n.º 41*, de Mozart.

Algunas mujeres asintieron, Lauren se permitió relajarse un poco. Si bien usaba un tono seco, se comportaba con estricta profesionalidad.

—Soy extremadamente serio a la hora de trabajar —continuó—, y seriedad es lo que les voy a pedir a ustedes. No tengo paciencia con los perezosos, y espero una interpretación perfecta de cada uno de sus instrumentos; quiero dejar claro que he sido contratado para dirigir, no enseñar.

Lauren sorbió aire con tanta fuerza, que la miró de reojo; los grandes ojos color ámbar parecían brillar, y se había ruborizado. A la señorita Wilson no le habían gustado sus palabras, pero no podía importarle menos; si no le gustaba lo que oía, era problema suyo. Todas deberían atenerse a las reglas que había impuesto; por mucho que necesitase el trabajo no pensaba tirar por la borda su prestigio, que era lo único que le había quedado.

—Y ahora, por favor, *da capo*.

Lauren se maldijo por dentro al oír la indicación. Había repasado con las chicas que menos conocimiento formal de música tenían las indicaciones musicales más habituales que podían escuchar: *allegro*, *più mosso*, *andante*, *forte*, *piano*... ¿Cómo se le había pasado? Antes de poder pensarlo se volvió hacia la orquesta y con la intención de imprimir en la voz un tono animoso, exclamó:

—¡Señoras! Comenzamos, desde el principio.

Logan bajó la batuta y se secó el sudor de la frente. Llevaban una hora de las dos que tenían programadas para el primer ensayo y, contra todo pronóstico, la cosa no había ido tan mal como había supuesto. El mayor temor que tenía era que las integrantes de la orquesta no supieran interpretar su papel o seguirlo a él mientras dirigía. Aunque en contadas ocasiones alguna se había perdido, en general ese aspecto no había representado ningún problema.

El carácter de la música era otra cosa. Logan tuvo que parar varias veces, cantar fragmentos para demostrarles cómo quería que lo interpretaran y mover las manos con más energía.

—La sinfonía tiene un carácter triunfal, señoras, de hecho se la apoda “Júpiter”. — Lauren se dio cuenta de que todas lo miraban arrobadas, y tuvo que admitir a regañadientes que el señor Holton componía una estampa soberbia sobre el atril—. Júpiter es el principal dios de la mitología romana, el más poderoso. Quiero notar un gran poder cuando comience la sinfonía. *Da capo* de nuevo, señoras.

Tras varios intentos, Logan consideró que el carácter era exactamente el que quería conseguir.

A su pesar, Lauren no podía evitar sentir admiración por el señor Holton. Sabía que la opinión que poseía sobre la orquesta era muy negativa, y no se hacía falsas esperanzas con respecto a que hubiese cambiado de parecer, pero debía admitir que conseguía que la sinfonía sonase estupenda, y sabía transmitir lo que quería de una manera sencilla que todas podían entender.

—Bien, señoras, veamos el segundo movimiento. —Tras esperar a que se calmase el breve revuelo de partituras, Logan continuó—. No tiene nada que ver con el primero, esta vez es poesía, un poema triste y nostálgico que evoluciona hacia un estado tranquilizador. ¿Están listas?

Lauren miró a las mujeres de la orquesta y les dedicó una sonrisa alentadora.

—Adelante, señor Holton. —Sintió cómo el hombre fijaba en ella la mirada. Por unos angustiosos segundos, creyó que iba a decir algo hiriente. La forma en que la miraba, casi hipnótica, le provocó un estremecimiento y tuvo que hacer un esfuerzo por no encogerse.

—Gracias, señorita Wilson. —Logan esbozó una sonrisa burlona.

Nada más bajar la batuta, los violines comenzaron a interpretar la melodía principal; enseguida, al escucharlos, se detuvo.

—Señoras, este pasaje es con sordina.

Las componentes de la cuerda de violín miraron a Lauren, sin saber de qué hablaba el director. Ella se sentía tan desconcertada como las demás.

—¿Disculpe, director?

—¿Lo quiere más *piano* aún?

—No, lo quiero con *sordina*.

Logan vio que la señorita Wilson lo miraba con evidente desconcierto. Soltó la batuta sobre el atril para cruzarse de brazos.

—¿Acaso no tienen sordinas?

—Ni siquiera sabía que existía semejante cosa, señor.

Logan se quedó en silencio durante unos segundos, luego abrió los brazos en un gesto de exasperación y murmuró.

—Perfecto, realmente perfecto. Ni siquiera podemos tocar esto.

Lauren sintió un cosquilleo en la garganta acompañado de un desagradable picor en los ojos. Comenzó a respirar con fuerza, prefería morir antes que largarse a llorar delante del señor Holton. Había trabajado con intensidad toda la semana, le había robado horas al sueño para que todo saliera bien y él no pudiese mirarla como... justo como la miraba en ese momento.

—Señoras, por favor, vamos a hacer un pequeño descanso de quince minutos. —Endureció la voz al añadir—: Usted no, señorita Wilson, tenemos que hablar.

Lauren asintió en silencio; para luchar contra el impulso de retorcer los dedos, tomó el violín y volvió a afinarlo, cuerda por cuerda. El señor Holton esperó hasta que todas las mujeres, entre charlas, salieran de la sala, les vendría bien despejarse un poco al aire fresco. Cuando se quedaron a solas, él le dirigió la palabra.

—Señorita, es necesaria una sordina para interpretar este movimiento de la sinfonía, me parece increíble que una violinista de su nivel no tenga.

—Lo siento. —Disculparse ante él era tan amargo como tragar hiel pura—. No sé exactamente a qué se refiere.

—¿No sabe lo que es una sordina? ¿Cómo puede formar parte de una orquesta y no saber lo que es una sordina? —Logan apretó la mandíbula y tragó aire, procuraba contenerse—. Todos los violinistas de una orquesta deben tener sordina.

—Se olvida, señor Holton, de que ninguna de nosotras habíamos formado parte de una orquesta hasta ahora, y no por falta de ganas, créame, sino por prejuicios absurdos y anticuados de gente como usted.

Logan se sintió dividido entre la afrenta y un extraño sentimiento de diversión. La muchachita apenas le llegaba al hombro, pero se erguía ante él temblando como un junco por la indignación que sentía. Tuvo que reconocer que había verdad en lo que decía, así que trató de mostrarse conciliador.

—Está bien, señorita Wilson, mañana por la mañana iremos juntos a un carpintero. —Hizo caso omiso a las cejas levantadas de Lauren y continuó—. Traerá su violín para que el carpintero pueda hacer las sordinas de madera de acuerdo al diseño y las medidas del violín.

—Me parece bien, señor Holton.

—Dejaremos el segundo movimiento para el final, para darle tiempo al carpintero a que las construya todas.

Lauren se limitó a asentir, se veía pálida con excepción de dos medallones carmesí en las mejillas.

Logan la miró preocupado; la joven parecía agotada. Antes de poder pensar en lo que hacía, la tomó por la barbilla y levantó su cara hacia él. ¡Dios mío! ¡Era tan joven y tan hermosa! Por primera vez sintió curiosidad por saber qué había impulsado a una muchacha que evidentemente provenía de buena familia a embarcarse en un proyecto de esa envergadura y con tan pocas posibilidades de éxito. Ignorando la evidente incomodidad de la joven ante lo que sin duda consideraba un atrevimiento, Logan le habló en susurros.

—Señorita Wilson, procure descansar. Si usted desfallece y no está aquí para cuidar el rebaño, tal vez el malvado lobo decida devorar a las ovejas.

Lauren contuvo el aire y sintió cómo se ruborizaba todavía más. Comprendió que el señor Holton había sido consciente todo el tiempo de la preocupación con la que ella lo observaba, el temor que sentía de que le dijese algo grosero o descortés a alguna de las chicas. Se preguntó cómo podía resultarle tan transparente a él, que no la conocía en lo absoluto, y se prometió a sí misma relajarse. Comenzaba a comprender que la señora Thurber tenía razón: podía ser que el señor Holton no creyera en el proyecto, pero daría todo de sí para que la orquesta sonase lo mejor posible.

El resto del ensayo se desarrolló sin contratiempos, aunque a ella le costó concentrarse en la partitura. Cuando el director dio por finalizado el trabajo, Lauren apenas pudo reprimir un suspiro de alivio; sentía los nervios tensos como las cuerdas de un piano. Aliviada, comenzó a recoger primorosamente las partituras para guardarlas; respondía distraída a las despedidas de las chicas, tan solo Sarah se quedó junto a ella para ayudarla.

La voz profunda del señor Holton la sacó de su abstracción.

—Mañana a las ocho la espero aquí, señorita.

Ella se limitó a asentir, demasiado azorada como para decir nada. Sabía que Sarah la miraba con curiosidad, pero prefirió ignorarla. No le sirvió de nada, su compañera no pensaba guardarse lo que quería decir.

—Señorita Wilson, no nos había dicho que nuestro director era un joven apuesto.

—La verdad, no me había fijado.

La joven lanzó una alegre carcajada.

—¡Vamos! Debería ser usted ciega como un topo para no notarlo.

—El señor Holton es un gran profesional y tenemos la suerte de que nos dirija, eso es lo único que importa. —Lauren no quería decirle a ninguna de sus compañeras que, además, le parecía altivo, arrogante y pomposo; quería mantenerlas ajenas a la pobre opinión que él tenía de la orquesta.

—¿Y por qué la espera a las ocho de la mañana? —Lauren la miró con expresión reprobatoria, pero la sonrisa franca y la abierta curiosidad de la joven la desarmaron.

—Quiere que lo acompañe a un carpintero para fabricarnos las sordinas.

—Ah, sí, parecía muy disgustado por esa cosa, sea lo que sea.

Lauren no respondió; no quería detenerse a pensar en cómo había reaccionado; recordar que casi se había puesto a llorar delante de él aún la turbaba. Sarah la ayudó a apartar los atriles y las sillas a un lado del escenario mientras parloteaba sobre sus impresiones del ensayo, y Lauren se alegró de constatar que la joven parecía contenta y de buen ánimo.

Cuando terminaron de ordenar, Lauren le dio las gracias.

—Nos vemos el próximo ensayo; Sarah, has estado estupenda hoy.

—Gracias, y eso que estaba tan nerviosa que creí que no me saldría ni la nota de afinar, sin embargo, cuando comenzamos a tocar, me olvidé de todo y solo pude pensar en la música.

—Cada vez será mejor, créeme. Hoy estábamos todas muy tensas, pero conforme practiquemos más, entenderemos mejor las indicaciones de nuestro director y nos resultará más fácil.

En su fuero interno, rezó por tener razón, pero la inquietud no la abandonó. Había descubierto algo que la turbaba: lo mucho que le importaba la opinión que el señor Holton tenía de ella.

A la mañana siguiente, mientras se acercaba a la puerta del conservatorio, pudo distinguir la figura alta del señor Holton. Reprimió el deseo absurdo de arreglarse el cabello; en lugar de eso, irguió la barbilla para intentar disimular el nerviosismo que parecía invadirla cada vez que estaba cerca de él. Trataba de ser condescendiente consigo misma; después del primer encuentro en el que él le expresó de una manera tan poco cortés los reparos que tenía con respecto a la orquesta, era normal que ella sintiese cierta aprensión cada vez que lo veía.

—Buenos días, señor.

—Señorita —la saludó con una ligera inclinación—. ¿Me permite? —preguntó mientras señalaba el estuche alargado en el que llevaba el violín.

—No es necesario, muchas gracias.

Logan se limitó a sonreír. Empezaba a comprender que la muchacha, a pesar de su juventud, estaba decidida a no necesitar de nadie. Era tan diferente al resto de las mujeres que había conocido, que se sentía atraído por ella. Aunque sospechaba que el rostro de la muchacha, el brillo en sus grandes ojos ámbar y su bien desarrollada figura, también tenían algo que ver.

—Y bien, señor Holton, ¿va a explicarme por fin qué es una “sordina”?

Habían comenzado a andar y, al no tener que mirarlo a la cara, ella se sintió lo suficientemente segura como para saciar la curiosidad.

—Se trata de una pequeña pieza de madera con forma de púas de tenedor. Al insertarla cerca del puente, hace que las cuerdas suenen mucho más *piano*.

—¡Vaya! Qué simple y qué ingenioso.

—Es un objeto tan común, que no se me ocurrió al elegir la sinfonía que no dispusieran de ella.

—Como ya le dije... —él levantó la mano para interrumpirla.

—Recuerdo perfectamente lo que dijo, y tiene toda la razón. Si no han tocado en una orquesta anteriormente, no lo han echado en falta. Lo entendí, a pesar de ser... ¿Cómo me dijo usted? Ah, sí, absurdo y anticuado.

Lauren sintió cómo enrojecía. No sabía si él esperaba una disculpa o solo bromeaba. Quizá lo había juzgado con demasiada precipitación; tal vez, el intenso deseo de que todo saliera perfecto hacía que estuviese demasiado susceptible.

—Señor Holton, lamento si lo que le dije le pareció injusto. —Y lo lamentaba de verdad; el señor Holton, de repente, no le parecía el ogro que ella había imaginado al conocerlo, aun así, no se sentía cómoda en su presencia; era como si él tuviese un poder sobre sus emociones que nunca antes había poseído nadie—. Pero nadie me convencerá de que el hecho de que las mujeres no podamos formar parte de una orquesta tiene alguna razón lógica y comprensible. Tal vez, lo he juzgado de manera errónea y he dado por supuesto que usted también está en contra de que las mujeres podamos...

—Señorita Wilson, antes de que continúe equivocada, déjeme que le aclare algo: si bien nunca tomé con seriedad el hecho de incluir mujeres en la plantilla de la orquesta y no tengo una opinión formada al respecto, veo como una auténtica locura la orquesta que usted quiere formar. —Logan la oyó tomar aire con fuerza; sabía que escucharlo atacar a su querido proyecto le resultaba más intolerable que si la atacara a ella personalmente, pero quería dejar en claro qué opinaba—. Admito que la orquesta suena bien, todas las intérpretes, tal y como usted me dijo, son excelentes, y llegará a sonar aún mejor.

—¿Y cuál es el problema entonces?

—El problema es que nadie las tomará en serio; los hombres estarán más pendientes de los encantos femeninos que poseen que de la música, y la mayoría de las mujeres que asistan se preocuparán más por criticar los atuendos que por disfrutar del espectáculo.

—No, señor Holton, el problema es otro. —Lauren temblaba como una hoja mecida por el viento, indignada y decepcionada—. El verdadero problema es que usted se niega a tomarnos en serio y proyecta sus prejuicios en los demás.

—Si a usted le resulta más fácil creer que el problema soy yo, adelante, créalo. Pero luego no diga que no se lo avisé.

Lauren rechinó los dientes, sentía cómo la ira la invadía y se obligó a tranquilizarse; odiaría perder la calma frente a él y que llegase a sospechar cuánto le afectaba su opinión. Cuando estuvo segura de que era capaz de disimular la rabia que sentía, murmuró:

—Resulta un misterio que, a pesar de estar tan seguro del fracaso de la orquesta, haya aceptado el trabajo.

El gesto del hombre se endureció y sonó frío y cortante al responder.

—Créame, si hubiese tenido otra opción, jamás habría aceptado formar parte de semejante disparate.

Las palabras flotaron entre ambos y ninguno volvió a hablar. Lauren estaba segura de que, si lo hacía, sonaría temblorosa por la tristeza que el comentario había provocado en ella. Logan, consciente de que había dañado a la joven, sentía el absurdo deseo de disculparse con un abrazo y tuvo que apretar con fuerza las manos en la espalda para resistir el absurdo impulso de hacerlo.

* * *

Logan se levantó y se aseó en la jofaina que una silenciosa criada del hotel dejaba preparada cada mañana; había considerado alquilar un pequeño apartamento, pero estaba seguro de que el trabajo allí sería temporal, bien porque podría encontrar algo mejor, bien porque la orquesta se disolvería tras los primeros conciertos. A pesar de ganar un sueldo modesto, le permitía pagar una habitación con manutención incluida y aun le sobraban algunos dólares que podía ahorrar en ese momento en el que se regía con la más estricta austeridad. La señora Thurber había puesto generosamente a su disposición los recursos del conservatorio, y él iba algunas tardes, cuando sabía que apenas quedaban alumnos, a tocar el piano.

Llevaba dos días con la imagen de la señorita Wilson en la cabeza. La curiosidad por todo lo que tenía que ver con ella no hacía más que crecer, hasta el punto que había pensado hacer una visita a la señora Thurber para tratar de sonsacarle alguna información. Desechó la idea, no quería dejarse arrastrar por la ansiedad. Quería recuperar su trabajo, aquel por el que tanto había luchado; dedicarse en cuerpo y alma a ello. La música era la única ilusión que le quedaba y su única meta. Ya nada más podría ilusionarlo.

Se afeitó y se vistió. Ese día volvía a tener ensayo y, con sorpresa, descubrió que, a pesar de saber que la orquesta sería un fiasco, le apetecía volver a dirigir. El primer día se había llevado una agradable sorpresa, tal vez porque tenía expectativas tan bajas que no había más remedio que encontrarse algo mejor de lo que esperaba. Había mucho trabajo que hacer, pero en general la orquesta había sonado afinada y la mayoría de las mujeres sabía tocar los instrumentos muy bien, de manera excelente algunas, entre ellas, la señorita Wilson. Les costaba a veces seguir el *tempo* que él les marcaba e imprimir el carácter mozartiano de la pieza, pero eso lo conseguirían a base de ensayar y trabajar. No dejaba de ser un reto, y él pocas veces se había resistido a uno. Aun así, no podía dejar de sentir que desperdiciaba el tiempo. No era culpa de ellas, estaba convencido de que harían un buen trabajo, pero la sociedad no estaba preparada para

algo así, y, al final, el sueño que las animaba acabaría por transformarse en una triste pesadilla. Jamás habría participado de algo que supiese destinado a fracasar de no ser por necesidad económica, y esperaba que asociarse a tan disparatado proyecto no le pasase factura profesional. No obstante, hacer menos que trabajar intensamente y tratar de conseguir los mejores resultados no se le pasaba por la cabeza. Él tenía alma de ganador, aunque el caballo que montase fuese un patético rocín.

* * *

Cuando el señor Holton dio por terminado el ensayo, Lauren tuvo que reprimir un suspiro de alivio que pugnaba por escapar. Durante el tiempo que duró, se había sentido intranquila; temía que el director expresase en voz alta la opinión que le merecían, porque notó que se encogía cuando alguien hacía una mala entrada, a la espera de un exabrupto por su parte, algún comentario burlón o desdeñoso que, por fortuna, no se produjo en ningún momento. Él era exigente, incluso a veces duro, pero se comportaba con impecable profesionalismo y, con pesar, ella se sorprendía más veces de las que le habría gustado observándolo con arrobamiento. A pesar de la tensión que la invadía, disfrutaba al escuchar cómo explicaba cada momento de la música; lograba que las muchachas casi pudieran sentir lo que había sentido el compositor al crearla. La señora Thurber no le había mentado: Logan Holton era un gran director, si tan solo hubiese sido menos arrogante...

—Señorita Wilson, hay algo que me gustaría comentar con usted.

Ella se volvió sobresaltada; estaba guardando el violín en su funda de espaldas a la tarima cuando la profunda voz de él la sorprendió. Le había hablado tan cerca que sintió cómo los vellos de la nuca se le erizaban.

—Por supuesto, señor, si espera un segundo a que termine.

—La aguardaré fuera, aquí hace demasiado calor.

Lauren se limitó a asentir mientras notaba cómo aumentaba el ritmo de los latidos del corazón. Se obligó a inspirar profundamente para relajarse; consideró absurdo reaccionar así, además de exagerado. No tenía nada de extraordinario que el director quisiera intercambiar impresiones con ella, no tenía por qué pensar que iba a atacarla o quejarse de la orquesta. Se dijo que era probable que la tensión de los últimos meses desde la repentina muerte de su padre hubiera hecho más mella en ella de lo que suponía.

Tras dar indicaciones a Sarah y Linda para que ordenaran, se retiró del salón, inconsciente de que apretaba con tanta fuerza el asa de la funda del violín, que la mano se le acalambrió y tuvo que asirla con la otra.

“Relájate, no va a comerte.”

Logan la miró mientras se acercaba. Algunos mechones de pelo se le escapaban del peinado y estaba algo pálida. Él frunció el ceño, de repente, tomó conciencia de que la joven llevaba un enorme peso sobre la espalda. Vestía como solía ser habitual en ella: una falda amplia color verde y una ajustada blusa. Por la mañana, se había visto como una impecable institutriz inglesa: ni un solo cabello fuera de lugar. En ese momento, tenía dos botones de la blusa desabrochados, probablemente los había abierto durante el ensayo para mitigar un poco el calor del salón de actos. Apenas mostraba la línea esbelta del cuello, pero ese inocente trozo de piel consiguió afectar a Logan. Sin poder evitarlo dejó que la mirada resbalara por la breve línea descubierta y se detuvo en la parte delantera de la blusa, en la que la tela se tensaba sugestivamente.

—Usted dirá, señor Holton.

Él hizo un esfuerzo por mirarla a la cara, pero , de repente, la señorita Wilson ya no parecía la misma de siempre, y él sentía que ya no contemplaba a una muchachita, casi una niña, voluntariosa y tozuda; ahora veía ante él a una tentadora mujer que le pareció la más hermosa que había visto nunca. Apartó la mirada lo más rápido que pudo.

—Señorita Wilson, estuve pensando en el repertorio del concierto inaugural. Se me ha ocurrido que puede ser una buena idea hacer un monográfico sobre Mozart.

—Perfecto, usted tiene plena potestad para elegir el repertorio.

—Lo sé, pensaba completarlo con dos conciertos solistas y había pensado en usted y en la cornista principal.

—¿Sarah?

Él se limitó a asentir.

—Me parece que es una manera de revalorizarlas a ustedes como las excelentes intérpretes que son.

A Logan no se le escapó la mirada de sorpresa que ella lanzó, y esbozó una sonrisa, consciente de lo que la joven pensaba.

—Señorita Wilson, nunca dudé de su calidad como violinista, aunque todavía creo que la orquesta no tiene futuro, pero no será porque ustedes no sean excelentes en su interpretación.

Lauren se mordió el labio inferior. Las palabras del director la entristecieron, se daba cuenta de que los mismos prejuicios que él tenía eran los que anidaban en la mayor parte de la sociedad. Apenas podía culparlo por pensar así.

—¿Y eso le parece justo?

Logan encogió uno de sus hombros.

—¿Qué puede importar lo que yo piense? Las cosas son como son.

—¡Pues yo me niego a aceptarlo! —La tristeza de Lauren se había transformado rápidamente en justa indignación—. Si las normas no son justas, hay que cambiarlas; y no pienso darme por vencida cuando sé que tengo razón.

—Señorita Wilson, posee una actitud admirable.

—¿Pero?

—Pero lamento decirle que las reglas que nos rigen desde hace cientos de años no se pueden cambiar en unos días.

Ella esbozó una sonrisa carente de alegría.

—Señor Holton, no voy a negarle que tiene razón, pero si nadie comienza el cambio, el mismo no se producirá nunca—. Ella lo miró directamente a los ojos.

Las palabras de la joven lo golpearon como un mazo en mitad del pecho. Sin saber por qué, se vio afectado por el entusiasmo y decisión que ella mostraba; toda la energía e idealismo que poseía le trajeron recuerdos de otra época, de otro momento en su vida. Incómodo y nervioso como un colegial, apartó la mirada mientras murmuraba unas palabras de despedida.

No era más que una niña, mimada y protegida, no sabía nada de la vida, del dolor o de la pérdida, no sabía lo que era desear estar muerto y buscar estarlo, no sabía lo vacío que se sentía uno cuando ya no tenía esperanzas. Ella no sabía nada, no tenía por qué importarle lo que pensara de él; y si cuando el proyecto fracasara ella perdía parte de la alegría y entusiasmo juvenil que tanto lo atraía, a él no le importaría en absoluto. Haría el trabajo por el que le pagaban y se iría en cuanto encontrase algo mejor, así de simple. Esa noche las ganas de beber fueron más acuciantes de lo habitual, y pensó que un pequeño trago le ayudaría a quitarse de la cabeza a la señorita Wilson y lo dolida que se sentía cada vez que él expresaba lo que pensaba respecto a la orquesta. La necesidad se hizo casi insoportable y, con estupor, se dio cuenta de que las manos le temblaban, ligeramente, pero lo suficiente como para llenarlo de terror. Comenzó a caminar de un lado a otro en la habitación como un león enjaulado y, cuando logró tranquilizarse un poco, tomó la chaqueta y decidió salir. Ya era de noche y soplaba una fresca brisa, pero el aire consiguió despejarle la mente y disipó en parte el intenso deseo de beber. Casi sin darse cuenta regresó al tema que, junto a la bebida, parecía ocupar todos sus pensamientos.

Logan reconocía que la orquesta cada vez sonaba mejor; realmente el esfuerzo y el trabajo que hacían las integrantes era encomiable. No se le escapaba el hecho de que dedicaban muchas horas a estudiar las partituras y que la señorita Wilson ayudaba a quienes tenían más dificultad. Lo cierto era que ella estaba tan volcada en el proyecto, que él dudaba de que tuviese tiempo para nada más. Se preguntó sobre cómo sería su vida. ¿Dónde vivía? ¿Qué circunstancias la habían empujado a acometer semejante proyecto? ¿Tendría un prometido? Frunció el ceño. La joven era muy hermosa, lo más probable era que tuviese una horda de jóvenes que babeaban tras ella, le resultaba impensable creer que nadie se hubiese fijado en los numerosos encantos que poseía y le hubiese propuesto matrimonio. Claro que también era más que probable que ella no tuviese la sensatez de aceptar a alguno, inmersa como estaba en la locura de la orquesta, y, sin poder explicarse por qué, el pensamiento lo reconfortó.

Lauren se despidió de Judith, una de las violistas, a quien había ayudado a practicar un pasaje de especial dificultad. Le había ofrecido tomar un té antes de irse, pero la mujer alegó que su esposo, quien había quedado impedido tras caer de un tejado que arreglaba, la necesitaba. Estaba cansada y le apetecía retirarse a descansar o leer un rato en la acogedora soledad de la habitación, pero sintió una ligera punzada de culpa; sabía que su madre tomaba el té en una salita y llevaba muchos días sin dedicarle algo de tiempo. No se le escapaba lo mucho que ella desaprobaba lo que hacía, pero después de varias semanas había sido capaz de comprenderla y disculparla. La señora Wilson no era ni mejor ni peor que otras mujeres, simplemente estaba agradecida a unas normas por las que se habían regido generaciones de mujeres antes que ella y que siempre le habían proporcionado todo lo que había necesitado.

Sabía que, tarde o temprano, su madre acabaría por comprender que las mismas normas que tanto defendía no le servían; Lauren nunca sería feliz si se transformaba en una anodina ama de casa dedicada únicamente al cuidado de un esposo y de unos hijos. No tenía nada en contra del matrimonio, pero no creía que fuese una opción para ella, no cuando con seguridad implicaría abandonar lo que tanto amaba, lo que le completaba el alma. Comenzaba a percibir a las mujeres de la orquesta como parte de su propia familia y las sentía más cercanas de lo que nunca había sentido a las jóvenes *knickerbocker* a las que había frecuentado hasta hacía poco. Ellas eran mujeres reales, con vidas reales, en la mayoría de los casos, con vidas muy duras, pero eran valientes y, a pesar de encontrarse en extremas circunstancias, había algo en todas ellas que Lauren envidiaba y que hasta ese momento nunca había valorado: la libertad. Todas ellas eran libres para elegir cualquier camino, no estaban sujetas a arcaicas reglas de decoro y comportamiento. No se le escapaba que las mismas reglas habían favorecido el que ella pudiese llevar una vida privilegiada, alejada de las penurias con las que convivían sus compañeras. Tampoco pretendía erigirse en mártir de nada, ni esperaba el sufrimiento o el ostracismo como una abnegada asceta religiosa, nada de eso. Pero sentía que la vida real era hacer lo que le gustaba, lo que daba sentido a la existencia; y, si el resto del mundo no lo aceptaba, no le quedaría más remedio que luchar para conseguirlo. Ciertamente se jugaba mucho, había invertido todo el dinero que había podido reunir después de asegurarse una comodidad mínima tras vender todas las propiedades y objetos valiosos que poseían. A pesar de eso, había tenido que aceptar la generosidad de la señora Thurber, que también había querido colaborar en el proyecto, y a quien le había asegurado que cuando la orquesta empezase a generar beneficios se lo devolvería. Si la orquesta fracasaba, lo perdería absolutamente todo. Y lo peor no sería eso, sino que defraudaría la confianza que todas esas mujeres habían depositado en ella, empezando por la señora Thurber.

La señora Thurber miraba con disimulada curiosidad a los dos invitados. Se encontraban en el elegante salón de su residencia particular y acababan de servirles el té. Ambos se comportaban con exquisita cortesía; no obstante, una corriente subterránea parecía fluir entre ellos. La señorita Wilson, que siempre le había parecido una joven locuaz y apasionada, estaba extrañamente silenciosa; el director Holton parecía más serio de lo habitual.

—¿Cómo van los ensayos?

—Bastante bien, señora Thurber. —Logan dejó el delicado platillo de porcelana sobre la mesa; al hacerlo rozó, por accidente los nudillos con la suave piel de la mano de la señorita Wilson, quien en ese momento tomaba la taza. Ella se sobresaltó como si el contacto le hubiera quemado. Él apretó la mandíbula—. Creo que en un mes podríamos dar el concierto inaugural.

Lauren se vio obligada a intervenir sobreponiéndose a la inquietud que la acorralaba. Sabía que la incomodidad que la presencia del director provocaba en ella y que sentía como un cálido puño que le apretaba las entrañas era absurda, así que carraspeó antes de unirse a la conversación.

—El señor Holton ha pensado realizar un concierto dedicado a Mozart.

—Oh, me parece una estupenda elección. —La señora Thurber asintió con la cabeza—. Mozart siempre gusta y a modo de presentación será atractivo para mucha gente.

—La propia propuesta de la orquesta, de por sí, ya será atractiva para muchas personas.

Lauren apretó los labios al oír la afirmación del señor Holton; para su sorpresa, la señora Thurber se rio.

—Eso es cierto, habrá rumores de todo tipo.

—¿Y no le preocupa? —La inquietud era evidente en la voz de Lauren.

—¡Por supuesto que no, querida!

Lauren tuvo que hacer un esfuerzo consciente por no lanzar una mirada de triunfo al director.

—Sé que muchas personas considerarán a la orquesta como algo escandaloso — continuó la señora Thurber—, y no descarto que alguna asociación de damas pudorosas o de hombres mentecatos quiera armar un poco de alboroto, pero no permitiremos que ellos nos detengan, ¿no es cierto?

—¡Por supuesto que no! —Lauren esbozó una sonrisa de oreja a oreja. El rostro parecía habersele iluminado: había temido que el pesimismo del señor Holton se le hubiese contagiado a tan importante benefactora. Sintió la mirada del hombre sobre ella, y se la devolvió sonriente, él la apartó con rapidez.

—Es loable la determinación que las anima, señoras. Pero lamento decirles que, si el público decide no asistir a los conciertos, no habrá manera de sostener a la orquesta.

—¡Claro que asistirán! Usted no puede imaginar hasta qué punto llega la hipocresía y el gusto por lo morboso de ciertos *knickerbocker*.

Lauren sintió cómo se relajaba; el pesimismo del director había conseguido hacer mella en ella como un gusano insidioso al agujerear una manzana, en ese momento sintió el impulso infantil de sacarle la lengua. Imaginar que lo hacía y, sobre todo, cuál sería la reacción de él, hizo que tuviese que reprimir una risita.

Logan la miró con una ceja en alto, podía imaginar qué era lo que le hacía tanta gracia. Sin duda, pensaba que todas las objeciones que él había esgrimido acababan de volatilizarse. Observar una sonrisa tan franca y semejante brillo en sus ojos lo dejó sin aliento, y deseó de corazón estar equivocado. Pero algo le decía que las cosas no serían tan fáciles como las planteaba *miss Thurber*.

La mujer, al parecer, ajena a la silenciosa comunicación que se había establecido entre sus invitados, exclamó con alegría:

—Bueno, ya que dentro de un mes haremos la presentación, habrá que comenzar a pensar un nombre para la orquesta, ¿no les parece?

Logan no pudo evitar lanzar un suspiro de exasperación.

—¿La orquesta aún no tiene nombre?

—Era la menor de nuestras preocupaciones; tenga en cuenta que ni siquiera encontrábamos director —respondió Lauren sin poder evitar ponerse a la defensiva.

—Tengo una propuesta —anunció la señora Thurber, a quien no se le escapaban las miradas incendiarias que los jóvenes se lanzaban—, creo que deberíamos llamarnos “Orquesta Femenina Wilson”.

Lauren, inmediatamente, negó con la cabeza.

—Oh, no, señora Thurber, el proyecto es tan suyo como mío.

—Creo que el nombre es perfecto —intervino el señor Holton.

—Pues no se diga más, por la tarde anunciaré a los patrocinadores el nombre oficial.

—¿Patrocinadores? —En la voz sorprendida de Lauren se traslucía el deleite.

—¿No se lo había contado? —Tras la negativa de Lauren, *miss* Thurber le explicó cómo había conseguido convencer a algunos comerciantes de Nueva York para que apadrinasen el proyecto.

—No voy a negar que, en un primer momento, la mayoría de los comerciantes con los que me contacté se mostraron reticentes —comenzó a explicar—, pero, si hay algo que caracteriza a nuestra burguesía, es la valentía para arriesgar y el amor por el dinero. —Al decirlo les guiñó un ojo, sonriente—. Cuando deslicé como al pasar lo mucho que impactaría en la sociedad una orquesta formada solo por mujeres con un prestigioso director al frente y la gran cantidad de curiosos que atraería, ninguno quiso quedarse sin su trozo del pastel.

Lauren la escuchaba con los ojos brillantes, admirada por su tenacidad e inteligencia, mientras Logan, a su lado, la contemplaba arrobado.

Se aproximaba el día del concierto inaugural, y Lauren estaba convencida de que moriría de agotamiento antes de que llegase el día del estreno. El ritmo de los ensayos se había intensificado, las chicas estaban tensas, y el director... Bueno, él parecía querer exprimir las hasta robarles la última gota de aliento. Como si fuera poco, había tenido una terrible pelea con su madre en el momento en que supo que la orquesta llevaría el nombre de la familia. El anuncio del concierto se había publicado en el *Times* y en el *Herald*; con sorpresa había descubierto que toda la ciudad bullía de excitación, y que la existencia de una orquesta femenina se había convertido en el rumor favorito de la alta sociedad.

Una mañana, al regresar a su casa después del ensayo, la señora Wilson la esperaba furiosa. El rostro contraído y pálido fue el anticipo de la escena que tuvo lugar a continuación.

—No te alcanzó con embarcarte en algo tan absurdo, tenías que enlodar también el nombre de la familia.

En un principio, Lauren no entendió a qué se refería; su madre, cuando interpretó correctamente la expresión aturrida, añadió:

—¡Cómo te atreves a dar nuestro nombre a tu ridícula orquesta!

La muchacha tragó saliva indignada. Estaba cansada y aterrorizada, la cercanía del concierto la enfrentaba a todo tipo de inseguridades. De repente, todo el entusiasmo que la había guiado había trocado en incertidumbre y pavor; temía el rechazo y la burla, y aunque se dijo que si se producían serían injustos y guiados por los prejuicios, saberlo no mitigaría el sufrimiento que conllevaría. No le afectaría solo a ella, sino también a las chicas, muchas de las cuales habían sacrificado parte de un tiempo que les era especialmente valioso para formar parte del proyecto.

—No es ridícula. —Lauren temblaba llena de indignación—. Es una orquesta de gran calidad, que no tiene que envidiar nada a ninguna otra de similares características.

—¡Hace semanas que no veo a mis amistades! —La señora Wilson la miraba con expresión acusadora—. No podría soportar la vergüenza, ¿cómo eso no te importa?

Lauren se dio cuenta de que la mujer nunca había intentado ponerse en su lugar. Al tomar conciencia de ello, trató de dominar el enfado para intentar explicarle su punto de vista.

—Madre, lamento mucho que lo veas así —procuró usar un tono de voz conciliador—. No quiero avergonzarte, por supuesto que no, pero no veo qué puede haber de malo en que un grupo de mujeres que amamos la música queramos tocar juntas y formar parte de algo tan sublime como una orquesta.

—Lo dices como si antes hubieses tenido las manos atadas, ¡has dado infinidad de conciertos!

—¡Pero no es lo mismo!

—No veo dónde está la diferencia.

Lauren comprendió que lo que intentaba transmitir sería inútil. La mujer que tenía delante no podía sentir la pasión que ella misma sentía, ni había experimentado jamás cómo la piel se erizaba de emoción cuando un grupo de músicos hacía magia con los instrumentos. Movi6 la cabeza con el deseo de terminar una discusión que no las llevaría a ningún sitio.

—Si no puedes entender lo que me impulsa, al menos sí podrás comprender esto: no tenemos más fuentes de ingresos que la orquesta. Por el bien de ambas, deberías rezar para que funcione.

Y, sin añadir nada más, se marchó con paso airado.

* * *

El ensayo general se llevó a cabo en el escenario de la academia de música, el lugar donde se realizaría el concierto. Según le había explicado el señor Holton, era muy importante ensayar en el mismo lugar donde se actuaría para compensar los matices según la acústica del lugar.

Las chicas se sintieron muy impresionadas ante la magnificencia de la sala; Lauren imaginaba lo imponente que les resultaría a ellas un lugar así. Por otro lado, el semblante serio y tenso del director no colaboraba mucho. El ensayo comenzó con la obra que Sarah interpretaría como solista. Se trataba del *Concierto para trompa n.º 3*, de Mozart, y la interpretación de la muchacha resultaba magnífica. A pesar de ello, el señor Holton detuvo la música con un golpe seco de la batuta en el atril.

—Señorita Preston, ese trino es demasiado lento, se mete usted en el siguiente compás.

—Disculpe, director. —La muchacha pareció contrita. Si bien las palabras del hombre no fueron descorteses, habló con un tono desabrido en el que se apreciaba una clara censura.

Repitieron el fragmento, y la ejecución resultó impecable, aun así, el señor Holton seguía con el ceño fruncido, como si a duras penas pudiese soportar lo que oía.

Lauren no comprendía a qué se debía semejante actitud; la orquesta sonaba excelente, y las chicas estaban realizando un buen trabajo. Cuando comenzaron la siguiente pieza, la *Sinfonía n.º 41*, el hombre volvió a dar un golpe en el atril con tanta fuerza, que Lauren se sobresaltó.

—¡Señoras, si esto es lo mejor que pueden hacer, es preferible que guarden los instrumentos y regresen a sus casas a hacer tejido, o lo que sea que hagan cuando no torturan mis oídos!

Las mujeres enmudecieron perplejas mientras Lauren sentía que la ira, caliente como el vapor de una tetera hirviendo, le subía por el pecho. Sin poder ni querer evitarlo, se levantó de un salto a la vez que exclamó:

—¡Es usted un pomposo asno arrogante! —Ignoró las exclamaciones de asombro a su alrededor para continuar, tan enfadada que apenas era consciente de lo que decía—. No voy a consentir que amilane a estas mujeres, que trabajan tan duramente cada día y hacen un verdadero esfuerzo para venir aquí. Lo último que merecen es que usted las insulte. —Con horror se dio cuenta de que le comenzaba a temblar la voz, a la vez que un ligero picor en la garganta le anunciaba que las lágrimas estaban prontas a salir.

—Señorita Wilson, yo si fuera usted...

—¡No crea que va a callarme por más que frunza el ceño!

Logan apretó la mandíbula, y un músculo le palpitó en la mejilla. Con la voz tan tranquila que hasta sonaba peligrosa, habló en un susurro.

—Señoras, por favor tómense un descanso.

Las mujeres no necesitaron que se lo dijeran dos veces. La corriente de tensión que corría entre la señorita Wilson y el señor Holton era demasiado evidente, y, a sabiendas de que ambos tenían muchas cosas que recriminarse, se apresuraron a dejarlos solos. Lauren sentía que el cuerpo le temblaba, y supo que no podía enfrentarse al director en ese estado, se habría mostrado demasiado vulnerable. Intentó salir con rapidez de la sala con la esperanza de que él no la detuviese, pero no tuvo esa suerte, y la profunda voz del hombre la sobresaltó.

—¡Señorita Wilson, espere!

Ella ignoró su voz y comenzó a apresurar el paso hacia los pasillos que había tras el escenario, horrorizada de pronto por lo que había dicho. No sabía qué la había impulsado a reaccionar así, aunque imaginaba que la tensión y la preocupación por la cercanía del debut tenían algo que ver. La penumbra de los bastidores apenas permitía distinguir el camino, por lo que tropezó con algo. Entonces sintió que la agarraban del brazo.

—¿A dónde va tan rápido?

Lauren ahogó un grito de sorpresa. No había notado que él la estaba siguiendo. Al alzar la vista, se sintió consternada al ver sobre ella el rostro del señor Holton. El hombre la miraba colérico, los ojos azules parecían despedir chispas.

—¿Ahora se queda callada? —Sonó engañosamente suave—. Tal vez necesita público para envalentonarse.

Esas palabras consiguieron sacarla de su estupor.

—Lamento si lo he ofendido, señor, pero usted no tenía ningún derecho a tratar así a las integrantes de la orquesta.

El hombre la zarandeó ligeramente; aunque no la apretaba, Lauren podía sentir la fuerza que emanaba de él.

—Le puedo asegurar, señorita, que la manera en que me dirijo a ellas no difiere mucho de la manera en la que me he dirigido anteriormente a otros músicos, y no soy el único director que intenta aflorar la garra y la pasión azuzando un poco el orgullo; tal vez el problema radique en que no están ustedes tan preparadas como creen para resistir la presión de un concierto y a un director exigente.

Lauren comenzó a sentirse estúpida; quizá había reaccionado de forma exagerada, aun así, respondió con altivez.

—¿Exigente? Desagradable y grosero más bien.

Él apretó la mandíbula y volvió a tensar un músculo en la mejilla.

—Si usted quería que la trataran como a una delicada damisela, tal vez no debería haber salido de la sala de baile en la que sus numerosos admiradores sin duda se apresuraban a complacerle todos los caprichos.

—¡Nunca he pretendido que me trate como a una damisela! Tan solo anhelo que disimule la aversión que siente.

—¿Aversión? No sé de qué me habla.

—¡Oh, vamos, no lo niegue! —Lauren lo miró directamente; en sus ojos brillaban lágrimas no derramadas que intensificaban el color ámbar alrededor de las pupilas—. Desde el primer momento ha sido crítico y ha ridiculizado lo que para mí es tan importante. —Se le quebró la voz y renunció a continuar mientras sentía cómo una lágrima le resbalaba por la mejilla y le hacía cosquillas durante el recorrido.

Logan tragó saliva. Sin ser consciente de lo que hacía, interrumpió el camino que seguía aquella lágrima con un dedo y con el pulgar le acarició el labio inferior, que temblaba ligeramente.

—Lauren... —Su tono de voz se volvió íntimo, profundo, mientras no dejaba de mirar casi hipnotizado el movimiento de su propio dedo que trazaba el contorno del labio—. No siento aversión hacia el proyecto, de hecho, me parece admirable la constancia y tesón que demuestra, pero eso no significa que no pueda ser realista. La sociedad sabe ser implacable cuando alguien se desvía del sendero establecido, créame, sé de lo que hablo; y he descubierto que no soportaría que se desilusionase y sufriese si la orquesta fracasa.

Ella no podía hablar, la cercanía del hombre, el tono profundo de voz y, sobre todo, el contacto con su labio le provocaban una extraña lasitud que la mantenía paralizada. Tragó saliva y sintió cómo él detenía el movimiento errático y dejaba caer las manos a ambos lados del cuerpo. Aun así, no se movió, la observó con tanta fijeza que ella creyó que se desintegraría. De repente, sin mediar palabra la tomó de la barbilla, le levantó la cabeza y la besó.

Lauren estaba segura de que él podría oír los latidos de su corazón, tan fuerte retumbaban en el pecho. Sintió que le temblaban las rodillas cuando él le puso una mano en la espalda y la aproximó hacia su cuerpo. Con los labios le daba pequeños besos en la comisura, y, en el momento en que ella jadeó de sorpresa, aprovechó para lamerle el interior de la boca.

Lauren jamás había experimentado algo así y, en el momento en que con su lengua buscó la de él y sintió cómo el cuerpo se abandonaba a la maravillosa languidez que la había invadido, él la soltó tan de repente como la había abrazado. Durante unos segundos se limitó a contemplarla con la mandíbula tensa y la respiración jadeante, luego, dio media vuelta y se marchó sin añadir nada.

Lauren se tocó trémula los labios, quería retener la sensación que el señor Holton había provocado en ella, aunque no entendía muy bien lo que acababa de suceder.

Logan se habría dado un cabezazo contra la pared si con eso hubiera podido borrar lo que acababa de hacer. No necesitaba esa clase de distracción, no podía enredarse con una mujer como Lauren. Las muchachas de buena familia solo podían considerarse para una cosa: el matrimonio.

Logan no iba a casarse de nuevo. Tampoco quería tener más hijos. Eso pasó una vez en su vida y, cuando le fue arrebatado, el dolor que sintió fue tan inmenso que supo que no podría volver a pasar por algo así. Además, él siempre tendría que estar atento a luchar contra el intenso deseo de beber que sentía a todas horas y, aunque sabía que ceder lo volvería a llevar al abismo, no estaba muy seguro de poder resistir por siempre. Nadie merecía vivir con un hombre dominado por una adicción.

No había nada que la señorita Wilson y él pudiesen compartir más que el amor que ambos sentían por la música y, a pesar de saber que era lo único que los unía, no había podido evitar besarla, por lo que se veía dominado por un tormento de deseos que nunca podría satisfacer.

Supo que le esperaban muchas noches sin dormir por el recuerdo del contacto de su cintura y el sabor dulce en la boca. La había deseado con un fuego que ya no creía poseer; no podía entender qué le había pasado por la mente, pero el verla tan hermosa y desafiante frente a él había roto un fragmento del muro que con tanto cuidado había alzado. No debía permitir que nada así volviese a suceder.

* * *

Lauren volvió al escenario aturdida. Los labios del señor Holton aún parecían arder sobre los suyos. La había llamado por su nombre, ni siquiera creía que lo recordara.

Al día siguiente por la tarde, tendría lugar el debut de la Orquesta Femenina Wilson. Durante la tarde, las chicas y ella se habían probado las elegantes faldas azules y las blusas con volantes que la señora Thurber, bendita ella, les había conseguido a través de un patrocinador. Por lo visto, se trataba de excedentes de la conocida tienda “Ladies Mile”, en Broadway, ropa de excelente calidad. Todo estaba listo: las entradas se habían

agotado, la expectativa era máxima, los patrocinadores, tal y como le había confiado la señora Thurber con un brillo satisfecho en los ojos, estaban encantados con toda la excitación que se había despertado alrededor de la orquesta y con la enorme afluencia de público que se esperaba. Lauren sabía que se habían enviado invitaciones a los críticos de los más importantes periódicos de Nueva York. Debía estar totalmente concentrada en el concierto del día siguiente.

Pero lo cierto era que no paraba de pensar en los profundos ojos azules del señor Holton y en la forma en que su boca había acariciado la suya. Ese contacto había provocado en ella sentimientos que no había experimentado antes. Todas las demás preocupaciones se habían esfumado como si nunca hubiesen estado allí. Le preocupaba que el director le pareciese tan atractivo, irresistible casi, se tensaba como la cuerda de un violín cada vez que él estaba cerca, la inquietaba el cosquilleo que su profunda voz le provocaba en la nuca, pero, sobre todo, estaba alarmada por lo que empezaba a sentir por él.

Al llegar al escenario tras el improvisado descanso, se dio cuenta de que las chicas habían vuelto a sus lugares; algunas la miraron con curiosidad, y Sarah le hizo un gesto interrogante con las cejas levantadas. Ella apenas pudo esbozar una mueca, un remedo de sonrisa con el que pretendió decirle que todo estaba bien.

El señor Holton se encontraba en la tarima, al parecer, enfrascado en la lectura del guion de la obra; parecía tranquilo y relajado, como si no acabase de provocar un cataclismo emocional dentro suyo.

Lauren se sentó también y tomó el violín solo para darse cuenta de que le temblaban tanto las manos que no podía tocar. Con un carraspeo se dirigió al causante de la inquietud.

—Señor Holton, si puede disculparme, hay unos asuntos de última hora que debo tratar con la señora Thurber.

Él asintió sin apenas mirarla, y ella, que sentía unas inexplicables ganas de correr, salió sin mirar atrás.

* * *

En menos de una hora, las puertas de la Academia de la Música se abrían, y la Orquesta Femenina Wilson enfrentaría su primer concierto. Las chicas estaban nerviosas, deseosas de hacerlo bien, y Lauren había tenido que disimular el temor que

sentía para infundirles coraje, sin embargo, tras un breve ensayo que había servido como prueba acústica, fueron las palabras del señor Holton las que habían conseguido tranquilizarlas a todas y llenarlas de entusiasmo.

—Bien, señoras, excelente. —Dejó la batuta sobre el atril y tomó asiento en la banqueta alta que tenía detrás y que casi nunca usaba. Cruzado de brazos se dirigió a ellas—. No tengo la más mínima duda de que el concierto va a salir tan bien o mejor de lo que han salido los ensayos. Son todas ustedes unas excelentes intérpretes, y todo saldrá bien gracias al esfuerzo, tenacidad y talento que poseen. —Hizo una breve pausa y paseó la mirada por ellas; a Lauren no se le escapó el detalle de que, al verla, el director apartó la mirada con rapidez—. No puedo asegurarles cómo va a ser la acogida, lo que sí puedo decirles es que son ustedes las personas más valientes que conozco; no debe importarles lo que digan, solo deben tener claro una cosa: ustedes están haciendo historia.

Tras escucharlo, todas comenzaron a aplaudir, Lauren aprovechó ese momento en que nadie la miraba para, de un manotazo, limpiarse las lágrimas que le rodaban por las mejillas. No eran las palabras del hombre las que las habían provocado, a pesar de que se había emocionado como todas, sino la certeza de que el señor Holton no iba a pasar por su vida sin más; estaba segura de que tendría el mismo efecto sobre ella que el paso de un huracán sobre una cabaña de paja.

* * *

Lauren recibía felicitaciones en la recepción que la señora Thurber había organizado tras el concierto. Estaban invitadas todas las componentes de la orquesta, muchas de las cuales no habían podido quedarse; también periodistas, el alcalde y algunas de las personalidades más representativas del mundo de la música y de la alta sociedad de Nueva York. Dos reporteros habían insistido en hacerle unas preguntas, y ella había accedido con timidez. La orquesta había sonado maravillosamente, y la sonrisa que el señor Holton les había dirigido al acabar la había inundado de calidez. Pero no todo habían sido parabienes. Algunas personas se habían levantado y se habían marchado antes de que finalizase el concierto y, aunque ella se negó a permitir que le afectase, lo cierto era que sabía que, al día siguiente, muchas de las objeciones que tenían en contra de la orquesta aparecerían en los periódicos. Así se lo había insinuado el joven reportero del *Herald*, el señor Martin.

—Han montado una buena, señorita Wilson. —El joven sonreía encantado; a Lauren le pareció una hiena—. Toda la ciudad quiere saber sobre usted; la mitad, la admira por su iniciativa y la otra mitad, la aborrece por darle la espalda a la clase social de la que procede.

—No veo por qué se podría pensar que por hacer música y difundir la cultura le doy la espalda a nada ni a alguien —había contestado sonriente, sin embargo, las palabras del señor Martin la inquietaron.

Las caras que la rodeaban eran en su mayoría de satisfacción, los patrocinadores habían recuperado el dinero invertido y habían conseguido una excelente publicidad, ya que el evento había sido cubierto por numerosos periódicos no solo neoyorquinos. La señora Thurber parecía resplandecer, las chicas de la orquesta que habían podido quedarse comían felices los exquisitos bocados del *buffet* y charlaban en grupos; tan solo Lauren parecía sentirse fuera de lugar, como si la tensión de las últimas semanas la hubiese abandonado de golpe. Se sentía hueca. Estaba satisfecha, por supuesto, la orquesta había sonado mejor que nunca, la mayor parte del público había aplaudido con entusiasmo, todo había salido mejor de lo que imaginaba, pero había una ausencia que la entristecía profundamente: la de su madre, que se había negado a ir. Esa mañana Lauren había dejado en la bandeja que la doncella le subiría a la habitación una invitación para el concierto, pero la señora Wilson no había aparecido.

El señor Holton, por otro lado, había estado impecable; ella había tenido durante las últimas semanas suficientes pruebas de su profesionalidad, pero esa tarde había brillado: los gestos enfáticos, las miradas de aliento con las que animaba a todas ellas a dar lo mejor de cada una, su innegable carisma y el magnetismo que desprendía habían mantenido al público pendiente de cada gesto y cada nota. Por un momento, deseó todavía verlo como el hombre pomposo y desagradable que se burlaba de sus ilusiones, pero para desgracia suya ya le resultaba imposible conciliar la imagen del señor Holton que la había besado con tanta pasión con la del director arrogante que le había parecido nada más conocerlo. Había demostrado que creía en ellas y, lo más imperdonable de todo, había conseguido que se le acelerase el corazón con solo mirarlo. Sin poder evitarlo lo buscó con la vista y lo encontró enseguida rodeado por tres damas vestidas con seda y satén. Todas parecían estar encantadas con él, y las caídas de pestañas y las risitas que acompañaban cada una de las palabras que él pronunciaba anticipaban con claridad lo atractivo que les resultaba. El señor Holton lucía impactante con un chaqué negro y una impoluta camisa blanca. El cabello negro peinado hacia atrás despejaba la frente ancha y los ojos parecían destellar en el rostro.

Las mujeres que lo rodeaban se lo comían con los ojos y ¿por qué no? Era un hombre joven, tremendamente atractivo y, además, talentoso. No debería haberla sorprendido que las mujeres lo asediaran, y tampoco debería haber lugar para el oscuro sentimiento que la inundaba al ver cómo las damas le tocaban con disimulo el brazo y competían por llamar su atención.

En ese momento, un hombre interrumpió la conversación que mantenía el señor Holton con las damas, y él, tras escucharlo, levantó la vista y la contempló sin titubear a la vez que le hacía una seña. Lauren sintió que le temblaba un nervio en el párpado

mientras se acercaba al pequeño grupo; procuró ignorar el escrutinio de las tres mujeres. Le había dado la sensación de que él había sabido en todo momento dónde se encontraba ella.

—Señoras, señor director. —Al llegar junto al grupo, saludó con una leve inclinación de cabeza.

—¡Señorita Wilson! Me alegra mucho conocerla. —El hombre que se había acercado al señor Holton la miró sonriente—. Permítame presentarme, soy Henry Scott, tengo un estudio de fotografía en la Quinta Avenida y justo le decía al señor Holton que me encantaría hacerles una fotografía juntos. —Ella miró al director con gesto interrogante, y él le devolvió la mirada, impasible—. He tomado varias fotos de la actuación de la orquesta, que por cierto he disfrutado mucho, y he pensado exponerlas en mi escaparate. Sería estupendo poder tener una foto del director y de la fundadora juntos.

—Por supuesto, señor.

Logan se disculpó con las damas con las que conversaba y tomó a Lauren por el codo. La joven parecía muy pequeña y vulnerable junto a él, y se preguntó por qué su semblante estaba tan serio y parecía tan distante: todo el mundo que se acercaba a ella lo hacía para felicitarla, debería de estar exultante y, en lugar de eso, parecía un cervatillo que se acababa de quedar huérfano.

El fotógrafo les pidió que lo acompañaran a una habitación junto al gran salón en la que la señora Thurber le había indicado que podía guardar la cámara. Una vez allí, les indicó que aguardaran unos minutos mientras la montaba. Lauren sintió que el nerviosismo se apoderaba de ella. Desde que la mañana anterior él la había besado, no habían vuelto a cruzar ni una sola palabra. La voz del hombre la sobresaltó.

—Imagino que estarás satisfecha. —De nuevo la tuteaba—. El concierto ha sido un éxito.

—Creo que no todo el mundo piensa lo mismo, hubo algunas personas que se marcharon antes de que terminara.

—Si tenemos en cuenta que se han ido en silencio y sin armar escándalo, yo lo consideraría una buena señal, podrían haberse mostrado mucho más desagradables.

—Supongo que tiene razón.

—¿He oído bien? ¿Acaso me dio la razón?

Logan alzó las cejas con sorpresa y esbozó una sonrisa socarrona mientras la contemplaba; ella se limitó a apartar la vista sin seguir la broma. Parecía extrañamente silenciosa, como si el fuego que él sabía que poseía la hubiese abandonado para dejar en su lugar solo unas titubeantes ascuas. Probablemente se sentía incómoda, quizá pensaba

que iba a abalanzársele como la mañana anterior, y no la culpaba. Si ella hubiera podido leerle los pensamientos, habría echado a correr aterrorizada. Supo que debía tranquilizarla, hacerle saber que no tenía la más mínima intención de dejar que volviese a suceder algo similar entre ellos y, por el bien de ambos, tratar de recuperar la relación profesional que habían mantenido hasta ese momento.

—Lauren, hay algo que debo decirle.

Ella clavó los ojos color ámbar en él, y pudo notar que el labio le temblaba. —Lo que sucedió ayer... Le pido disculpas. Debe olvidarlo, le aseguro que no volverá a pasar—. Mientras hablaba, cerró la mano en un puño. Sabía que iba a tener que usar toda su fuerza de voluntad para mantenerse firme, de igual forma que sabía que debía permanecer alejado de la joven si quería evitar sufrir de nuevo.

—Está bien, señor Holton, no pasa nada. —Pero no estaba bien, nada estaba bien.

Lauren era una mujer joven, con todos los sentidos a flor de piel, una mujer que se había abierto como una fruta madura al placer sensual que él había despertado en ella con un beso. No quería que él le prometiese que no volvería a pasar; se dio cuenta con horrorizada sorpresa de que lo que en verdad quería era que él la tomara en brazos y volviera a besarla.

—¡Listo! —El señor Scott le proporcionó la excusa que necesitaba para apartar la mirada. Tragó saliva y se esforzó por sonreír mientras se preguntaba cómo podría olvidar lo que aquel hombre le había hecho sentir y que para él parecía no haber significado nada.

Lauren tuvo la sensación de que acababa de quedarse dormida después de una larga noche dando vueltas en la cama, cuando la voz excitada de su madre la despertó.

—Despierta ya, son más de las diez.

Ella metió la cabeza debajo de la almohada, con el deseo de robarle al sueño unos minutos más, pero la señora Wilson tenía otros planes.

—¡Oh, Lauren, tienes que ver esto! No te lo vas a creer.

Poco a poco, mientras los últimos jirones del sueño la abandonaban, se dio cuenta de dos cosas: primero, que hacía mucho tiempo que su madre no iba a despertarla a la habitación y segundo, que sonaba demasiado emocionada. La extrañeza que eso le provocó la ayudó a despejarse.

—¿Qué sucede, madre? —Mientras lo decía se frotaba los ojos con fuerza contra las palmas de la mano.

—¡Mira! ¡Mira todo esto!

La señora Wilson señalaba un montón de tarjetas que tenía en el regazo, parecían invitaciones.

—¡Hay invitaciones a tomar el té de casi todas las señoras importantes de Nueva York! —Hacía mucho que su madre no se mostraba tan entusiasmada por algo. Lauren volvió a maravillarse de lo que la aceptación social le importaba a la señora Wilson. Decidió no decirle que probablemente lo único que querían sería saciar una morbosa curiosidad sobre la orquesta.

—Por supuesto, te incluyen a ti.

—No sé si voy a poder alternar en sociedad, madre; vamos a estar muy ocupados con las preparaciones del nuevo repertorio. —Se calló al ver cómo la señora Wilson apretaba los labios a la vez que la miraba con cara de decepción—. Aunque supongo que a alguna de ellas sí podría ir.

La señora Wilson se relajó visiblemente y se levantó de la cama. Cuando estaba a punto de abrir la puerta se volvió con una sonrisa en la cara.

—Por la tarde la señora Wharfield nos espera a la hora del té. Deberías levantarte ya.

* * *

Tal y como había supuesto, el único interés de la señora Wharfield era hablar de las integrantes de la orquesta, del papel de la señora Thurber y del suyo en la creación del ensamble. Apenas había intercambiado unas pocas frases corteses con la señora Wilson, luego toda la atención de la mujer se había vuelto hacia Lauren. Por fortuna, la señora Wilson no parecía sentirse agraviada; la notoriedad que la escandalosa actividad de su hija le acababa de otorgar entre sus antiguas amistades parecía agradarle.

Lauren respondía con paciencia a las preguntas de la señora Wharfield, aunque la mujer no le parecía especialmente simpática; la había reconocido como una de las mujeres que hablaban con el señor Holton en la recepción y la imagen que componía junto a él todavía le parecía desagradable cada vez que la evocaba. Su madre le había contado, de camino a la residencia, que la señora Wharfield había enviudado el año anterior y que el difunto señor Wharfield había hecho fortuna con la explotación de minas en el oeste, lo que la había dejado en una situación económica envidiable. Lauren supo leer la crítica implícita hacia su padre, pero resistió la tentación de responder.

—El director, el señor Holton, parece un hombre notable; ¿no es cierto, señorita Wilson?

—Sí, por supuesto, señora Wharfield, es un gran director. Hemos sido muy afortunadas al poder contar con él.

—Imagino que además será doblemente agradable trabajar con un hombre tan atractivo.

Lauren sintió arder las mejillas y se preguntó si la señora Wharfield lo habría notado. Echó un rápido vistazo a su madre, que le devolvió la mirada con curiosidad.

—No sabría decirle, señora Wharfield.

—¡Oh vamos! —La mujer lanzó una carcajada y exclamó—: ¡Las muchachas jóvenes de hoy en día no saben apreciar un buen ejemplar masculino cuando lo tienen delante de la nariz!

Lauren se ruborizó, incómoda por la chabacana forma de hablar de la señora Wharfield. Miró a su madre, que también parecía escandalizada, no obstante mostraba una sonrisa afectada; entonces, Lauren supo que ella aceptaría casi cualquier

comentario procedente de la señora Wharfield, por impertinente que fuese, si eso le aseguraba recuperar el papel en la sociedad que la muerte y la ruina del esposo le habían arrebatado.

—Tengo entendido que es viudo.

—No lo sabía, señora Wharfield. —Lauren contuvo una exclamación de sorpresa—. Solo lo veo durante los ensayos y mantenemos una relación estrictamente profesional.

A pesar de dar una cortante respuesta, Lauren tuvo que reprimir las inoportunas ganas de preguntarle al respecto. ¿Cómo se había enterado la señora Wharfield de que el señor Holton era viudo? ¿Tenía hijos? Ella había supuesto que era soltero, sobre todo después de que la hubiese besado, pero si la señora Wharfield estaba en lo cierto entonces él había estado casado antes.

—Créame, señorita Wilson, el señor Holton pronto tendrá más atención de la que pueda desear.

Lauren se limitó a asentir mientras tomaba un largo sorbo de té, intentó ocultar la turbación y el desagrado cada vez mayor que sentía hacia la anfitriona. Se sentía profundamente incómoda y deseaba marcharse de allí; no quería hablar del señor Holton con nadie, lo que empezaba a sentir por él era demasiado inexplicable como para compartirlo, pero el hecho de que esa mujer desagradable y maleducada supiese cosas sobre él que ella desconocía la había inquietado sobremanera.

* * *

La señora Wharfield no podía saberlo, pero, si Logan hubiese podido escucharla, no habría tenido más remedio que darle la razón.

Esa mañana, el recepcionista del hotel en el que se hospedaba le había dicho que había un periodista que lo esperaba y, mientras desayunaba, había sorprendido varias miradas de abierta curiosidad posadas sobre él. Había querido que su paso como director de la Orquesta Femenina Wilson pasase con discreción hasta que pudiese encontrar algo mejor; acababa de darse cuenta de lo absurdo de la intención.

Logan había reducido al mundo a una única cosa: la música. La música siempre iba a estar ahí, la entendía, conocía sus reglas, se sabía lo suficientemente bueno como para saber que tarde o temprano encontraría un puesto mucho mejor; la música era todo lo que necesitaba. Y aunque no fuese así, él no se permitiría necesitar nada más, llenaría su vida con acordes y sinfonías, no se aferraría a nada que pudiese volver a perder.

Le resultaba perentorio encontrar otro puesto como director; las cosas en Nueva York

comenzaban a complicarse mucho y, aunque cada vez disfrutaba más del reto que suponía dirigir una orquesta de las características de la Orquesta Femenina Wilson y se sentía orgulloso de formar parte de esa historia, sabía que corría peligro si no se marchaba cuanto antes. Peligro de querer quedarse, de que algo o alguien pasara a importarle demasiado.

Si tan solo un mes antes le hubiesen dicho que la fastidiosa señorita Wilson le iba a provocar ganas de salir corriendo como un conejo asustado por un disparo, se habría reído a carcajada limpia. Pero ahora lo último que sentía eran ganas de reír.

No tenía nada de gracioso pensar en ella día y noche. No le parecía divertido que al dirigir debiera forzarse a no mirarla por el riesgo de ensimismarse y olvidar por qué compás iba. No le parecía agradable añorar el sabor de esa boca y la suavidad en los labios con tanta ansia que el sueño le rehuía.

Tenía que encontrar otro trabajo pronto, y decidió poner manos a la obra ese mismo día.

* * *

Los ensayos se reanudaron en un ambiente más distendido que los anteriores al concierto inaugural. El haberse enfrentado por primera vez a un auditorio abarrotado y haber superado con éxito la prueba había infundido una gran confianza a las integrantes de la orquesta; también al señor Holton, que les había anunciado el nuevo repertorio que comenzarían a ensayar, que incluía obras de Vivaldi, Händel y Brahms.

—Señoras, Mozart y Vivaldi son grandes compositores y han dejado un legado musical impagable, pero Brahms... Se encuentra en otro nivel —les había dicho al comenzar.

El entusiasmo del hombre era contagioso, la inmensa mayoría de ellas no había oído hablar jamás de Brahms ni de Vivaldi; casi todas eran autodidactas, algunas procedían de agrupaciones populares o bandas que habían surgido como imitación de Sousa. Conocían bien todo tipo de marchas, bailes y canciones populares, pero no sabían nada de sinfonías, sonatas ni conciertos.

No obstante Logan reconocía que eran excelentes intérpretes, que no estaban contaminadas por ideas preconcebidas, ni poseían un ego inflado contra el que tuviese que batallar como sucedía en otras orquestas con músicos profesionales. Si las circunstancias fuesen otras, él podría sentirse totalmente inspirado para llevar a la Orquesta Femenina Wilson a lo más alto, pero sabía que los días como director allí estaban contados.

Lauren trataba de actuar con naturalidad, pero sabía que el esfuerzo que debía hacer para atender a la partitura y dejar de observar al señor Holton no tenía nada de natural. De repente, los gestos que usaba al dirigir se convirtieron en lo más fascinante que Lauren había visto jamás: la manera en la que fruncía el ceño al concentrarse en un pasaje; la forma en que la camisa se ceñía en los hombros al alzar los brazos y pedirles más intensidad le resultaba absolutamente viril; cuando tomaba aire con fuerza justo antes de empezar una obra y se le hinchaba el pecho, ella sentía que era una minúscula partícula de aire atraída por su fuerza; cuando él entonaba algún fragmento para explicarles lo que quería conseguir, ella experimentaba un cosquilleo en la nuca, como si la voz masculina estuviese en la misma frecuencia que sus terminaciones nerviosas y lograra hacerlas vibrar.

Era consciente de que se había obsesionado con el señor Holton. La sensación agri dulce de atracción e incertidumbre que experimentaba por primera vez no la llenaba de idealismo como le sucedía a tantas jóvenes con el primer amor. Intuía que esos sentimientos le traerían solo frustración y sufrimiento pues sentía que él no soportaba tenerla cerca. ¿Por qué, si no, apartaba la vista con los labios apretados siempre que ella lo sorprendía mirándola? ¿Por qué ya nunca se dirigía a ella en privado cuando quería consultar algo referido a la plantilla o la organización? Ahora expresaba cualquier duda desde la tarima, en los recesos de los ensayos.

A Lauren le avergonzaba pensar que él había notado su enamoramiento y rehuía de ella de la misma manera en que los hermanos mayores se esconden de los molestos hermanos menores. Aunque tratara por todos los medios de mostrarse distante y profesional, temía no ser capaz de ocultar lo que sentía cada vez que lo miraba.

Al terminar el ensayo y como era habitual, Sarah se quedó junto a ella para ayudarla a ordenar. Lauren escuchaba el parloteo solo a medias, mientras repasaba en la mente los gestos y miradas furtivas que había sorprendido en el señor Holton para atesorarlos como un bien preciado. En ese momento, Sarah decía algo sobre él.

—Perdona, Sarah, no te he escuchado, ¿puedes repetir lo que acabas de decir?

—Decía que ahora que el señor Holton se muestra más simpático, tiene a las chicas revolucionadas, se pasan el día cuchicheando sobre su sonrisa, lo negro que tiene el cabello y... Bueno... —Sarah enrojeció, de repente, tomó conciencia de la juventud e inocencia de la señorita Wilson—. Ya sabe. —Terminó con un gesto vago de la mano.

No, Lauren no sabía, pero tampoco quería saberlo. Darse cuenta de que no era la única a la que el señor Holton había cautivado la hizo sentir tonta de remate. A pesar de notar que el hombre se mantenía alejado de ella había habido gestos, momentos, que le habían hecho pensar que algo especial sucedía entre ellos, algo que quizá había sido efímero, pero había sucedido; ella no creía haberlo imaginado. Y, por supuesto, la había besado... Pero ahora las pocas certezas de las que había creído disponer se habían transformado en dudas, quizá la inexperiencia le había hecho suponer cosas que solo habían existido en su mente.

—Ya les he dicho que no se hagan falsas ilusiones —continuó Sarah —, está claro que si el señor Holton ha puesto los ojos en alguien es en usted, señorita Wilson.

Lauren dejó a medio recoger las partituras y alzó la vista mientras sentía cómo enrojecía.

—¿Por qué lo dices, Sarah? El señor Holton apenas me mira.

—¡Claro que la mira!

—Eso no es cierto, antes quizá sí, pero ahora...

Sarah miró a la joven con suspicacia.

—Créame, señorita Wilson, el señor Holton la mira de la misma forma que mi Jimmy mira el escaparate de la pastelería.

Lauren sintió cómo se le alborotaba el corazón con el deseo de que las palabras de Sarah fuesen ciertas, pero en su fuero interno sabía que no era así. Desde el día que la había besado en los pasillos de la Academia de la Música, el señor Holton se había dedicado a mantenerse lo más alejado posible de ella.

—Sarah, el señor Holton no siente ningún interés por mí, de ser así yo lo sabría.

—Señorita Wilson, con todo el respeto déjeme decirle que, aunque usted sabe mucho de música y es con diferencia la mejor de nosotras, de hombres no sabe usted absolutamente nada.

Tres días después, la señora Thurber los había citado a Lauren y al señor Holton en su despacho. En ese tiempo, la señorita Wilson se había esforzado con una tenacidad propia de un sabueso bien entrenado en apartar al señor Holton de su mente. Cada vez que comenzaba a divagar con ensoñaciones sobre los gestos, miradas y, sobre todo, del beso que habían compartido, se obligaba a ocuparse de cualquier otra cosa que la ayudara a distraerse.

En esos tres días había aguantado las charlas de cotilleos de su madre que tanto la aburrían, había practicado con el violín hasta casi hacerse daño en los dedos e incluso le había pedido a la cocinera que le enseñara a hacer pan.

Ahora, mientras se dirigía al conservatorio, estaba más o menos convencida de que ya había conseguido superar la peor fase del enamoramiento y que sería capaz de enfrentar la reunión con él con un talante tranquilo y profesional.

Cuando la secretaria de la señora Thurber le abrió la puerta del despacho y el señor Holton se levantó cortés del asiento que ocupaba, el vuelco en el estómago le indicó a Lauren que las defensas que creía haber erigido acababan de ser derribadas sin siquiera resistir un asedio.

—Buenos días —saludó ella en general.

—Buenos días, señorita Wilson —contestó él a la vez que tomaba asiento de nuevo.

La señora Thurber se limitó a sonreírle y a señalar la silla junto al director.

—Señorita Wilson, como le decía al señor Holton, he recibido una petición del Círculo de Artes de Pittsburgh para que la Orquesta Femenina Wilson actúe allí en un ciclo de conciertos.

Lauren lo miró, buscó de manera inconsciente la reacción del hombre, pero él permanecía impasible.

—Bueno, señora Thurber... —Lauren titubeó un poco, un sentimiento cálido y burbujeante la recorría—. Eso es magnífico, ¿cómo supieron...?

—Oh, querida, ya sabe. —La interrumpió la mujer que ya se imaginaba las dudas que iba a plantearle—. No creo que en todo el estado de Nueva York se hable de otra cosa que no sea de nuestra orquesta. ¿Acaso no ha leído los periódicos?

—Sí, claro, pero no pensaba que las noticias hubiesen llegado tan lejos.

—¿Una orquesta formada solo por mujeres? —El señor Holton alzó las cejas —no creo que nadie quiera privarse de tan pintoresco espectáculo.

La señora Thurber rio entre dientes.

—¡Qué cínico es usted, señor Holton! ¿No puede tratarse solo de un verdadero amor por la buena música?

—Ya lo vio usted aquí señora Thurber. La mayoría de la gente que acudió ni siquiera sabía cuándo debía aplaudir y cuándo no.

—Cualquier motivo que acerque a la gente a la música, me parecerá adecuado.

—¿Aunque solo sea un sentimiento de morbosa curiosidad? —inquirió Logan con las cejas en alto.

—Aunque ese sea el caso, sí.

—Pues pueden sentirse profundamente satisfechas, señoras; nadie podría negar que la presentación de la Orquesta Femenina Wilson ha sido un éxito de público y de taquilla. —La voz del señor Holton le producía cosquilleos en la nuca a Lauren, quien se mantenía erguida en el asiento sin atreverse siquiera a mirarlo—. Aunque el presidente de la Filarmónica no ha sido muy amable con nosotros al criticarnos.

—¿Qué esperaba, señor Holton? —De repente, Lauren lo miró de frente—. Nunca he visto una sala tan llena cuando ellos han actuado.

El director lanzó una carcajada que la sorprendió.

—¡Vaya, señorita Wilson! Ignoraba que tenía unas garras tan afiladas. —Lauren lo miró con las mejillas encendidas, y él le sostuvo la mirada con una sonrisa divertida que tironeaba de la comisura del labio superior.

En ese momento, la señora Thurber carraspeó.

—Volviendo al tema de Pittsburgh, parece una oportunidad inmejorable para darnos a conocer y expandir el nombre de la orquesta.

—¿Cuándo sería el ciclo de conciertos?

—Dentro de un mes y medio.

Al recibir la respuesta de la señora Thurber, Lauren miró al señor Holton. Acababa de descubrir que, cuando estaba inmersa en temas relacionados con la orquesta, podía controlar mucho mejor el efecto que el hombre tenía sobre ella.

—Señor Holton, ¿qué opina usted? ¿Cree que en ese tiempo habremos incorporado el nuevo repertorio?

Logan miró a la joven; tenerla tan cerca con esos grandes ojos que parecían brillar y la boca que él recordaba tan dulce y tierna a pocos centímetros de la suya hacía que le costara mucho esfuerzo concentrarse en otro asunto que no fuese el deseo de volver a abrazarla. Se maldijo por el rumbo que tomaban sus pensamientos.

—Si continuamos con el ritmo de ensayo que hemos llevado hasta ahora, sin duda.

—Bien; señora Thurber, ¿hay algo que nos impida hacer el ciclo en Pittsburgh?

—Bueno, se me había ocurrido el problema de la estancia, pero los miembros del Círculo de Artes han dispuesto ya esa contingencia y los recibirán en sus residencias particulares.

—¡Eso es magnífico! Estoy segura de que las chicas se alegrarán muchísimo cuando lo sepan; cada día que pasa están más convencidas de que lo que hacen en la orquesta es algo importante.

Logan se sintió algo mezquino por lo que se disponía a anunciar. Comenzaba a comprender que se había equivocado estrepitosamente al juzgar el interés de Lauren por la orquesta como el capricho de una niña mimada. Ahora sabía que la joven dedicaba gran parte del día a ensayar con las componentes de la orquesta que más lo necesitaban, también preparaba las partituras y los atriles para que todo estuviese listo cuando el resto de la plantilla, incluido él, llegaba a ensayar. A pesar de ser tan joven, Lauren se sentía responsable de todas y cada una de las mujeres que formaban parte de la orquesta, tanto como para enfrentarse a él por defenderlas, recordó con ternura. No, la señorita Wilson no era una niña rica y caprichosa, si lo hubiese sido, él jamás habría llegado a admirarla tanto como lo hacía.

—Señoras, hay algo que deben saber.

Dos pares de ojos lo miraron, curiosos y expectantes.

—He comenzado a enviar cartas a diversas orquestas del país.

Lauren lo miraba sin comprender qué quería decir, hasta que las siguientes palabras que pronunció le provocaron el mismo efecto que si la hubiesen sumergido en una tina llena de hielo.

—En cuanto acepten mi solicitud en alguna de ellas, me marcharé.

Sin ser consciente de lo que hacía, Lauren apretó los puños sobre la falda del elegante vestido de muselina, a la vez que inspiraba el aire con fuerza.

—Señor Holton, creí que usted se encontraba a gusto aquí.

—Y así es, señora Thurber. De hecho, debo admitir que mi reticencia inicial se ha transformado en verdadera admiración por el proyecto, pero mi objetivo nunca fue establecerme aquí.

Lauren asistía silenciosa al intercambio de palabras, tremendamente impactada por el anuncio.

—¿Dónde encontraremos otro director tan prestigioso como usted?

—Créame, ustedes ya levantaron vuelo y no van a tener ningún problema para encontrar alguien que las dirija; no obstante, no me iré de inmediato, acabo de enviar la correspondencia, aún deben llegar a destino y ser consideradas.

—Señor Holton, usted sabe tan bien como yo que el prestigio que posee unido al trabajo que ha hecho con la orquesta femenina hará que lo reciban con los brazos abiertos casi en cualquier lugar.

—De todos modos, no me marcharé hasta que no pase el ciclo de conciertos de Pittsburgh.

—Bien. —La señora Thurber comenzó a acariciarse el mentón en un gesto decidido—. Tendremos que empezar a buscar sustituto desde ya.

Lauren permanecía muda, una única idea le daba vueltas por la cabeza: el señor Holton se iba y al parecer nunca había tenido intención de quedarse. Se sintió estafada, aunque sabía que ese sentimiento estaba fuera de lugar. Buscarían y encontrarían otro director, ella estaba segura de eso, pero no sería el señor Holton. Se dijo que no le importaba, que en realidad nada de eso tenía importancia si no afectaba a la orquesta. La Orquesta Femenina Wilson, tal y como el propio hombre había admitido, acababa de echar a volar. Lauren se encargaría de que ese vuelo no se viese interrumpido por nada ni por nadie. Ese era su gran objetivo. Pero, entonces, ¿por qué de repente se sentía tan vacía?

Lauren sospechaba que, si no se marchaba cuanto antes, acabaría por quedar en evidencia; trató de imprimir en la voz un tono casual y se levantó a la vez que decía.

—Discúlpenme, le prometí a mi madre que volvería pronto para ayudarla a... a hacer unos recados.

Salió sin añadir nada más ni percatarse de la extrañeza con la que se miraron las dos personas que dejaba atrás. No le importaba si le habían creído la excusa o no. Sentía una opresión en el pecho y una tristeza que la asombraron por completo, sobre todo cuando sintió el escozor de las lágrimas que pugnaban por escapar.

—¡Señorita Wilson, espere!

Lauren sintió como el pánico la atenazaba al reconocer la voz del señor Holton. Sin volverse y con la esperanza de que él creyese que no lo había oído continuó sin desacelerar el paso. Justo cuando traspasaba la puerta del conservatorio, él la alcanzó, y la tomó con suavidad del brazo para verla a la cara. Durante unos segundos observó el rostro serio, casi compungido; los hermosos ojos color ámbar parecían brillar. Con incredulidad se dio cuenta de que la joven parecía terriblemente contrariada. Él se imaginaba lo que debía pasarle por la mente.

—Señorita Wilson, permítame acompañarla a su casa.

—No es necesario, señor Holton.

—Insisto.

Lauren apretó los labios. Él supo que se disponía a negarse de nuevo, así que, sin querer darle la oportunidad de que lo hiciera, la tomó del brazo y comenzó a caminar junto a ella.

—Señorita Wilson, creo que usted ha malinterpretado el motivo por el cual busco empleo en otras orquestas.

—No es asunto mío, señor Holton.

Él la observó mientras caminaban; ella mantenía la vista al frente, como si él no fuese más que un molesto e insignificante apéndice empeñado en permanecer a su lado.

—Señorita Wilson sé que la noticia la ha disgustado y también sé el motivo.

Lauren contuvo el aliento y sin poder evitarlo lo miró alarmada—. Se equivoca, no podría importarme menos lo que usted haga o deje de hacer.

Logan supo que ella mentía, empezaba a comprender que el orgullo de la joven era casi tan grande como la tenacidad que poseía.

—Señorita Wilson, no me voy por las razones que usted cree.

—Señor Holton, ya le he dicho que...

—Lauren, sé que se siente molesta, pero mis razones para irme no tienen nada que ver con la orquesta.

Ella se detuvo, consternada. Si no era la orquesta lo que lo hacía querer marcharse, ¿qué entonces? Él adivinó su confusión. No podía decirle la verdad, pero tampoco quería que ella pensara que se avergonzaba de dirigir la orquesta. Puede que eso fuese verdad al principio, pero la situación y sus sentimientos habían cambiado mucho en los pocos meses que llevaba al frente de la dirección.

—Lauren, mírame. —Ella alzó la vista con renuencia, estremecida como siempre que él pronunciaba su nombre—. Lo que dije respecto a la orquesta el día que... —Al ver el encantador sonrojo que escaló por las mejillas de la joven supo que ella sabía qué se refería al día que la había besado—. Lo que dije ese día era cierto. Siento mucha admiración por lo que son capaces de lograr, la constancia, la fe que tienes en el proyecto; todo eso lo ha hecho posible.

—No lo habríamos logrado sin usted, y ahora se marcha. —La voz de Lauren sonó tan triste como se sentía en realidad.

—Nunca tuve intención de quedarme aquí. —Era una verdad a medias, pero ella no tenía por qué saber la verdad completa—. Pero no es porque no crea en el proyecto, de hecho... —Decidió llamarse al silencio, sabía que, si decía lo que pensaba, ella no creería sus razones para irse.

—¿De hecho qué?

—Nada, no es importante.

—Por favor, señor Holton... —La mirada de la joven expresaba la tenacidad que él sabía que poseía, y algo más, algo a lo que no pudo resistirse: un ruego silencioso.

—Sé que harán historia y me siento orgulloso de haber comenzado este camino junto a la Orquesta Femenina Wilson.

—Pero, aun así, se irá.

Él apretó los labios, pero asintió.

—Aun así, me iré.

Lauren se sintió conmovida y se dio cuenta de que imaginar la orquesta dirigida por otra persona que no fuera él parecía algo inconcebible, pero eso no era lo peor: la sola idea de que en poco tiempo él desaparecería de su vida le resultó terriblemente dolorosa.

—Señor Holton, ¿consideraría usted quedarse? —formuló la pregunta con la vista fija en él.

—La decisión está tomada.

Ella se mordió el labio y bajó la cabeza; él la tomó de la barbilla, le levantó el rostro con suavidad y se sorprendió al ver los ojos de la joven cuajados de lágrimas.

—Lauren...

Un golpe sordo en el pecho lo dejó sin aliento por unos segundos. Sin poder ni querer evitarlo la estrechó contra él, mientras luchaba con la débil resistencia que ella ponía.

—¡Sh! ¡Todo está bien, no llores!

—¡Nada está bien! —Hablaban con la voz entrecortada, estremecida. Una vocecilla le decía que se recompusiera, pero el pesar que la inundaba era demasiado grande como para disimularlo; además, los brazos del señor Holton que la rodeaban y el maravilloso olor de su fragancia constituyeron un asalto en toda regla a unas defensas ya debilitadas. —Usted no puede irse.

—Lauren, encontrarán otro director, no tengas la menor duda. —Él le acariciaba con suavidad la espalda mientras le hablaba—. Sobre todo después del éxito de la inauguración.

—Otro director no será usted.

Él esbozó una sonrisa, se sentía extrañamente conmovido, desgarrado por la dulzura y las lágrimas de Lauren; se preguntó si la mujer sollozante que abrazaba era la misma joven que se había enfrentado a él tantas veces sin titubear, pero sí, claro que era la misma, porque Lauren poseía esa maravillosa dualidad que le permitía mostrar la misma pasión para discutir que para responder a un beso.

—Me halagas, Lauren, pero te aseguro que la persona que me sustituya lo hará tan bien como yo, o mejor.

—¡Oh, señor Holton! Usted no lo entiende.

Él se separó unos centímetros y la miró con el ceño fruncido.

—Explícamelo, entonces.

Ella apretó los labios y negó con la cabeza.

—Debo irme.

—No, Lauren, ¿qué es lo que no entiendo?

La joven dudó, se sentía atrapada, sin fuerzas para inventar una mentira que la ayudara a salir del paso, no obstante ¿qué más daba? Él se iría de todas formas, podía leer la determinación fija en la mirada y nada de lo que ella dijera lo haría cambiar de opinión. Se sentía más triste y decepcionada de lo que recordaba haberse sentido jamás.

—No imagino volver a ensayar y que usted no esté. La idea de que va a desaparecer de mi vida me resulta intolerable.

Él se quedó inmóvil, impactado. Lauren, de repente, tomó conciencia de lo que acababa de confesar; se tapó la boca con la mano y sin añadir nada más se alejó a paso rápido mientras el rítmico latir del corazón le retumbaba en los oídos.

Logan la miraba irse, dividido entre la euforia y el miedo. Ahora la determinación flaqueaba, la increíble posibilidad de que Lauren sintiera algo por él casi lo había puesto de rodillas. Por unos instantes, fantaseó con la posibilidad de quedarse, de explorar un nuevo camino que parecía abrirse ante él. Pero entonces recordó que era un hombre vacío, acabado; un hombre débil que debía luchar cada noche por resistir el inmenso deseo de ahogar el recuerdo de lo que había perdido en litros de alcohol. Lo que Lauren deseaba no era más que la distorsionada imagen que él mismo proyectaba. Ella no lo conocía de verdad y, si lo hiciera, se sentiría más que agradecida de que él interpusiese todo un continente de distancia entre ambos.

—Señoras, me consta que desde hace algunos días tienen repartidas las nuevas partituras; de hecho, algunas ya han podido ensayarlas con la señorita Wilson. —Un gesto de asentimiento corroboró lo que decía—. Lo que requerirá mayor esfuerzo es la *Sinfonía n.º 3* de Brahms. Ustedes deben entender la grandeza musical del compositor, un hombre que tuvo que trabajar desde joven para ayudar a su familia, que tenía escasos recursos y que llegó a convertirse en uno de los más grandes compositores de todos los tiempos. Además, Johannes Brahms estaba inmerso en un amor imposible. —Logan ocultó una sonrisa al escuchar suspiros entre las componentes de la orquesta—. Imagínense al pobre tipo, profundamente enamorado de la virtuosa esposa de su mejor amigo, Schumann.

—¿Y ella lo amaba a él? —La señora Finley no pudo evitar preguntar.

Antes de comenzar el ensayo el señor Holton había querido ponerlas en situación, hablarles del compositor para que ellas comprendieran mejor cómo debía ser interpretado. La mayoría de las mujeres que lo escuchaban se encontraban subyugadas por el relato. Logan sabía el poder de las historias, sobre todo cuando narran eventos de gente real.

—Bueno, ella era una honorable mujer casada, pero ¿quién sabe? Se dice que mantuvieron una maravillosa amistad y que intercambiaban algunas cartas en las que se profesaban su amor.

El suspiro fue general. Logan no pudo contener una sonrisa.

—Piensen en toda la pasión reprimida y en el profundo sentimiento de tristeza que suscitaba en Brahms cuando comencemos a ensayar la sinfonía. Usted, señora Preston —dijo dirigiéndose a Sarah—, ponga toda el alma en el solo del tercer movimiento.

Cuando el señor Holton empezó a mover la batuta, Lauren tuvo que reprimir un suspiro de alivio. Cada una de las palabras que él había pronunciado parecían habersele clavado en el corazón.

Apenas conocía al hombre, solo al director, pero sentía que algo muy profundo comenzaba a echar raíces dentro de ella. La admiración; la atracción física; la manera en la que él conseguía estimularlas para dar lo mejor de sí mismas; la forma en que él trascendía, más allá de la ejecución instrumental propiamente dicha; todo lograba darle

una dimensión nueva a la música en la que ninguna de ellas había reparado antes. Lauren no podía evitar como mínimo sentirse agradecida por el inmenso regalo que él, con tanta generosidad, les hacía al mostrarles la música a través de sus ojos. Sabía que profesar tanta admiración a un hombre era abonar el terreno para llegar a enamorarse de él, por eso ella ansiaba conocer algo más de la vida, del pasado del hombre, ahondar en cómo había sido el matrimonio del que había enviudado, según había dicho la señora Wharfield. Tenía el deseo de saber para encontrar en el pasado del señor Holton algo terrible, vergonzoso, oscuro y frío como el agua lodosa de un pozo, algo que apagara la llama del amor que cada vez con más fuerza ardía dentro de ella.

Lauren había temido volver a verlo después de la manera en la que se había marchado, pero el temor había sido totalmente infundado. Él no había mostrado ningún signo de haber entendido lo que ella le había dicho o que esas palabras le hubiesen importado lo más mínimo. Lauren suponía que debía sentir alivio, pero solo sentía dolor. La indiferencia del señor Holton era dolorosa, pero a la vez la ayudaba a comprender lo que debía hacer: no tenía más remedio que sobreponerse a la enorme tristeza que le provocaría verlo partir y dedicar todo el esfuerzo, anhelo y pasión en conseguir que la Orquesta Femenina Wilson fuese apreciada y valorada por el talento de las intérpretes.

* * *

Logan daba vueltas en la cama incapaz de conciliar el sueño, apartó con brusquedad la sábana que lo cubría y se sentó en el borde del colchón, con la cabeza enterrada entre las manos. ¡Maldita mujer! El ensayo por la mañana había sido un auténtico infierno; sentía el cuello rígido por el esfuerzo que había hecho para evitar mirarla; ella al ser la *concertino*, se sentaba a su izquierda, tan cerca que, si la miraba, podía observar la manera en que fruncía los labios cuando se concentraba en un pasaje o el adorable gesto que hacía con el hombro para tratar de apartar el rebelde mechón de fino cabello que escapaba desobediente del recogido. La mujer empezaba a obsesionarlo, se le había metido en la cabeza que era la persona más hermosa que había visto jamás, además de la más valiente, y con semejantes títulos cualquier otra palidecía a su lado.

Pensar que ella sentía algo por él, tal y como había dejado entrever, le parecía tan embriagador como el mejor de los licores y se dijo que precisamente eso era lo que necesitaba: un buen trago de cualquier cosa que lo ayudara a conciliar el sueño y a olvidar el insistente deseo de volver a abrazar y besar a la señorita Wilson. La idea de tomarse una copa comenzó a arraigar cada vez con mayor fuerza en él, hasta el punto en que el deseo de tomar algo se hizo casi insoportable. Mientras maldecía en voz alta tomó un pantalón y una camisa y comenzó a vestirse. Tenía que salir de la habitación, las paredes parecían oprimirlo como si de manera imperceptible se estrecharan para robarle el aire que necesitaba para respirar.

Se sentía sobrepasado, aturdido, dividido entre la voluntad y el deseo. Le parecía que, desde que su familia había muerto, no había hecho otra cosa más que huir; primero del remordimiento, después del dolor, ahora huía de Lauren porque sabía que no era el hombre para ella, ni para nadie en realidad. Solo podía ofrecerle amargura y arrepentimiento. Al final, solo apagaría el entusiasmo y la candidez de Lauren, que era precisamente lo que más le atraía de ella. No se le escapaba el hecho de que ella lo admiraba porque él había sido una parte importante en el proyecto, un director con cierto renombre además, pero, si llegara a conocerlo de verdad, si supiera lo egoísta que había sido, cómo había dedicado más tiempo al trabajo que a su propia familia con la certeza de que siempre estarían ahí para él y, sobre todo, el despojo humano en el que se había convertido después de la muerte de Lindsay y Alfred, no sentiría otra cosa más que repugnancia.

Pero ella no lo sabía. Por eso, a veces, se le hacía insoportablemente dulce pensar que quizá podría darse otra oportunidad.

* * *

Lauren caminaba con paso rápido. Absorta en sus pensamientos no reparó en el saludo que una imponente matrona le dedicaba. Hacía algo menos de una hora había recibido un mensaje de la señora Thurber para invitarla a tomar el té. No había añadido nada más, pero, sin duda, tendría algunas noticias sobre la orquesta, quizá relacionadas con la próxima gira a Pittsburgh.

La señora Thurber actuaba como una especie de mecenas o relaciones públicas. Lauren le tenía una gratitud absoluta, pues los contactos de la mujer y el enorme conocimiento que poseía sobre el mundo musical hacían que el prestigio de la orquesta aumentara junto al número de patrocinadores que querían asociar el nombre de sus empresas o productos con ella, ya que estaba en boca de todo el mundo. Después del concierto inaugural habían realizado algunas pequeñas apariciones en actos conmemorativos de la ciudad o invitadas por algún comité benéfico. Si bien esas actuaciones no habían reportado ganancias al no cobrarse entrada, la señora Thurber había asegurado que, en cuanto se viera la cantidad de público que atraía la orquesta, los patrocinadores estarían más que deseosos de formar parte del proyecto, y así fue. Los ingresos que tenían por el momento eran modestos, pero continuos, y apenas daban los primeros pasos.

Contaban también con el apoyo incondicional de la Asociación de Mujeres Sufragistas, que cada vez tenían más fuerza junto a algunas asociaciones que luchaban por los derechos civiles. Pero no todo eran parabienes. También tenían poderosos detractores, Lauren pronto notó que el señor Holton tenía razón cuando aseguraba que

muchos acudían solo a los conciertos para escandalizarse y hacer ostentación de eso. En un principio, esa afirmación le había molestado porque había creído que él se expresaba con desdén. Ahora que había comprobado que parte del público iba con la única intención de despotricar contra la terrible ofensa al decoro que ellas constituían, tenía que reconocer que el señor Holton había tenido razón desde el principio. La señora Thurber no parecía afectada por las críticas y así lo expresó con cínico pragmatismo:

—Querida, esas personas también pagan entrada.

En casa, la tensa relación que había existido entre Lauren y la señora Wilson parecía haberse aligerado. Aunque sabía que a su madre seguía sin gustarle lo que hacía, la notoriedad que había alcanzado dentro del círculo social que frecuentaba la había aplacado. Por otro lado, la amargura que le provocaba la actitud despectiva que su madre demostraba al verla trabajar se diluía poco a poco. Comenzaba a comprender que la sociedad que a ella le resultaba injusta y, en gran medida, opresiva era la misma que le había permitido a su progenitora conseguir todo aquello que había deseado desde niña.

La señora Wilson nunca había entendido que no hubiese alentado los avances de los distintos jóvenes, todos ellos de familias impecables, que habían intentado cortejarla. Con amargura, lamentaba el día en que había puesto un violín en las manos de Lauren por primera vez, culpaba al instrumento de lo que catalogaba como rebeldía.

Lauren no quería que la única meta en su vida fuese ser esposa y madre. No tenía nada en contra del matrimonio ni de la maternidad, pero no veía posible integrarlos con la pasión que sentía por la música. Le pasaron por la mente los rostros de algunos de los últimos pretendientes que había tenido y no pudo evitar esbozar una sonrisa al pensar lo horrorizados que se sentirían cualquiera de ellos si su esposa se hubiese embarcado en algo tan transgresor como una orquesta formada por mujeres.

Nadie que no amase la música tanto como ella podría entenderlo y aceptarlo. Mientras pensaba, una voz que conocía muy bien la sacó de su abstracción.

—Señorita Wilson, creo que nos dirigimos al mismo lugar.

Como siempre le sucedía, la voz del señor Holton provocó un leve estremecimiento en ella, como si una traviesa mariposa aleteara detrás de su oreja. Se volvió hacia él y lo saludó, procuró usar un tono de voz desenfadado y esquivarle la mirada.

—Buenas tardes señor Holton, si se refiere a la residencia de la señora Thurber, efectivamente nos dirigimos al mismo sitio.

Logan la contempló; de repente, se quedó mudo. La señorita Wilson estaba arrebatadora, llevaba puesto un elegante vestido de paseo con un corpiño ajustado color malva claro y un gracioso sombrero que le enmarcaba el rostro ovalado. Era como uno de esos pastelillos de nata que exhibían en los escaparates de las más selectas pastelerías, delicada, dulce y perfecta. Lo atraía como el néctar atrae a las abejas en primavera.

Sorprendida por la falta de respuesta, Lauren lo miró y se topó con un par de ojos azules fijos en ella con concentrada intensidad. Sobresaltada, apartó la vista.

—No me gustaría llegar tarde —murmuró a la vez que echaba a andar sin mirar si él la seguía.

Él la seguía, por supuesto, como si ella lo hubiese hipnotizado con el vaivén de sus caderas. Se preguntaba al verla tan indiferente si era la misma que unos días atrás había llorado ante la posibilidad de que él se fuera. Y, aunque no quería que ella lo extrañase, que lo atase con lágrimas, se encontró añorando la calidez que el momento le había hecho sentir. Por un extravagante momento imaginó que volvía a abrazarla, que la obligaba a mirarlo con esos hermosos ojos ámbar llenos de anhelo, pero desechó el pensamiento como prueba irrefutable de que el deseo que sentía por ella lo había vuelto loco. Acababa de comprender que los muros y fortalezas que le había costado erigir a lo largo de varias noches de desvelo habían sido tumbados por una sola mirada de la señorita Wilson.

La señora Thurber los estaba esperando, dijo la doncella que les había abierto la puerta mientras los conducía a través de la estancia. Al apartarse para que los dos visitantes pasaran, la señora Thurber se volvió hacia ellos y comprobaron que no estaba sola. Junto a ella había un joven de unos veinticinco años que se levantó al verlos entrar.

—Señor Holton, señorita Wilson. Permítanme que les presente al señor Carlson.

El señor Carlson era alto y esbelto, vestía de manera elegante, aunque sin ostentación. Tenía cabello rubio y ojos marrones y un rostro atractivo de expresión agradable. Los saludó con afabilidad. La señora Thurber les pidió que se sentaran mientras ordenaba con un movimiento de cabeza que les sirvieran el té. Cuando la doncella se marchó, la señora Thurber comenzó a hablar.

—El señor Carlson es el alumno más aventajado del maestro Dvořák. Aceptó encantado sustituirlo cuando usted se marche, señor Holton.

—Será para mí un verdadero honor, es una oportunidad única aprender de alguien de su prestigio —se dirigía al señor Holton al decirlo—. Tuve el inmenso placer de asistir al concierto de inauguración de la Orquesta Femenina Wilson. Me pareció una actuación soberbia.

Lauren lo miró con renovado interés. El señor Carlson parecía profesional y entusiasta, pero ella no pudo evitar preguntarse si poseería la pasión por la música y la capacidad de transmitirla de la que hacía gala el señor Holton.

—Y usted es el *alma mater* de la maravillosa orquesta, ¿no es así? —El joven ahora se dirigía a ella, con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—Creo que ese papel corresponde a la señora Thurber —respondió Lauren con humildad.

—Oh, querida, no diga tonterías. Yo solo ayudé a llamar a algunas puertas, pero usted concibió el proyecto y demostró que era viable, además me consta que dedica gran parte de la semana a ensayar con las demás, incluso en su propia casa.

—Ciertamente, el trabajo de la señorita Wilson es fundamental —intervino Logan, y a la señora Thurber no se le escapó la calidez con la que miraba a la joven al decirlo—. Sin ella, no habríamos podido conseguirlo.

Lauren sintió un agradable cosquilleo al escuchar al señor Holton, se encontró absurdamente feliz por el reconocimiento. Notó cómo enrojecía y tomó un sorbo de té para ocultar la turbación.

—Siento que poder dirigir a la orquesta es una gran oportunidad para mí y les prometo que me voy a esforzar por hacerlo todo lo bien que sea capaz.

—No me cabe la menor duda de ello, señor Carlson —replicó con amabilidad la señora Thurber—. Señor Holton, había pensado que el señor Carlson podría acudir a los ensayos hasta que usted se vaya, para observar el funcionamiento y plantear todas las dudas que surjan; espero que eso no sea ningún problema.

—Por supuesto que no, estaré encantado de ayudarlo en todo lo que me sea posible.

—¡Bien! Entonces todo queda resuelto —exclamó la señora Thurber con alegría.

El señor Carlson esbozó una enorme sonrisa. Lauren quiso responder, pero sentía como si estuviera hecha de duro cartón y esperó que nadie notara la rigidez de la mueca; le había agradado el señor Carlson, pero que se encontrara ahí hacía más real la marcha del señor Holton. Ajeno a la turbación de la joven, Carlson comenzó a hacerles preguntas a ella y a Logan sobre la plantilla y el repertorio mientras la señora Thurber los miraba en silencio con una sonrisa en el rostro.

A pesar de lo extraño que se le hacía pensar que ese hombre sustituiría más pronto que tarde al señor Holton, Lauren tuvo que reconocer que era sumamente agradable, además de educado. Por otro lado, parecía estar tan entusiasmado con el proyecto como ella. Casi sin darse cuenta, se entregó a saciar la curiosidad del hombre con el mismo fervor con el que él preguntaba. Pronto entablaron una conversación en la que solo intervenían ellos.

A Logan no se le escapaba las miradas fascinadas que el señor Carlson lanzaba a la señorita Wilson, ni tampoco lo pronto que ambos parecían haberse olvidado de la presencia de la señora Thurber y de la suya. Se dijo que no debía importarle en lo más mínimo; de hecho, el señor Carlson parecía la respuesta a sus plegarias. A pesar de haber asegurado que no tendrían problema para encontrar otro director, había temido que los prejuicios que muchos sentían ante las mujeres instrumentistas dificultase la tarea. Pensar que, tras que él se marchara, no encontrasen a nadie le había provocado un molesto sentimiento muy parecido a la culpa. El señor Carlson carecía de experiencia, pero la supliría con trabajo y entusiasmo; además, estaba seguro de que la señora Thurber jamás le hubiese ofrecido el puesto si no hubiese estado segura de que podría desempeñarlo con éxito.

Sí, el señor Carlson era como maná caído del cielo y le permitiría marcharse sin pensar en lo que dejaba atrás. Entonces, ¿por qué sentía una repentina opresión en el pecho? ¿Por qué observar la sonrisa que la señorita Wilson dedicaba al joven le hacía querer estrellar la taza de té contra el suelo? En ese momento, el señor Carlson reía por algo que ella había dicho y, al observar cómo ambos se miraban, sintió que no soportaría la escena ni un minuto más.

—Deben disculparme, tengo algunos asuntos que resolver; señor Carlson, lo veré mañana en el ensayo. —Realizó un gesto vago hacia las damas y murmuró—: Señoras. —Salió sin esperar que nadie le acompañase.

Apenas unos minutos después de que el señor Holton se marchase, Lauren se dio cuenta de que habían extralimitado el tiempo que se consideraba apropiado para una visita.

—Señora Thurber, ha sido muy agradable tomar el té con usted y conocer al señor Carlson, pero ya debo marcharme.

El hombre se puso en pie con rapidez al ver que las mujeres se levantaban y se despidió de la anfitriona con una inclinación de cabeza a la vez que decía:

—Señora Thurber no puedo expresar con palabras lo importante que es para mí la oportunidad que me ha ofrecido. Haré todo lo posible por no defraudarla. —Miró de soslayo a Lauren antes de añadir—. A ninguna de ustedes.

Hans Carlson no decía más que lo que realmente sentía. Hijo de un próspero zapatero que había emigrado desde Noruega, había sentido de niño una enorme atracción por la música. Comenzó tocando un pequeño piano que su padre le había regalado a su madre, la primera profesora de música que había tenido, pero con solo diez años pareció evidente que poseía un talento que necesitaba una guía más profesional. Tras acabar los estudios de piano, y subyugado por las actuaciones orquestales a las que había acudido como público, comenzó a sentir el cosquilleo de la dirección de orquesta. Había acabado el último año bajo la tutoría del prestigioso compositor checo Antonín Dvořák. La propuesta de la señora Thurber era más que lo que había soñado. Fue honesto al asegurar que le había parecido soberbio el concierto de presentación de la Orquesta Femenina Wilson, y aunque no pudo evitar escuchar algunas exclamaciones escandalizadas por el hecho de que hubiera mujeres que se exhibían encima de un escenario en lugar de limitarse a un rol de ama de casa, él no les había dado importancia ninguna. Para Hans solo importaba la música, que fuera ejecutada por un grupo de mujeres, para él era una cuestión secundaria.

Una vez en la calle, Lauren le dedicó una luminosa sonrisa.

—Señor Carlson, lo veré mañana en el ensayo.

—Señorita Wilson, ¿me permite esperar con usted hasta que pase un coche?

—No espero ningún coche, señor Carlson, me gusta mucho caminar y apenas son veinte minutos hasta Washington Square.

—En ese caso la acompaño.

—No es necesario.

—Insisto.

Ella asintió con un gracioso gesto de cabeza y una sonrisa. El joven parpadeó obnubilado.

—En ese caso, no se hable más.

Mientras caminaban, el señor Carlson volvió a preguntar por los entresijos de la orquesta. Sentía una especial curiosidad por saber cómo alguien del prestigio de Logan Holton había accedido a dirigirlas.

—No me malinterprete por favor, señorita Wilson —se apresuró a añadir al darse cuenta de cómo sonaba la pregunta—. Creo que la orquesta suena tremendamente afinada y compacta. En poco tiempo, estarán ustedes a la altura de la Filarmónica de Nueva York o de la Sinfónica de Boston, pero resulta extraño que un hombre como él, que no tiene necesidad de demostrar nada, estuviese dispuesto a embarcarse en un proyecto tan... —El señor Carlson carraspeó y se sonrojó un poco; trataba de encontrar una palabra que no sonara ofensiva.

—¿Disparatado?

Al ver el rostro y los ojos redondeados por el espanto del señor Carlson, Lauren no pudo evitar echarse a reír. El joven se sintió desconcertado en un primer momento, pero luego comenzó a sonreír a su vez.

—En realidad, no estoy segura de cómo la señora Thurber consiguió que el señor Holton accediera a dirigirnos, imagino que hay pocas cosas que se le puedan resistir.

—Cierto, es una mujer admirable.

—Más aun si pensamos que el señor Holton, al contrario que usted, era algo escéptico respecto al éxito de nuestra orquesta.

El señor Carlson la miró con las cejas alzadas por la sorpresa. Ella se limitó a asentir.

—Estoy seguro de que ahora se siente profundamente orgulloso de ver lo que ustedes son capaces de conseguir.

“Y aun así se marchará en cuanto pueda”, pensó ella con repentina tristeza.

Por suerte la curiosidad y el interés del señor Carlson por todo lo que tenía que ver con la orquesta parecía no tener límites. Las continuas preguntas hicieron que su incipiente aflicción se disipara, distraída y encantada por la posibilidad de hablar de lo que más la apasionaba.

—Fue una sorpresa descubrir que había mujeres que tocaran instrumentos como los timbales, la trompa o el fagot.

—Hay vida más allá del violín y el piano, señor Carlson, aunque, en honor a la verdad, debo admitir que fue muy difícil encontrar a algunas instrumentistas, principalmente de viento o percusión.

—¿Dónde las encontraron, si me permite preguntarlo?

—La señora Thurber reclutó a algunas chicas del conservatorio, algunas ya habían dejado los estudios, pero ella consiguió que regresaran, también puso anuncios en el periódico. —Lauren hizo una breve pausa, quiso sopesar la conveniencia de contarle el resto; nadie, ni siquiera la señora Thurber, sabía que se había aventurado hasta cerca del

Five Points para preguntar, indagar y sugerir que había una oportunidad de trabajo para cualquier mujer que supiera tocar un instrumento—. Muchas de las integrantes han participado en agrupaciones populares o en el entorno familiar. Tuvimos que trabajar duro, pues una gran parte de ellas no había oído ni un solo acorde de música escrita en toda su vida.

Hans miró a la joven con renovada admiración. Ella le había dicho que vivía en Washington Square, una de las mejores zonas de Nueva York, eso por sí solo proclamaba que era de clase acomodada. Pero, además, resultaba evidente que poseía una buena educación, usaba vestimentas de calidad. Al analizar las maneras pausadas y elegantes que poseía, saltaba a la vista que se trataba de una dama criada entre algodones; aun así dedicaba gran parte de su tiempo a ensayar y a gestionar algo tan complejo como una orquesta.

Cuando por fin llegaron a la enorme plaza, la señorita Wilson le señaló la parte norte, donde estaban las viviendas conocidas como “The Row”. La casa donde se había criado él no era ninguna choza, pero no tenía nada que ver con el encantador estilo de la enorme vivienda ante la que se detuvo la señorita Wilson. Era una mansión con profusión de detalles clásicos: columnas de estilo dórico, según le pareció, sujetaban la balaustrada delantera de mármol. La señorita Wilson era algo más que adinerada, debía poseer una cuantiosa fortuna para vivir en un lugar como ese.

Lauren adivinó lo que el señor Carlson analizaba. Sin duda, tal y como le había ocurrido al señor Holton antes que a él, creía que su dedicación a la orquesta no era más que el capricho de una niña rica.

—La casa es todo lo que pude conservar después de la muerte de mi padre. No nos quedó ni un centavo, señor Carlson.

Él la miró a la cara, sorprendido ante la repentina confesión. Comprendió que ella había podido leer sus pensamientos y tuvo el buen gusto de sonrojarse ligeramente.

—Lamento oírlo, señorita Wilson. Pero no es totalmente cierto lo que dice; usted conservó algo más que la casa, conservó la dignidad.

Lauren le sonrió, una sonrisa franca y llena de simpatía que hizo que el joven parpadeara obnubilado una vez más.

Cuando Logan llegó al salón de ensayos, se encontró con que el señor Carlson ya estaba ahí en plena conversación animada con la señorita Wilson. Ambos eran de edades similares, poseían la misma inocencia de quien no se ha cruzado aún con la adversidad. Formaban una pareja admirable y darse cuenta de eso le provocó un fuego ardiente que le subió por la garganta.

En cuanto lo divisó, Hans se acercó a él.

—Buenos días, señor Holton.

—Señor Carlson. —La sequedad en el tono pasó inadvertida al entusiasmado joven.

—La señorita Wilson ya me ha indicado las piezas que deben practicarse, imagino que empezarán con Brahms.

—Por la mañana temprano, he recibido un mensaje de la señora Thurber, nos han ofrecido tocar en el Carnegie Hall la semana que viene y para entonces aún no tendremos montada la tercera sinfonía. Hoy veremos a Mozart y Haydn.

—Los clásicos nunca fallan.

Logan asintió con la cabeza. En ese momento, se les acercó la señorita Wilson. El señor Holton tragó saliva mientras la observaba. Cuando ella estaba cerca tenía la sensación de que el aire alrededor se condensaba y de que sus nervios se ponían en tensión.

—Buenos días, señor Holton. —Lauren se felicitó por lo serena sonaba—. Le he explicado al señor Carlson el repertorio que interpretaremos; afortunadamente, se encuentra familiarizado con todas las obras.

Logan captó la sonrisa que el señor Carlson dedicó a Lauren. Los celos, amargos como la hiel, le subieron por la garganta hasta que amenazaron con ahogarlo. Ese sentimiento oscuro y ardiente constituyó toda una sorpresa para él, no solo porque no recordaba haberlo experimentado antes, sino porque tampoco tenía razón de ser. Lauren y él no eran nada ni lo serían nunca, era absurdo el sentimiento de agravio que

experimentaba solo porque un joven la mirase con adoración. Desde luego, la señorita Wilson no podía pasarle inadvertida a nadie, menos aun a un hombre joven como el señor Carlson. Luchó por disimular la extraña desazón que lo invadía.

—Precisamente, le decía al señor Carlson que hoy no ensayaremos Brahms. He recibido una nota de la señora Thurber que me informa que el próximo jueves actuaremos en el Carnegie Hall.

—Oh, ¿otra actuación en la ciudad en tan poco tiempo? Eso es muy inusual ¿no es cierto?

—Sin duda, nuestra fama nos precede. —Al decirlo esbozó una sonrisa, y el corazón de Lauren tembló al observar cómo el gesto embellecía las facciones del hombre.

Durante unos extraños segundos, Lauren olvidó todo lo que la rodeaba: a las mujeres que afinaban y practicaban pasajes de especial dificultad, también al señor Carlson, que miraba ensimismado el guion sobre el atril. Ella tenía la atención puesta sobre el señor Holton; la animosidad que una vez había sentido hacia él había desaparecido por completo. Sabía que era un hombre reservado, distante incluso, pero, a la vez, capaz de una enorme pasión que transmitía a raudales cuando dirigía. Carraspeó al darse cuenta de que se había quedado ensimismada e hizo un gesto animoso con las manos.

—Si me disculpan, iré a afinar mi violín.

Durante el ensayo Lauren no dejó de echar miradas furtivas al señor Holton, consciente de que en poco tiempo él se iría y de que era probable que no volviera a verlo nunca más. Junto a él, el señor Carlson observaba los movimientos del director y ocasionalmente le pasaba las páginas del guion. A pesar de ser un hombre alto y evidentemente atractivo, el joven sustituto perfectamente podría haber sido invisible ya que Lauren ni siquiera reparó en él, pero el señor Carlson sí se fijó en ella y con cierto desconcierto no pudo dejar de advertir la concentrada atención que la señorita Wilson prestaba al director, incluso cuando no daba ninguna indicación.

* * *

Tal y como había sucedido la primera vez, el éxito de la orquesta había sido arrollador. El público abarrotaba la enorme sala y, aunque no pudieron evitar que un grupo de detractores desplegara una pancarta donde se leía: “Regresen a casa, conserven la decencia”, lo cierto fue que la sensación de ser aclamadas resultó tan embriagadora como una copa de buen whisky. Tras la actuación, uno de los

patrocinadores, el señor Travis, dueño de un almacén de suministros muy conocido en la ciudad, había organizado una pequeña recepción a la que invitó a la señora Thurber junto a su esposo, al señor Holton y a la señorita Wilson.

Aunque Lauren se sentía bastante cansada, la señora Thurber había señalado la importancia de sociabilizar con la clase alta de la sociedad neoyorquina.

—Querida, deja que te vean, que te conozcan, van a adorarte. Simplemente con tu presencia y forma de ser, quedará en evidencia el nivel de absurda pataleta de las protestas de esa asociación de damas remilgadas.

Así que allí se encontraba Lauren, en una enorme mansión de la Quinta Avenida, en lo que ella había creído sería una reunión íntima de unas pocas personas y que, en realidad, era casi tan numerosa como un baile de presentación. Había cambiado la falda azul y la blusa blanca que usaba como uniforme para tocar por un hermoso vestido de seda malva adornado en el escote con una tira de encaje que bajaba hasta la cintura y de mangas ligeramente abullonadas. El escote del vestido era pronunciado, dejaba ver gran parte de la piel satinada e insinuaba el comienzo del busto.

El señor Travis los había anunciado como si se trataran de miembros de la realeza británica. Todas las cabezas se habían vuelto hacia ellos para mirarlos con sonrisas abiertas y mucha curiosidad. Enseguida, se vieron rodeados por grupos de personas que querían saber todo tipo de cosas variopintas, desde cómo habían aprendido las mujeres a tocar un instrumento hasta qué loción para después del afeitado usaba el señor Holton. La señorita Wilson respondía con paciencia a todas las cuestiones que le eran planteadas con la intención de permanecer impasible, a pesar de que la presencia silenciosa de Logan junto a ella la turbaba; no se le escapaba la mirada de curiosidad que les lanzaban las damas allí presentes, ni el hecho de que algunas preguntas y comentarios fueran malintencionados, como el de la señora Woodward al decir:

—Es evidente que la falta de un prometido o un esposo le permite a usted dedicarle tanto tiempo al arte.

—Cualquier hombre que pretenda ser mi esposo deberá aceptar que continúe con mi dedicación a la música.

La señora Woodward levantó las cejas y lanzó una mirada socarrona al resto de damas que la acompañaban.

—Le auguro entonces una larga soltería, señorita Wilson —respondió, coreada por las risas de sus amigas.

—Cualquier hombre estaría tan agradecido por poder casarse con la señorita Wilson, que el hecho de que ella tenga una ocupación profesional sería un detalle sin importancia.

Lauren miró al señor Holton con la boca abierta por la sorpresa; las risas que el comentario de la señora Woodward había provocado se esfumaron, sustituidas por miradas especulativas en unos casos y de envidia en otros; él, sin darle importancia a la reacción que había provocado le dijo a Lauren.

—Señorita Wilson, la acompañaré a buscar otra copa de ponche. —Sin añadir nada más la tomó del codo y la alejó del grupo que los contemplaba con miradas fijas.

—¡Malditas cacatúas envidiosas!

Lauren ahogó una risita al oírlo.

—Muchas gracias, señor Holton.

—¿Por qué me da las gracias?

—Por lo que le ha dicho a esa... Cacatúa envidiosa. —Sin poder evitarlo, Lauren lanzó una carcajada, cuando se recompuso miró al señor Holton con los ojos aún chispeantes y una sonrisa en los labios, pero se borró lentamente al observar la fijeza con la que el hombre la contemplaba.

Logan la miraba fascinado, el sonido de su risa junto a la línea del esbelto cuello que había quedado expuesto, ambos le habían provocado el ansia inexplicable de deslizar la lengua por toda esa longitud hasta llegar a los suaves labios. Se sentía inerte, sin fuerzas para luchar contra lo que sentía. Cuando pudo volver a hablar, notó que tenía la voz ronca por el deseo.

—No les he dicho más que la verdad: cualquier hombre que pueda tenerla deberá sentirse el más afortunado de los mortales.

Lauren tragó saliva y se mordió ligeramente el labio inferior, tan azorada como emocionada que no supo que decir.

—Señor Holton...

—Por favor, deje de llamarme así. Mi nombre es Logan.

Lauren se sentía mareada por la felicidad que esas palabras provocaban en ella. Sin pensarlo, deslizó la mano por el brazo del hombre para encontrar la de él; tenía dedos largos y fuertes. Dejó que la suya, mucho más pequeña y suave se deslizara hasta que ambas se acomodaron. Logan retuvo el aire sorprendido, pero enseguida comenzó a jugar con los dedos de ella; el rubor y una emoción que no supo definir la inundaron mientras excitantes cosquilleos subían por su brazo, pero, de repente, y con brusquedad él la soltó.

—Lauren, que yo la encuentre la mujer más fascinante que he conocido jamás no cambia nada, que yo prefiera estar con usted, aunque solo sea para contemplarla en silencio, antes que con cualquier otra persona, no borra el hecho de que dentro de poco me iré y no tengo intención de volver la vista atrás. ¿Entiende lo que le digo?

La joven había palidecido mientras lo miraba con los ojos muy abiertos. Logan hizo caso omiso de la mirada desconcertada y dolida de ella.

—Dígame que lo ha entendido.

—Lo he entendido, señor Holton. —Consciente de que si permanecía un solo segundo más junto a él se pondría en evidencia le dio la espalda y se marchó, ajena a las lágrimas que le empañaban los ojos, mientras Logan la veía alejarse con los puños tan apretados que los nudillos se le pusieron blancos.

Logan intentó deshacerse de la molesta sensación que se había apoderado de él mientras veía marcharse a Lauren. Aunque se repetía a sí mismo que no podía hacer otra cosa más que alejarla de él, un incómodo sentimiento lo embargaba. Se sentía mezquino y estúpido, tenía la sensación de que la frágil calma que, con tanto esfuerzo, había logrado alcanzar desde el día en que se decidió a luchar por vivir hasta ese preciso momento se había esfumado sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Había supuesto que alejarse de Lauren lo haría recuperar algo de la frágil paz que con tanto esfuerzo había conseguido, pero mientras la veía mezclarse con la gente sin volver la vista atrás no pudo encontrar ni un ápice de tranquilidad dentro suyo, más bien bullía con remordimiento y anhelo. El hilo de pensamiento se vio interrumpido cuando una sedosa voz murmuró junto a él.

—¡Qué suerte la mía! El hombre más buscado del momento aquí solo, a mi merced.

Logan reconoció a la señora Wharfield, una atractiva viuda a la que había conocido en la recepción que la señora Thurber ofreció tras el concierto inaugural. Hizo un esfuerzo por alejar los pensamientos oscuros que lo atosigaban para saludar a la dama con una ligera inclinación de cabeza.

—Señora Wharfield, exagera usted.

—Oh, vamos, no sea modesto.

Como respuesta él esbozó una sonrisa a la vez que paseaba la mirada por el enorme salón, buscando a Lauren de nuevo. No tardó en localizarla, flanqueada por dos caballeros que parecían babear mientras la contemplaban. Se le esfumó la sonrisa y apretó la mandíbula: olvidó por completo la presencia de la mujer junto a él. Ella, en cambio, siguió la dirección de su mirada y alzó las cejas al darse cuenta de a quién observaba con tanta atención.

—La señorita Wilson, claro, es encantadora. Debería tener cuidado con el señor Williams; es un promiscuo mujeriego y tiene las manos muy largas.

Logan se envaró, fastidiado por haber resultado tan transparente. Apartó la mirada del lugar donde se encontraba Lauren.

—¿Le apetece un ponche? ¿Una copa de cava quizá?

—Cava, por favor. Lo acompañaré. —Y al decirlo enlazó la mano en el codo del hombre mientras se aseguraba acercar su generoso busto junto a él.

Logan apretaba la mandíbula mientras oía el incansable parloteo de la señora Wharfield; llevaba varios días con una sensación molesta dentro suyo, como un zumbido que se activaba en ocasiones y le provocaba una intranquilidad a la que no sabía poner nombre. Sentía cómo se acentuaba el deseo de beber, pero, a la vez, con enorme agradecimiento, constataba que parecía tener una voluntad más fuerte que unos meses atrás para resistirse. No era fácil para él alternar en situaciones como las que se encontraba, con todo el mundo a su alrededor bebiendo y el alcohol tan al alcance, pero hasta el momento nadie parecía reparar en que la copa que portaba permanecía siempre llena y nunca se la llevaba a los labios. Por su parte, Lauren respondía a las preguntas que el señor Williams y el señor Nichols formulaban. Parecían sinceramente interesados por la organización de la orquesta. Puesto que el señor Nichols era uno de los patrocinadores, ella respondía a sus cuestiones con agrado, además del hecho de que implicarse en la conversación con los dos hombres le hacía olvidar el dolor que había sentido tras las palabras de Logan. Unos minutos después, el señor Nichols se excusó aduciendo que había visto a un conocido con el que tenía ciertos asuntos que tratar; entonces, ella se quedó a solas con el señor Williams.

—Es admirable que una dama tan joven y hermosa como usted se dedique en cuerpo y alma a la música —le decía el hombre. A Lauren la mirada fija junto a los ojos ligeramente saltones le recordó a la de un reptil.

—No creo que el físico tenga nada que ver con el grado de implicación en cualquier tarea, señor Williams —repuso ella. Había aprendido a no molestarse con ese tipo de comentarios, entendía que eran la ignorancia y los prejuicios los que los provocaban y no un verdadero deseo de importunarla.

—Por supuesto que no, pero una joven con su educación y belleza no debería tener que trabajar.

—Oh, señor Williams, la posibilidad de encontrar un marido rico que me mantenga me resulta bastante más desagradable que la posibilidad de trabajar en algo que me apasiona.

El hombre esbozó una sonrisa que le provocó un extraño cosquilleo de inquietud.

—Desde luego posee un entusiasmo contagioso, tanto que comienzo a plantearme la posibilidad de incluirme entre los patrocinadores de la orquesta.

—Eso es fantástico, señor Williams, sería todo un honor; además estoy segura de que hacerlo le reportará beneficios. —Lauren comenzaba a entender la utilidad de asistir a ese tipo de recepciones, tal y como la señora Thurber quería hacerle ver—. Ya escuchó usted antes al señor Nichols cuando aseguró que su negocio ha experimentado un impulso muy favorable desde que forma parte de los promotores de la orquesta.

—Hay ciertos detalles al respecto que me gustaría hablar con tranquilidad. Tal vez podría acompañarme a otra sala más silenciosa.

—Creo que la señora Thurber podría ayudarlo mucho mejor que yo, ella se ocupa...

—La señora Thurber está ocupada. Además, estoy seguro que las cuestiones que me surgen podrá resolverlas usted de manera satisfactoria.

Lauren no encontró más motivos para negarse, así que permitió que el hombre la tomara del brazo y la condujera a través de un pasillo hasta una sala de dimensiones modestas y decoración masculina. Debía ser el despacho del señor Travis. Las voces llegaban amortiguadas, lo que, junto a la penumbra reinante, hizo que se sintiera incómoda de repente.

—Señorita Wilson, creo que usted y yo podríamos llegar a un acuerdo muy ventajoso para ambos. —A la vez que lo decía le pasó un dedo por toda la longitud del brazo, contacto que provocó en ella un estremecimiento de repulsión.

Se apartó del hombre y exclamó:

—No sé a qué se refiere, señor Williams.

—¡Oh, por supuesto que lo sabe, cosita linda!

Lauren comprendió que había cometido un gran error al acompañar al hombre hasta allí, así que hizo el intento de marcharse, pero el hombre se interpuso entre ella y la puerta para luego agarrarla con fuerza de los brazos.

—¡Suélteme!

—¡Deje de armar un escándalo! Antes de hacerse la remilgada, escúcheme.

Sin hacer caso, Lauren comenzó a forcejear, pero el hombre le apretó con fuerza los brazos hasta que ella dejó escapar un gemido de dolor; en ese momento, sintió auténtico miedo. Con los ojos muy abiertos y mientras luchaba por contener el llanto hizo lo que el hombre le decía con la esperanza de que entonces dejara de sujetarla con tanta fuerza.

—Usted ha dicho que no espera tener un marido que la mantenga, prefiere disfrutar la libertad, pero yo no le voy a ofrecer matrimonio exactamente. Si quiere que promocióne su ridícula orquesta, tendrá que ofrecerme un incentivo a cambio.

—¡Es usted repulsivo!

La bofetada le pilló tan de sorpresa que por unos segundos Lauren no pudo reaccionar. El hombre la tomó con fuerza de la nuca mientras trataba de meterle la lengua en la boca. Lauren pensó que vomitaría del asco y del miedo que sentía. Comenzó a golpearlo con los puños, pero él le tiraba del pelo hasta provocar que las lágrimas le

resbalaran por las mejillas a causa del dolor. Un instante después sintió que el hombre la soltaba, de repente, a la vez que ella lanzaba un grito mezcla de dolor y pánico. Se dio cuenta, con sorpresa, que alguien más había entrado en la habitación, alguien que golpeaba al señor Williams, quien yacía en el suelo tratando de protegerse la cara con los brazos.

—¡Logan! —El alivio hizo que rompiese a llorar con sollozos que parecían desgarrarle el pecho.

Al oírla, Logan se volvió hacia ella. El señor Williams aprovechó para alejarse, se arrastró por el suelo hasta llegar a la puerta y se puso en pie a trompicones para huir con toda la rapidez que la terrible golpiza que acababa de recibir le permitía.

Logan se acercó a Lauren, a la que el corazón le latía con tanta fuerza que casi le dolía. Sentía tanta rabia que deseó estrellar el puño contra la pared, pero sabía que eso asustaría a la joven más de lo que ya lo estaba. En lugar de eso la abrazó y se estremeció de ternura al sentir cómo ella se acurrucaba contra él, sollozaba y temblaba como un gatito recién nacido. La dulce y valiente Lauren... Quería preguntarle si estaba bien, si el maldito hijo de puta que acaba de huir como una rata le había hecho daño, pero sabía que, si intentaba hablar, la voz le fallaría. Así que se limitó a acariciarle con dulzura la espalda y el pelo, tan suave como siempre pensó que sería. El tiempo pasó sin que ellos se dieran cuenta, hasta que poco a poco Lauren comenzó a tranquilizarse. Los poderosos brazos de Logan la rodeaban con tanta dulzura que casi olvidó lo que acababa de pasar. Al encontrarse entre sus brazos, admitió con cuánta fuerza había ansiado que él la abrazase como lo hacía en ese momento.

—Lauren, ¿estás bien?

Ella tragó saliva, seguía con la cabeza enterrada contra su hombro y se limitó a asentir.

—¿Te ha hecho daño?

—No, estoy bien.

Él notó un timbre raro en su voz, con el ceño fruncido le levantó el rostro y la miró. Las lágrimas le habían pegado las pestañas y su rastro hacía que sus ojos brillaran más de lo habitual, estaba pálida. Entonces, vio que tenía enrojecida la mejilla.

—¡Voy a matar al hijo de puta!

Lauren notó cómo el cuerpo de Logan se envaraba al darse cuenta de que el señor Williams la había golpeado. Con la intención de tranquilizarlo le acarició el mentón, que estaba contraído por la furia, y dejó que sus dedos resbalaran hasta posarse sobre los labios del hombre.

—Sh, estoy bien Logan, por favor no lo pienses más. —Sin ser consciente de lo que hacía se puso de puntillas y dejó que sus labios tomaran el lugar que sus dedos habían conquistado unos momentos antes.

Logan permaneció inmóvil durante apenas una fracción de segundo, suficiente para que la dulzura y el sabor de Lauren le inundaran las venas como si de un potente licor se tratase; se sintió embriagado por el deseo. La abrazó por la cintura y la nuca para acercarla hacia su torso, se estremeció al notar cómo el busto de ella se apretaba contra él. Devoraba con ansias la boca de la joven; con la lengua exploraba, lamía y succionaba con la misma glotonería que un niño pequeño tendría al devorar un pastel. No podía pensar en nada; en ese momento, ninguna razón parecía lo suficientemente importante como para resistir la increíble magia que se producía entre ellos.

Lauren dejó escapar un gemido y él se enardecía al oírla; sin pensar en lo que hacía, la arrastró consigo mientras la besaba y se apoyó sobre un enorme escritorio con ella entre las piernas. Luego dejó que su boca y lengua resbalaran por el cuello de Lauren mientras ella se echaba hacia atrás para franquearle el acceso. Logan notaba cómo la piel de la joven se erizaba bajo las caricias. Deslizó la mano por la parte delantera del vestido hasta toparse con un enhiesto pezón. Lo tomó entre el dedo pulgar y corazón para comenzar a amasarlo con delicadeza. Lauren sintió una llamarada ardiente que parecía inundarle el vientre y le bajaba hasta la entrepierna, de repente, se encontró sorprendentemente húmeda. Sentía una extraña y placentera ingravidez, y supo que no querría estar en otro lugar por nada del mundo. Notó el frío en las piernas: solo entonces se dio cuenta de que Logan le había levantado la falda y con la mano que tenía libre manipulaba los botones del pantalón; ella, llevada por la sorpresa, contuvo el aire y, en ese momento, él pareció tomar conciencia de lo que sucedía y dejó caer la falda a la vez que se apartaba de ella con la respiración agitada y mesándose el cabello hasta dejarlo despeinado.

—¡Maldita sea! No puedo, no debo. Te deseo. Es superior a mí. —Mientras murmuraba frases inconexas movía la cabeza dándose pequeños golpes con la palma de la mano en la frente.

—Logan...

Él la miró con intensidad y no perdió detalle de los labios húmedos y entreabiertos de la joven, los ojos brillantes de largas pestañas y el vaivén agitado en el pecho al respirar. ¡Era tan bella y tentadora! Y él no podía resistirse. Se maldijo en silencio por haberse

dejado llevar por un momento de vulnerabilidad, pero esos instantes habían sido hermosos; poder limitarse a sentir sin pensar en otra cosa más que en la maravilla de tenerla por fin entre sus brazos lo había embriagado más cualquier licor.

—Lo siento, Lauren.

—¡No! No te disculpes. Lo deseaba tanto como tú, y ambos lo sabemos.

Logan esbozó una sonrisa triste. Su intrépida Lauren no iba a tomar el camino fácil ni tampoco jugaría a ser una desvalida damisela, pero, a pesar de ser tan sincera y valiente, era inocente en muchísimos aspectos.

—Tienes razón, te deseo. Con una intensidad que a veces me asusta. —De nada servía negarlo, no después de cómo acababa de actuar; por muy inocente que fuera había sido evidente que se había vuelto loco de deseo en cuanto la había tocado—. Pero esto no va a cambiar nada, hace tiempo tomé una decisión y no voy a echarme atrás.

—¿A qué decisión te refieres?

Logan dudó unos segundos; revelar su pasado le resultaba tremendamente doloroso y, además, le provocaba una terrible vergüenza. Si ella supiese toda la verdad sobre él, huiría asqueada, aun así sabía que le debía una explicación y no quería mentirle. Decidió contarle la verdad.

—Estuve casado Lauren; mi esposa y mi hijo murieron hace casi un año en un accidente de carruaje.

Así que era cierto, Logan era viudo. Lauren se tapó la boca con las manos, abrumada por la pena. Todo su cuerpo le pedía abrazarlo y consolarlo por el evidente dolor que transmitía, pero se dio cuenta de que él no quería recibir consuelo.

—Yo no estuve con ellos; nunca estaba con ellos, Lauren...

—Logan, acabas de decirlo, fue un accidente.

La cara sonriente de Alfred pasó por la mente del director y, con horror, se dio cuenta de que los ojos se le humedecían. No quería hablar, no quería recordar y revivir el dolor ni la culpa.

—No quiero volver a casarme. Tuve una familia y la perdí. No supe cuidar de ellos como merecían. No voy a cometer el mismo error otra vez.

—Pero no es justo que te culpabilices por...

—Eso no es todo, Lauren.

Ella calló, esperó a que Logan continuase hablando.

—Yo empecé a beber a todas horas. La mayor parte del tiempo permanecía inconsciente por el alcohol, apenas comía. Perdí mi empleo. —Movi6 la cabeza lentamente de un lado a otro; Lauren not6 que el hombre se había sonrojado —. Créeme, apenas parecía un hombre. —Sin prestar atención a la exclamación ahogada de ella, Logan continuó—: Hace meses que no bebo, pero debo luchar cada día para resistirme y no volver a caer; no puedo asegurar que siempre ganaré la batalla.

—Estaré a tu lado si eso sucede y te ayudaré.

Él la mir6 sonriente, pero con gesto triste y decisivo.

—No has visto el lado oscuro de la vida. No sabes de qué hablas.

—¡Mi padre murió y nos dejó en la ruina más absoluta! ¿Qué crees que me llevó a fundar a la orquesta? ¿Un capricho? ¡Vendí todo lo que tenía algún valor! —Le tomó las manos en un intento desesperado de que él entendiese—. Sé que puedo soportar cualquier cosa si tú estás conmigo.

Las palabras de Lauren eran tan dulces, la posibilidad de amarla y ser amado por ella parecía algo tan sublime que por un breve instante estuvo tentado de ceder, pero meses de dura resistencia lo habían entrenado para la renuncia y el dolor.

—Lauren, eso no va a pasar. No lo hagas más difícil.

Ella se mordió el labio inferior y lo contempló con un sentimiento de derrota, llena de tristeza. Imaginaba lo terrible que debió ser perder a su familia completa, pero no entendía que se castigase por ello. Sabía que ella le importaba, caso contrario nunca le hubiese abierto su corazón como acababa de hacerlo, pero entendió que tenía una determinación mucho más fuerte que lo que él pudiese sentir por ella. Con los hombros agachados, asintió mientras trataba de reprimir un llanto que solo serviría para subrayar su fracaso.

* * *

Tras llamar a un coche para Lauren y darle instrucciones precisas al cochero para que esperase hasta que la joven entrara a la residencia, Logan volvió a pie hasta el hotel, que no quedaba demasiado lejos del hogar del señor Travis. Estuvo tentado de acompañar a Lauren, pero permanecer un solo minuto más junto a ella era una tortura que no estaba seguro de poder soportar. Cada minuto que pasaba se le hacía más difícil resistirse a lo que la joven le hacía sentir, pero sabía que no merecía esa segunda oportunidad, que de manera irremediable arrastraría a Lauren a la oscuridad que habitaba en él.

Logan había tomado egoístamente el amor, los cuidados y la comodidad que Lindsay

le había ofrecido; estaba centrado en su carrera, tanto que a veces pasaba varios días sin ver a Alfred despierto porque llegaba demasiado tarde a casa. Lindsay nunca se quejó, y él pensó que ella era feliz así. Se dedicaba en cuerpo y alma al trabajo en la orquesta, convencido de que lo que hacía era tan importante que no se cuestionaba su falta de dedicación a la familia. Tenía un vago recuerdo de escuchar decir a Lindsay que estaba preocupada por Alfred, tosía mucho, algo que él no había observado al no estar casi nunca presente. El día que murieron, según supo después por la señora McGregor, una vecina y amiga de su esposa, Alfred había empeorado. La tos era persistente y el niño lloraba porque le dolía mucho la garganta. Lindsay decidió llevarlo al médico.

Logan la imaginaba yendo a paso rápido con su hijo de la mano, preocupada y sola, como siempre. Según había declarado el cochero, habían cruzado la calzada sin mirar y, aunque él trató de girar para esquivarlos, los caballos, asustados por el movimiento brusco y los gritos se encabitaron. Uno golpeó con el casco a Alfred en la cabeza y lo mató al instante, cuando Lindsay se arrodilló sobre el cuerpo de su hijo, el coche la aplastó. En cuestión de unos segundos había perdido a toda su familia.

Demasiado tarde comprendió que hasta ese momento había dado por sentadas demasiadas cosas. La calidez, la comodidad, el amor, la esperanza; todo había desaparecido de su vida de un plumazo. La certeza de que todo el tiempo que no había dedicado a su hijo ya no lo iba a recuperar nunca más era como un yunque que le colgaba del cuello. Sentía el peso de la pena y el remordimiento de manera constante, incluso cuando no pensaba en Alfred o Lindsay de manera consciente.

A veces, cuando contemplaba a Lauren, se permitía fantasear con que otro comienzo era posible; ella hacía que su sangre cosquilleara, que se sintiese vivo, que la pesada carga de culpa que arrastraba se esfumase como se esfumaba una nota en *decrecendo*. Junto a ella, todo fluía con facilidad, sin esfuerzo, pero el sueño duraba demasiado poco y el dolor esperaba paciente un momento de debilidad, de duda o de soledad para volver a atormentarlo.

* * *

Lauren agradeció que su madre estuviera acostada cuando llegó a la casa. La confesión de Logan la había estremecido hasta lo más hondo. En cuanto se encontró a solas, dejó escapar con libertad las lágrimas que había contenido. ¡Cuánto le hubiese gustado poder abrazarlo y sentir que le suponía algún consuelo! Pero de una forma tan evidente como si él hubiese levantado un muro entre ellos, supo que no quería compartir su dolor con ella. Lo amaba profundamente, y desde que tomó conciencia de que el sentimiento que la hacía fluctuar entre la euforia y la desesperación era amor no había tratado de negárselo a sí misma. Había temido el momento de su partida, pensaba que lo perdería para siempre, pero, después de lo que le había contado, se dio cuenta de

que nunca había tenido la más mínima oportunidad de tener un futuro junto a él. Logan se había cerrado a cal y canto a volver a sentir. Puede que la deseara, era un hombre con apetitos normales después de todo, pero nunca se permitiría amarla.

Los ensayos se habían convertido en una especie de refinada tortura en los que Logan se mostraba cortés pero distante, tanto que a Lauren le costaba creer que ese hombre frío y correcto fuese el mismo que con tanta pasión la había besado y acariciado en el despacho del señor Travis. Por más que lo había intentado, no podía borrar el recuerdo de lo ocurrido, su cuerpo ardía cada vez que lo recordaba. Era una mujer joven cuyos sentidos comenzaban a despertar y se encontraba profundamente enamorada; la certeza de que jamás podría tener a Logan la llenaba de desesperación.

La presencia del señor Carlson –Hans, como él le había pedido que lo llamara– la ayudó a sobrellevar los días que siguieron. A menudo, Hans le hacía preguntas sobre los integrantes de la orquesta y le pedía que opinara sobre la ejecución de algunas obras, algo que agradecía, porque sabía que era una deferencia hacia ella, ya que todo lo referente a la interpretación lo trataba con Logan, con el que departía muy a menudo durante los descansos y al finalizar los ensayos. Lauren había observado que Logan trataba al señor Carlson con amabilidad, pero con cierto desapego, podía decirse que ya se había marchado por la indiferencia con la que actuaba. No es que no se tomase el trabajo en serio, pero la pasión y el empuje que parecían haberlo animado antaño habían desaparecido.

Lauren sabía lo que Logan quería hacer; se alejaba de la orquesta y de ella; sin duda alguna, no quería que albergase ni la más mínima esperanza respecto a sus sentimientos.

Ese día, como era habitual tras el ensayo, Sarah se quedó a ayudarla mientras ordenaban el salón de ensayos y guardaban las partituras.

—Es buen mozo, el nuevo director.

—¿El señor Carlson? Sí, supongo que sí.

Sarah hizo una mueca de exasperación.

—Si tuviese ojos para alguien más que para el señor Holton, sabría que es cierto.

—¡Sarah! Eso no es verdad.

—Oh, vamos, señorita Wilson. Sé reconocer cuando una mujer está enganchada a un hombre.

—Enganchada suena muy vulgar.

—Sí, bueno, da igual cómo lo quiera llamar, pero el señor Holton la tiene loquita.

Lauren sintió cómo enrojecía, parecía arder por la vergüenza.

—¿Tan evidente es? —La pregunta se le escapó sin darse cuenta.

La voz de Sarah se dulcificó al comprender el bochorno de su amiga.

—Bueno, si alguien se ha molestado en sumar dos más dos... Cuando están en la misma sala no puede quitarle los ojos de encima. Ni él a usted.

—¿Por qué te empeñas en decir eso? Él parece no reparar en mi presencia, apenas me mira cuando se dirige a mí.

—La vigila como un halcón cuando usted no se da cuenta, señorita Wilson. Le aseguro que su hombre no pierde detalle de ninguno de sus movimientos.

—Él no es mi hombre. —Agachó la cabeza y se mordió los labios al decirlo.

—Quizás, espera alguna señal suya, señorita Wilson.

—Créeme, Sarah, le he enviado todas las señales que una mujer puede dar sin deshonorarse.

Por unos instantes Sarah se quedó muda.

—¿Y?

—Y el señor Holton me ha dejado claro que se marchará pronto y que no desea ataduras de ninguna clase.

—Válgame el cielo, que extraños son algunos hombres.

—Él tiene sus razones.

—¿Está casado? ¿Es un fugitivo de la ley?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces esas razones no son más que excusas y bobadas.

Lauren no quería entrar en detalles con Sarah, sentía que contar lo que Logan le había confiado en un momento de debilidad constituía una especie de traición. Así que decidió no hablar más del tema con la esperanza de que Sarah se olvidara del asunto. Pero unos minutos después, se dio cuenta de que había pretendido demasiado.

—Con el señor Carlson al acecho, estoy segura de que el señor Holton reaccionará tarde o temprano.

Lauren, a su pesar, lanzó una pequeña carcajada, divertida por las palabras de Sarah.

—¿De dónde sacas que el señor Carlson está interesado en mí?

—Oh, vamos, “señorita Wilson por aquí, señorita Wilson por allá...” —remedó con voz aguda—. Parece que no puede dar un paso sin usted.

—Sarah, me halagas mucho, en serio, pero con tantas mujeres como hay en la orquesta, ¿por qué habrían de fijarse en mí el señor Holton y el señor Carlson?

—Porque usted no solo es bella, señorita Wilson, sino que, además, tiene clase, pero no es como esas damas estiradas y aburridas que parecen estar siempre con un pepinillo amargo metido en el...

—¡Sarah!

—Opine lo que opine, señorita Wilson, el señor Holton no va a aguantar mucho tiempo a otro gallo que revolotea en su corral.

* * *

A Logan no se le escapaba la creciente admiración que Carlson experimentaba por Lauren. No era nada extraño, por supuesto, Logan mejor que nadie podía comprender la fascinación que ella despertaba en los hombres. Suponía que lo natural sería que ambos acabaran por enamorarse. En cuanto lograra marcharse y Lauren olvidara el encaprichamiento que creía sentir por él, vería al señor Carlson con otros ojos.

Sí, era lo más natural, y él se alegraría por ellos. No debía ser egoísta; él no quería volver a casarse, sabía muy bien que no sería un buen marido. En poco tiempo se iría, entonces, lo que el señor Carlson y Lauren hiciesen ya no tendría importancia.

Pensarlo le provocaba ganas de aullar de rabia.

* * *

Al día siguiente, iniciarían el viaje a Pittsburgh. Los nervios y el miedo escénico habían hecho acto de aparición en gran parte de la plantilla. Habían conseguido pasaje en tren para todas las componentes de la orquesta que irían; decidieron llevar un programa de cámara para reducir personal y gastos, así como para asegurarse de estar bien acomodadas en el tren y en la ciudad.

De las casi sesenta componentes iban solo treinta para un programa que incluía obras de Mozart, Haydn y Vivaldi. A Lauren le había apenado no poder viajar con la orquesta completa, pero, tal y como les dijo a las chicas, era la primera gira fuera de Nueva York tras apenas unos meses de andadura. Habría más y a la próxima irían todas; y estaba dispuesta a cumplir esa promesa, aunque para conseguirlo tuviera que pagar parte del viaje de su propio bolsillo.

Los miembros del Círculo de Artes de Pittsburgh habían acomodado a las integrantes en sus propias residencias. Además, tuvieron la deferencia para con el señor Holton, el señor Carlson y con ella de alojarlos en el prestigioso Hotel Plaza. También habían reservado un vagón para ellos tres en el que habían incluido a Sarah. Era un viaje de varios días.

Durante la noche anterior al viaje, mientras preparaba el bolso de viaje, Lauren sentía una molesta inquietud que la mantenía intranquila. Le preocupaba la acogida que tendría la orquesta en Pittsburgh y el hecho de que la presión por actuar fuera de la ciudad fuese demasiado para las chicas. Pero, sobre todo, le preocupaba la cercanía de Logan. Había asumido que cualquier sueño romántico que pudiese albergar respecto a él no iba a realizarse y, a pesar de saberlo, no podía evitar emocionarse porque estarían unos días trabajando codo a codo. Que Logan sintiera cierta afinidad hacia ella, poco importaba. Si, como Sarah decía, él no perdía detalle de sus movimientos, no significaba nada. Si cuando la besaba parecía que el mundo desaparecía y solo quedaban ellos dos, nada cambiaba. Con el tiempo, Lauren había llegado a conocer bien la fuerza de voluntad del hombre: Logan se marcharía, ella sospechaba que en breve, y lo haría sin mirar atrás.

El problema era que tener esa certeza no había menguado los sentimientos que ella experimentaba hacia él; por el contrario, cada vez que lo veía sentía cómo crecía el anhelo hasta convertirse en una bola dolorosa que le oprimía el pecho. Se había enamorado de él con toda la pasión que era capaz de experimentar y la imposibilidad de ese amor la llenaba de tristeza y amargura.

La señora Thurber fue a despedirlos a la estación Grand Central, en la calle 42. Lauren había advertido a las chicas que se mantuvieran todas juntas, ya que el tránsito por la enorme estación solía ser caótico y muy pocas de ellas habían hecho alguna vez un viaje en tren. Lauren observó que contemplaban con asombro las bóvedas acristaladas bajo las que permanecían estacionados los trenes. Experimentó un súbito sentimiento de orgullo por la orquesta que había contribuido a crear y comprendió que lo que habían logrado trascendía el hecho de que ellas, que amaban la música, pudiesen dedicarse de manera profesional a ejecutarla. Muchas no habían conocido otro lugar en el mundo aparte de los humildes barrios de los que provenían. Sin albergar otra esperanza más que parir un hijo tras otro con el temor de no poder alimentarlos, el mundo se reducía para la mayoría de ellas a las cuatro paredes dentro de las que vivían, donde el único papel al que podían aspirar era el de criar hijos y calentar el lecho de sus esposos, y donde eran tratadas en ocasiones como objetos útiles, pero sin ideas ni inquietudes propias.

En la Orquesta Femenina Wilson, habían descubierto ser mujeres talentosas, capaces de crear algo hermoso y sublime. Se habían sentido valoradas y admiradas, algunas por primera vez en su vida. Los estrechos horizontes que la sociedad les imponía se habían expandido hasta límites que nunca hubieran imaginado. Ahora muchas de ellas viajaban por primera vez; aquellas que habían tenido maridos reticentes pronto encontraron facilidades en cuanto el dinero comenzó a entrar en la casa. Otras, como ella misma, se habían rebelado contra quienes querían imponerles un modo de vida que no se ajustaba a lo que deseaban.

Se había sonrojado y una amplia sonrisa se dibujaba en su rostro mientras las contemplaba orgullosa, a sabiendas de que algunas de ellas se sentían libres por primera vez, tal como le ocurría a ella.

Logan la contemplaba fascinado, no podía apartar la mirada de su hermoso rostro. Daba gracias al cielo por que la tortura que implicaba tenerla cerca pronto acabaría, pero aún le quedaba una última prueba para la que necesitaría toda la fuerza de voluntad que fuese capaz de reunir. A Lauren le pareció que habían pasado horas hasta que todas estuvieron en sus respectivos vagones y el tren comenzó a marchar. Había supervisado el acomodo de las integrantes de la orquesta para asegurarse de que no les faltara nada y de que estuviesen confortables. Ellas, excitadas como niñas a las que

acaban de regalar muñecas nuevas, asentían a todo con enormes sonrisas y exclamaciones de júbilo. Solo cuando se aseguró de que sabrían dónde encontrarla si surgía algún contratiempo, volvió a su vagón.

El señor Carlson y Logan se encontraban enfrascados en el estudio de una partitura, trataban de decidir si el *ritardando* debía empezar en el compás 184 o en el 186. Por otro lado, Sarah miraba absorta por la ventanilla mientras el tren aceleraba. Al percatarse de su presencia, los hombres dejaron de hablar e hicieron el intento de levantarse, pero ella los detuvo con una mano. El señor Carlson la saludó con una franca sonrisa a la que ella correspondió de manera automática. Por primera vez, pensó en que tan fácil sería todo si en lugar de a Logan pudiese amar al señor Carlson.

A Logan no se le escapó el intercambio de sonrisas entre ambos y, a su pesar, le dolió. Sin decir nada, volvió a guardar las partituras dentro de una cartera de cuero marrón. Lauren se sentó al lado de Sarah, que la miró ansiosa.

—¿Qué tal ha ido todo? ¿Hubo algún problema?

—Oh, no, todas están cloqueando como gallinas en un gallinero, pero han prometido acudir a mí si surge el más mínimo contratiempo.

—No tema, señorita Wilson —intervino solícito el señor Carlson—, estoy seguro de que todo va a salir según lo planeado, ¿qué contratiempo podría surgir?

—Imagino que ninguno, pero algunas de ellas jamás han viajado en tren.

—Lo peor que les puede pasar es que se mareen.

—Supongo que tienes razón, Sarah.

Logan comenzaba a sentir que el vagón era demasiado pequeño; ni la presencia de Sarah y ni la del señor Carlson mitigaban la profunda conciencia que él tenía de Lauren. Si se movía un poco se rozarían las rodillas: la tenía justo enfrente. Sin poder evitarlo, la acariciaba con los ojos con el mismo anhelo con el que deseaban hacerlo sus dedos. Debía alejarse de allí, poner distancia entre ellos antes de ponerse en evidencia como un jovencito imberbe.

—Debo anunciarles algo y creo que es el momento oportuno para hacerlo.

Logan sintió como tres pares de ojos se clavaban en él.

—El consejo ciudadano de Pittsburgh me ha ofrecido fundar una orquesta en la ciudad. No regresaré con ustedes.

Por unos instantes, Lauren sintió que le faltaba el aire mientras unos puntitos negros bailoteaban delante de sus ojos. Para intentar controlar el pánico que parecía haberse adueñado de ella, se clavó las uñas en las palmas de la mano con fuerza.

—Pero la señora Thurber... —Al hablar sonó temblorosa y sintió cómo la mirada de Sarah se clavaba en ella a la vez que la tomaba de la mano con disimulo.

—La señora Thurber lo sabe, por supuesto, pero le pedí que me dejara a mí darles la noticia.

—Oh, señor Holton, eso es tan... Inesperado. —El señor Carlson también parecía aturdido—. Creí que contaría con algo más de tiempo.

—No tengo la menor duda de que está listo para asumir el papel de director titular, señor Carlson.

El joven asintió mientras se sonrojaba por el placer del halago. Logan miró fugazmente a Lauren, quien había empalidecido, pero apartó la vista enseguida. Esperaba que el anuncio los ayudara a ambos a recordar que la suya era una relación que nunca había tenido futuro y que ahora llegaba a su fin.

* * *

Tras anunciar que se iría, Logan había continuado como si nada, ajeno al cataclismo que había provocado en quienes lo rodeaban. Durante todo el día se había mostrado solícito y cortés, sin que nada en la manera en que se conducía dejara traslucir lo que había ocurrido entre ambos. Lauren sabía que no podía esperar otra cosa; en ese aspecto, él nunca la había engañado, pero, aun así, le dolía que el hombre que con tanta pasión la había abrazado apenas unos días antes se comportase con ella como lo haría un amable desconocido. Ella intentó sobreponerse a la idea de que el tiempo juntos llegaba a su fin, pero le había costado mucho volver a la forma de conversar distendida que habían mantenido hasta ese momento.

Cuando llegó la hora de acostarse, Lauren supo que no podría dormir. El corazón retumbaba con fuerza como si se tratase del comienzo de la *Sinfonía n.º 103* de Haydn, y cualquier intento de conciliar el sueño se reveló inútil. Cuando dejó de intentarlo, decidió dar un breve paseo, confiaba en que todos estuviesen ya dormidos. La suave respiración de Sarah le indicaba que la joven lo estaba profundamente. Logan y el señor Carlson compartían vagón por la noche con el señor Steinman, un comerciante que viajaba en el compartimento contiguo, ya que habría sido inapropiado que durmiesen con ellas. Lauren decidió dirigirse al vagón de la cafetería, sabía que estaría cerrada a esa hora, pero confiaba en poder sentarse en uno de los mullidos asientos que allí había y aprovechar la luna llena para mirar el paisaje. Se echó sobre los hombros un grueso chal de lana. Llevaba un vestido suelto, no había querido ponerse el camisón pues quería poder acudir lo más rápidamente posible en caso de que alguna chica la reclamase. El pelo caía suelto hasta la mitad de la espalda.

Al buscar los botines tropezó con uno de ellos y lanzó un breve grito de sorpresa. Esperó unos segundos, para asegurarse de no haber despertado a Sarah; afortunadamente su respiración era profunda y regular. Tras calzarse con cuidado, abrió la puerta y, justo al cerrarla, vio cómo una figura alta se cernía sobre ella. Sintió que el corazón se le detenía por el sobresalto.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Lauren miró con la boca abierta a Logan, que la sujetaba suavemente de los brazos y la escudriñaba con los ojos entrecerrados.

—Sí, por supuesto que estoy bien —consiguió decir tras recuperarse.

—He oído ruidos extraños.

—Tropecé mientras buscaba los botines.

Él asintió, pero no la soltó. Todavía la miraba como si quisiera asegurarse de que lo que la joven decía era cierto. Lauren notó que iba descalzo y que tenía la camisa por fuera del pantalón, abierta casi hasta la mitad del pecho. Tuvo que reprimir el anhelo de acariciar la piel desnuda del hombre.

—¿Adónde vas?

—No puedo dormir.

—No puedes deambular por el tren, no es seguro.

—Todos duermen y además...

—No, Lauren, volverás a tu compartimento.

Ella apretó los dientes, el enfado la ayudaba a recuperarse de la sorpresa.

—¡No eres nadie para darme órdenes! Soy una mujer libre y tomo mis propias decisiones.

—Lauren, no discutas conmigo. No dejaré que te pongas en peligro deambulando sola por el tren.

—Pues acompáñame entonces.

Ella esbozó una sonrisa de triunfo al ver cómo Logan tomaba aire con fuerza y lo retenía unos segundos.

—Lauren, por favor, sé razonable.

—¿Tú me pides a mí que sea razonable? Te has asegurado que entienda de todas las

formas posibles que no vas a permitirte amar de nuevo, pero a la vez no dejas de acecharme, ¿qué puede importarte a ti lo que yo haga o deje de hacer?

—¡Me importa, maldita sea, y lo sabes! —Él se acercó con los dientes apretados.

—Y, aun así, dentro de una semana nos separaremos para siempre; ya podré deambular con absoluta libertad por el mismo infierno, habré dejado de ser una preocupación para ti.

—Nunca dejaré de preocuparme por ti, Lauren.

Las palabras que debían haberla llenado de esperanza le provocaron, por el contrario, una enorme tristeza.

—Pero prefieres refugiarte en tu dolor y no darle una oportunidad a lo que sentimos.

Él se mordió el labio y la miró durante unos segundos con tanta intensidad que ella pensó que podría derretirse bajo el fuego azul de sus ojos. Luego le tomó un mechón de pelo y lo acarició, absorto.

—No lo entiendes, Lauren.

—Explícamelo.

—¡Ya lo hice, por Dios! Estuve casado, fue horrible perderlo todo, no quiero volver a pasar por eso y no puedo asegurarte que no volveré a caer otra vez en el abismo.

—Te condenas a ti mismo por algo de lo que no tienes la culpa y me condenas a mí por tu miedo a volver a sentir.

—¡Oh, Lauren! ¡Ojalá todo fuese distinto! Pero sé que no te haría feliz.

—No, no lo sabes, Logan. No intentes decidir lo que es mejor para mí.

Derrotado, él apoyó la frente en la de ella. Lauren aprovechó para acariciarle con suavidad el rostro, ¡lo amaba tanto! ¿Por qué no podía entender que estaba dispuesta a pelear cualquier batalla si el premio era él? Nadie podría vivir con la conciencia permanente de que la muerte siempre acecha; si así fuese nunca nos separaríamos de nuestros seres queridos y los atosigaríamos para hacerles entender de todas las formas posibles cuánto los amamos, pero así no disfrutaríamos la vida con toda su intensidad. Logan nunca dejaría de sentirse culpable por no haber estado con su familia el día en que murieron, y esa culpa le impedía volver a amar.

—Volveré adentro. —De repente, ella deseaba marcharse, alejarse de él. Tenerlo tan cerca y saberlo tan lejos era una tortura difícil de soportar.

—Lauren...

Pero ella no añadió nada más, entró en el compartimento y se arrojó sobre el estrecho catre, mientras profundos sollozos la sacudían como las olas de un mar embravecido sacudirían a una endeble balsa.

La llegada a la estación de Pittsburgh supuso un ajetreado vaivén de instrumentos y mujeres excitadas que comentaban todo lo que veían con franco entusiasmo: una ciudad muy industrializada que había crecido mucho demográficamente, con población inmigrante europea y afroamericanos. Aunque Nueva York era la ciudad más grande de los Estados Unidos de América, la mayoría de las mujeres apenas se habían movido de los barrios donde residían. En la estación, se vieron inmersas en un crisol de movimiento que las apabullaba, pero que, a la vez, les resultaba fascinante.

El viaje había transcurrido sin ningún contratiempo. Lauren se sentía agradecida por el hecho de que Sarah y el señor Carlson compartieran camarote con ella y Logan. El charloteo constante de Sarah, las agradables discusiones musicales que se establecían con el señor Carlson, los ocasionales paseos hasta la cafetería y las visitas rutinarias que realizaba al resto de las integrantes de la orquesta ocuparon satisfactoriamente el viaje. Después del sorprendente encuentro con Logan, el tiempo había sido mucho más difícil de llenar. A menudo permanecía despierta, fingía dormir y luchaba contra la tristeza que la embargaba al saber que en cuestión de días el hombre al que amaba desaparecería de su vida para siempre.

En ese momento, oyó una voz que la llamaba.

—¡Señorita Wilson!

Al volverse, vio a un hombre de mediana edad, bajo y con un sombrero hongo que mostraba una amplia sonrisa, que, cuando la vio, comenzó a saludarla con la mano mientras se acercaba a ella con pequeños pasitos que parecían saltos de un alegre duendecillo.

—Señorita Wilson, permítame presentarme. Soy el señor Tyson, presidente del Círculo de Artes de Pittsburgh. Bienvenida a nuestra ciudad. —Al decirlo hizo una enrevesada reverencia que le provocó a Lauren una sonrisa.

—Encantada, señor Tyson, pero ¿cómo supo reconocerme?

El hombre soltó una risilla y señaló alrededor de la joven, donde el resto de las integrantes se congregaban con los estuches de los instrumentos, mientras los pasajeros que descendían y las personas que los recibían las miraban con sorpresa. Logan y el

señor Carlson permanecían dentro del tren para supervisar que todo el material que llevaban fuese debidamente descargado.

—Por si semejante despliegue fuese poco, vi una foto suya en el periódico tras el concierto inaugural de la Orquesta Femenina Wilson junto al señor Holton. Déjeme decirle que es usted mucho más hermosa en persona.

Ella sonrió agradecida por el cumplido.

—Muchas gracias, señor Tyson.

En ese momento, Logan se acercó a ellos con largas zancadas y el ceño fruncido.

—¡Lauren!

—¡Señor Holton! Le presento al señor Tyson, el presidente del Círculo de Artes de Pittsburgh.

El señor Tyson observó cómo el hombre, con más pinta de boxeador que de director de orquesta, se relajaba visiblemente al conocer su identidad. Habían intercambiado varias misivas en el último mes.

—Es un placer tenerlo por fin en nuestra ciudad, señor Holton.

—Créame, el placer es mío.

* * *

El primer día en la ciudad transcurrió en una vorágine secuencia de actividades y presentaciones. El señor Tyson los llevó a conocer al resto de personas que formaban la directiva del Círculo de Artes de Pittsburgh. Luego, una de sus miembros, la amable señora Thompson, los acompañó al hotel. El señor Tyson, junto con otros miembros de la directiva, se encargó de acomodar al resto de la plantilla, no sin antes asegurarse que no debía preocuparse por nada.

Lauren se quitó los botines y se recostó en la cama de la habitación. Apenas tenía un par de horas de descanso antes del ensayo general que realizarían en el mismo auditorio donde se llevaría a cabo el ciclo de conciertos y se encontraba agotada por el viaje. Esperaba poder descansar un poco, pero, si bien los pies agradecieron el reposo, la mente parecía no querer darle tregua.

Logan y el señor Tyson se habían reunido en el salón del hotel, Lauren imaginaba que tendrían que concretar muchos asuntos relacionados con el reciente contrato de Logan. Ella creía haberse resignado a la idea de que en unos pocos días él desaparecería de su vida, pero conforme se acercaba el día algo parecía rebelarse dentro suyo. ¿De verdad el único hombre al que había amado en su vida iba a desaparecer así, sin más? Sabía, además, que ella también le importaba, puede que no quisiera casarse con ella, pero sabía que no le era indiferente. Si tan solo los sentimientos que experimentaba por ella fuesen más fuertes que su miedo...

No tenía más remedio que intentar olvidarlo, debía confiar en que algún día lo lograría. También en que el mismo amor que le quitaba el sueño y le hacía desear estar junto a Logan cada segundo de cada día volvería a sentirlo por otra persona. Sí, debía confiar que ese día llegaría.

* * *

Lauren sintió cómo la congoja comenzaba a apoderarse de ella. Logan acababa de marcar el último compás de la *Sinfonía n.º 41* de Mozart, lo que daba por finalizado el último de los conciertos que habían dado en Pittsburgh. El público comenzó a aplaudir con entusiasmo. Lauren trató de animarse con el evidente éxito de la gira. Pero nada conseguía levantar su sombrío ánimo; al día siguiente volverían a Nueva York sin él.

A lo largo de la semana, nada en el comportamiento de Logan había delatado la escena que se había producido entre ambos en el tren: había vuelto a comportarse con su amabilidad y distancia habituales e incluso parecía rehuirla. Las charlas con el señor Tyson se habían repetido y, a menudo, el hombre lo había reclamado para presentarlo a diferentes personalidades de la ciudad. Mientras Logan comenzaba a adaptarse al nuevo trabajo, Lauren sentía que el corazón se le rompía en pedazos.

Tras el concierto, numerosos miembros de lo más granado de la sociedad de Pittsburgh se acercaron a felicitarlos. Entonces, el señor Tyson les contó, con gran alborozo, que Thomas Mellon, uno de los más conocidos magnates de la ciudad, poseedor de negocios bancarios e industriales, los había invitado a una recepción en su residencia.

—En una hora los iré a buscar al hotel.

—Señor Tyson, ¿podría disculparme ante el señor Mellon? —Lauren no se veía capaz de alternar en sociedad como si no estuviera a punto de derrumbarse—. Mañana regresamos a Nueva York y lo cierto es que me encuentro muy cansada.

—Oh, claro, señorita Wilson, pero será solo un momento; el señor Mellon es un gran benefactor de nuestra asociación y siente grandes deseos por conocer a la maravillosa mujer que ha puesto en marcha un proyecto tan brillante. —La desilusión en el rostro del señor Tyson hizo que se sintiera culpable. Era muy probable que el señor Mellon hubiese financiado parte del viaje y la estancia de la Orquesta Femenina Wilson, sería muy descortés de su parte negarse a conocerlo.

—De ser así, señor Tyson, no podría negarme.

—Gracias, señorita Wilson, es usted un ángel.

Hans le dedicó una amplia sonrisa y le dijo:

—Yo mismo la acompañaré de vuelta al hotel en el momento en que usted lo requiera.

—Gracias, señor Carlson, es usted muy amable.

Junto a ellos, Logan permanecía en silencio como si el asunto en nada le interesara. Había recibido las efusivas felicitaciones del público asistente con educada gratitud, pero con la misma actitud distante con la que se había conducido en los últimos días. Lauren deseaba sacudirlo, gritarle, provocar en él alguna reacción que delatara que también sufría por separarse de ella; pero, aunque lo consiguiera, tenía claro que él no cambiaría de opinión y que ella solo expondría, una vez más, lo desesperada que se sentía.

Durante la recepción, a pesar de la enorme cantidad de gente que se acercó a hablarle, Lauren no pudo olvidar ni por un momento que cada minuto que pasaba era un minuto menos que le quedaba junto a Logan. Cuando consideró que había pasado un tiempo prudencial, comenzó a buscar con la mirada al señor Carlson: deseaba marcharse, fingir por un segundo más una alegría que no sentía iba a volverla loca. No veía al señor Carlson, pero la voz profunda de Logan tras ella la sorprendió:

—Yo te acompañaré.

Ella se volvió sobresaltada. Él la miraba con fijeza, como siempre parecía hacerlo.

—Prefiero que me acompañe el señor Carlson; además, todos se sentirán muy defraudados si la estrella del momento se marcha tan pronto.

Sin responder, Logan la tomó del brazo.

—Nos despediremos del anfitrión y nos marcharemos.

Lauren no se vio con fuerzas para añadir nada más. Sentía cómo el corazón le latía enloquecido, no sabía si quería estar junto a él unos minutos más o, por el contrario, era mejor no prolongar el sufrimiento que le provocaba tenerlo tan cerca a sabiendas de que

pronto lo perdería. Una vez que se despidieron del señor Mellon y, tras recuperar los abrigos que habían llevado, se marcharon.

Durante un trecho caminaron en silencio, el semblante de Logan era sombrío. Ella se preguntó si sería el cansancio lo que lo provocaba o si, quizá, también sentía algo de tristeza por la separación. El silencio que se cernía sobre ellos le pareció pesado como un yunque.

—¿Has solucionado tus asuntos con el señor Tyson?

Él la miró con sorpresa, como si hubiese olvidado que ella caminaba junto a él.

—Los más relevantes, sí.

—Es una gran oportunidad para ti. Hoy la sala estaba llena, no te faltará un público entusiasta, y con una orquesta de verdad...

—No digas eso Lauren. Ser el primer director de la Orquesta Femenina Wilson es, hasta ahora, mi logro más notable.

Ella no pudo alegrarse al escucharlo, a pesar de que solo un par de meses antes hubiese dado cualquier cosa por un reconocimiento así que viniera de él.

—No creo que volvamos a tener un director que se encuentre a tu altura, Logan.

Él apretó los labios y se detuvo.

—Escúchame, tu orquesta es un canto a la valentía, formar parte de ella será un orgullo para cualquier director y la oportunidad más evidente de pasar a la posteridad. Nunca desistas Lauren, nunca dejes de creer en ella.

—No lo haré.

Él asintió y reanudó el camino. Ella se mordía los labios, renuente a preguntarle todo lo que realmente deseaba saber: ¿por qué la había acompañado?, ¿pensaría en ella alguna vez?, ¿la había amado, aunque fuese un poco?

Al llegar a la entrada del hotel, él volvió a detenerse y la tomó suavemente de los brazos.

—Lauren, mañana estaré muy ocupado, no podré ir a despedirlos.

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, sentía cómo sus labios comenzaban a temblar.

—Quería despedirme de ti, decirte que... ¡Maldita sea! No encuentro las palabras. — Soltó uno de sus brazos para pasarse la mano por el pelo exasperado—. Lauren, ojalá todo fuese distinto; ojalá yo tuviese algo que ofrecerte.

—Logan, solo te quiero a ti, ¿qué más deberías ofrecerme?

—No me conoces en realidad, Lauren. Mereces un hombre que no tenga que luchar cada noche para evitar emborracharse hasta perder el sentido, alguien que pueda sentir alegría de nuevo, capaz de ilusionarse. Yo no soy así.

—Tal como eres me he enamorado de ti, Logan.

—¡No, Lauren! —La desesperación que sentía era evidente—. Te has enamorado del director, no conoces al hombre.

—No vas a permitir que nadie atraviere tu coraza. Está bien, lo acepto, pero no vuelvas a dudar de que te amo, ¿me oyes? ¡No te lo voy a consentir! —La tristeza y la ira la dominaban a partes iguales—. Esperas que te lo ponga fácil, quieres que interprete el papel de jovencita subyugada por el brillo de un gran director de orquesta. Bueno, déjame decirte que nunca ha sido así. Me pareciste arrogante e informal cuando te conocí, suponía que algo debió ocurrir en Boston cuando aceptaste dirigir la Orquesta Femenina Wilson, ya que habías trabajado con alguien de la talla de Arthur Nikisch, así que sabía que ocultabas algo y, créeme, en mi imaginación era algo mucho peor que el hecho de que bebieses hasta perder el sentido; así que no te atrevas a decirme que es del director de quien me he enamorado. No sabes nada de lo que siento, porque nunca has querido saberlo. Dicho esto, espero de corazón que te vaya muy bien y más pronto que tarde encuentres la fuerza que necesitas para perdonarte. Adiós, Logan.

Tras decir esto, Lauren subió los tres escalones que la separaban de la entrada del hotel sin echar ni una sola mirada atrás, mientras él la observaba con un nudo tan grande en el pecho que creyó que podría ahogarse.

Lauren permanecía despierta, angustiada. Creía haberse preparado emocionalmente, pero acababa de descubrir que no tenía el más mínimo consuelo para aliviar el dolor que experimentaba. ¿Era así como debía acabar todo entre ellos? Una idea comenzaba a darle vueltas en la cabeza; una idea audaz, impropia de una dama, que se imponía a sus débiles escrúpulos con la fuerza de un tornado. Conforme más trataba de desterrarla, más fuerte se hacía.

“Es mi única oportunidad, luego él desaparecerá de mi vida y yo atesoraré el recuerdo en las largas y solitarias noches que sin duda se aproximan. Nadie lo sabrá”. Sentía un cosquilleo no del todo desagradable a causa del temor y la anticipación, pero, a pesar de sus reticencias, supo que la decisión estaba tomada. No se engañaba, sabía que nada de lo que ella pudiera hacer o decir conseguiría que Logan cambiase de opinión, pero decidió ser egoísta. Quería sentirse amada por él, aunque solo fuese una única vez; no era pedir demasiado, ni siquiera le pareció que fuese algo censurable. No creía poder volver a amar a nadie como amaba a Logan, al menos podría experimentar una única vez la dicha de unirse al hombre que lo era todo para ella.

Una vez que tomó la decisión, el temor a verse rechazada la asaltó, pero no permitió que la acobardara. A pesar de ser inexperta en el asunto, sabía que Logan la deseaba con la misma intensidad que ella lo deseaba a él. Antes de flaquear, salió de su cuarto.

Sabía cuál era la habitación de Logan, el número se le había quedado grabado cuando se la asignaron al llegar y, por fortuna, estaba en el mismo pasillo. La moqueta silenciaba los pasos de sus pies descalzos. Gracias a la tenue iluminación de algunas lámparas podía ver por dónde caminaba. Cuando llegó ante la puerta se detuvo, de repente, se sintió indecisa. ¿Qué le diría? Notó como su voluntad flaqueaba y antes de permitirse arrepentirse, estiró la mano y giró la manecilla.

Logan se volvió al sentir un ruido detrás de él. Permanecía de pie, miraba sin ver por la ventana, absorto en sus pensamientos.

—Lauren... —La sorpresa hizo que hablara en susurros.

Ella cerró la puerta sin decir nada. Logan la miraba con avidez, el camisón blanco que llegaba hasta los tobillos, el cabello que caía suave y libre por los hombros, los pequeños pies descalzos. Tragó saliva y apretó los puños.

—¿Qué haces aquí?

—¿Acaso no es evidente? —Su voz tembló ligeramente. Aunque la decisión se había visto reforzada al volver a estar junto a él, sentía como si un enjambre de avispas le revolotearan furiosas en el vientre.

—Esto solo lo hará todo más difícil.

—¿Acaso es fácil ahora?

Él no respondió. El anhelo que siempre experimentaba cuando la tenía cerca casi lo ahogaba; deseaba desesperadamente tenerla entre sus brazos, pero sería un canalla si tomaba lo que ella le ofrecía y luego le daba la espalda.

Lauren se acercó hasta que sus pies casi tocaron los de él y levantó la vista. Quería verlo directamente a los ojos: “¡Dios, qué valiente es!”, pensó Logan con admiración.

—Esto no cambiará nada.

—Lo sé, y no he venido a intentar hacerte cambiar de idea, solo quiero saber qué se siente, cómo es cuando amas a alguien.

Logan pensó que ella pedía demasiado poco; además, que Dios lo perdonase, la deseaba demasiado como para fingir lo contrario. Estiró la mano para alcanzar un mechón de su cabello, admirado por la suavidad que tenía. Le pasó la mano por la nuca, la acercó hasta que chocaron y se apoderó de su boca, primero con dulzura, pero, a medida que se hundía en ella, el sabor de Lauren lo embriagó hasta que creyó el deseo lo arrollaría.

Comenzó a acariciarla por todos lados, enardecido al oír los gemidos de la joven. Sin dejar de besarla, la empujó con suavidad hasta que la tuvo tumbada en la cama. Ella respiraba agitada, los labios estaban ligeramente hinchados y húmedos por los besos; tenía los ojos nublados por la pasión. Lentamente, Logan se despojó de la camisa y del pantalón, hasta quedar completamente desnudo. Luego, sin dejar de acariciar cada parte del cuerpo de la joven que encontraba al descubierto, comenzó a quitarle el camisón.

Lauren era más suave de lo que había imaginado; tenía una cintura estrecha, las caderas se ensanchaban de una manera muy femenina y los enhiestos pechos, coronados por rosados pezones, hicieron que a Logan se le secara la boca.

—Eres como la más sublime sinfonía para los sentidos, Lauren.

Ella sonrió, estaba sorprendida por no sentirse tímida; al contrario, la evidente adoración que leía en los ojos de Logan la llenó de audacia. Deseosa de acariciarlo como él había hecho con ella, comenzó a explorar sus hombros, el pecho, el vientre firme y cubierto de suave vello negro; él aguantó la respiración cuando la mano de ella

descendió un poco más hasta la parte de su anatomía que se erguía orgullosa. Él le atrapó la mano en cuanto notó la leve caricia de ella, y se dedicó con ahínco a retribuir el mismo dulce tormento que ella le había infringido.

Lauren era tan apasionada y dulce que Logan pensó que jamás se recuperaría del impacto de estar con ella. Cuando sus labios se apoderaron con glotonería de los pezones, ella se arqueó hacia él, suplicaba por más caricias. A la vez que con la boca torturaba los pechos femeninos, comenzó a acariciarla con los dedos entre las piernas, excitado hasta el paroxismo al notar una abundante humedad.

Sin ser capaz de resistir ni un segundo más se colocó sobre ella y, con un ligero movimiento de rodillas para facilitar el acceso y mientras trataba tomárselo con calma, comenzó a penetrarla. Conforme el miembro se adentraba en el cuerpo de Lauren, notó como ella se tensaba. Temeroso de hacerle más daño se detuvo, y comenzó a besarla con la intención de distraerla. En cuanto notó que ella se relajaba, continuó la ardiente invasión hasta que entró por completo en ella y la escuchó lanzar un agudo grito. Se detuvo por completo; se sintió un miserable. La deseaba con tanta intensidad que no había podido contenerse.

—Lo siento, Lauren, cariño. Saldré si es lo que quieres.

—No, no —le dijo y lo abrazó con fuerza. Él sintió deseos de llorar de adoración por ella.

Con lentitud comenzó a moverse, primero con suavidad, luego, cuando la pasión lo cegó, con movimientos decididos y constantes hasta que la fuerza del orgasmo más potente que había sentido lo inundó arrastrándolo como una ola arrastra un grano de arena. Cuando por fin pudo volver a ser consciente de lo que lo rodeaba, sintió las suaves caricias de Lauren en la espalda. Se separó un poco y la miró preocupado, temía ver una expresión dolorida en su rostro. En lugar de eso se topó con unos hermosos ojos color ámbar que brillaban y una suave sonrisa.

El golpe que sintió en el pecho le hizo comprender que la amaba. La amaba más de lo que recordaba haber amado antes. La voluntad de alejarse de ella flaqueó y se sintió terriblemente asustado; al tenerla así, en sus brazos, le parecía que todo saldría bien, que los insalvables muros que había alzado comenzaban a derrumbarse. Entonces ella se movió y él se apartó a un lado.

—Déjame que te ayude. —Notó la mirada azorada que ella había dirigido hacia sus muslos y tomó una toalla para luego humedecerla y ayudarla a limpiarse.

Cuando terminó de asearse, ella tomó el camisón y se lo puso. Sin mirarlo. Logan vio cómo Lauren se dirigía a la puerta y se puso en pie, sin saber si dejarla ir o no, ajeno a su desnudez, consciente solo del bombear frenético del corazón dentro del pecho. Quiso

detenerla, pero las palabras no lograron salir, se sentía confuso, asustado y sobrepasado por los poderosos sentimientos que experimentaba. Lauren tomó el pomo de la puerta y entonces se volvió y susurró:

—Gracias.

Logan la vio marcharse y , de repente, sintió que todo estaba mal, que no era así como debían ser las cosas, pero la costumbre del miedo había arraigado con fuerza en él y mientras cerraba los ojos con determinación volvió a repetirse que solo hacía lo mejor para ambos.

Logan no apareció para despedirse. Solo Lauren pareció no sorprenderse. Las integrantes de la orquesta se sintieron desilusionadas, pero ella se encargó de quitarle gravedad al asunto.

—El señor Holton se despidió ayer al finalizar el concierto; las despedidas no son fáciles para mucha gente y, quizá, no quiera pasar dos veces por lo mismo.

Lauren permanecía serena, procuraba organizar junto con Sarah y el señor Carlson el acomodo de los instrumentos, maletas y componentes de la orquesta. Nada en ella delataba que la ausencia del señor Holton le dolía de sobremanera, pero Sarah no se dejó engañar por la tranquilidad que aparentaba.

En el vagón que compartían con el señor Carlson, el muchacho comentaba con buen ánimo los días pasados en Pittsburgh y la felicidad que le producía la excelente acogida que había tenido la orquesta.

—Siempre consideré que era un honor haber sido elegido para sustituir al señor Holton —decía el joven director—, pero, tras ser testigo de la calidad de la orquesta y el formidable recibimiento que ha tenido, no puedo evitar sentirme inseguro. No me cabe duda de que ha dejado el listón muy alto.

—Lo hará usted estupendamente. Ni la señora Thurber, ni el señor Holton, ni yo tenemos ninguna duda al respecto.

—Señor Carlson, comienzo a sentirme un poco mareada. —Hans miró con inquietud a Sarah—. ¿Sería tan amable de ir al vagón de la cafetería y traerme algo de beber?

—Claro, por supuesto, señorita. —Sin dejar de mirarla con atención, el joven se levantó—. ¿Le apetece algo a usted, señorita Wilson?

—No, gracias.

Cuando el hombre salió, Lauren se levantó y puso la mano sobre la frente de Sarah. Ella se la apartó con suavidad.

—Estoy bien, solo quería que nos dejara a solas un rato.

Lauren la miró con sorpresa y esbozó una sonrisa.

—¡Oh, Sarah! Pobre señor Carlson, ¿cómo has podido engañarlo así?

La joven hizo un gesto de la mano para restarle importancia a la situación.

—Ya sabes cómo es cuando empieza a hablar de la orquesta; fue la única manera de hacerlo callar que se me ha ocurrido.

—¡Creía que te agradaba!

—Y me agrada... Mucho —añadió con timidez—. Pero quiero hablar con usted a solas.

Lauren la miró con las cejas en alto, en un gesto que la invitaba a continuar.

—Señorita Wilson, a mí no me engaña con sonrisas y la verborrea sobre lo bien que ha salido todo. Puedo ver la tristeza en sus ojos.

—Sarah, no sé a qué te refieres.

—Creo que lo sabe muy bien. La respetaré si no quiere hablarme del asunto, pero no me tome por tonta, no intente hacerme creer que no ocurrió nada entre usted y el señor Holton.

—¡Es que en realidad no ocurre nada!

—Pero a usted le hubiese gustado que suceda, ¿no es cierto?

Lauren se mordió el labio. Cualquier rastro de sonrisa había desaparecido. La desesperación que había conseguido mantener a raya hasta ese momento amenazaba con desbordarla. Tragó saliva y miró directamente a su amiga.

—Sí, Sarah, me habría gustado.

—¿Está enamorada de él?

—Con toda mi alma.

—¡Y él también de usted!

—No, te equivocas.

—Claro que no, cualquiera podía verlo en la manera en que la mira, está siempre pendiente de lo que hace.

—Pues de ser así, no me ama lo suficiente.

—Los hombres no suelen pensar con claridad cuando de sentimientos se trata, señorita Wilson.

—En este caso creo que es al contrario, Sarah —respondió Lauren con tristeza—. Creo que Logan aún piensa demasiado en el pasado y eso le impide vivir en el presente. — Lauren observó que Sarah la miraba confundida—. El señor Holton tenía esposa e hijo. Ambos murieron en un terrible accidente del que él se siente culpable. Se ha prometido a sí mismo no volver a casarse jamás.

Al oírla, Sarah le tomó la mano y la apretó con suavidad. Durante unos segundos permaneció en silencio, como si tuviese que digerir lo que la señorita Wilson acababa de contarle. Luego, retomó la conversación.

—Cuando murió Fred, mi esposo, Jimmy solo tenía un año. Yo no tenía familia a la que recurrir y gran parte del dinero que habíamos ahorrado se fue en los gastos del funeral. —La voz de Sarah se había vuelto más grave y había enfocado la mirada en un punto por encima de sus cabezas—. Recuerdo los primeros meses como una época atroz, donde mis sentimientos oscilaban entre la desesperación más oscura por verme tan sola con la responsabilidad de un hijo pequeño a mi cargo sin la certeza de si podría encontrar un trabajo decente para mantenerlo y la tristeza de saber que nunca más vería a mi esposo. —Sarah esbozó una sonrisa soñadora—. El bueno de Fred era tan alto y apuesto, siempre tan alegre. No creía que jamás encontraría de nuevo alegría ni felicidad en mi vida, señorita Wilson, y eso que yo tenía a Jimmy. El señor Holton se quedó completamente solo de repente; créame, aún no puede pensar con claridad, cuando lo haga volverá a por usted.

Lauren quiso sonreír, pero en lugar hacerlo, se le escapó una especie de sollozo.

—¡Me gustaría tanto creer que será así, Sarah! Pero no puedo pasar toda mi vida a la espera de que eso suceda, no quiero vivir así. —La joven no era consciente de que se le habían comenzado a humedecer los ojos—. Lo amo con todo mi corazón, pero no puedo vivir prisionera de una esperanza que quizá no se materialice jamás.

Sarah la miraba con compasión, sentía una profunda admiración por la joven que con tanta dignidad afrontaba el dolor de un corazón roto. Sin saber qué más decirle, se sentó junto a ella y la abrazó. Entonces Lauren no pudo aguantar más la inmensa pena que le agarrotaba el pecho y dio rienda suelta a las lágrimas que amenazaban con ahogarla.

En ese momento, regresó el señor Carlson.

—Señorita, le he traído... —interrumpió lo que iba a decir al observar la extraña situación que se desarrollaba ante él. Sarah le hizo un gesto para pedirle que no dijera nada.

Lauren comenzó a espaciar los hipidos y sollozos hasta que, unos minutos después, logró tranquilizarse por completo. Aceptó el pañuelo que el señor Carlson le tendía, trató de esbozar una sonrisa.

—¿Se encuentra usted bien, señorita Wilson? ¿Quiere que le traiga otra limonada?

Sin saber por qué, la pregunta hizo reír a Sarah. Él se limitó a contemplarla mientras la joven se tapaba la boca para contenerse, como si acabase de escuchar el chiste más gracioso de todos los tiempos. Con el ceño fruncido murmuró:

—Me alegra resultarle tan divertido... Creo.

—Oh, señor Carlson, no se ofenda por favor. —Sarah trató de recomponerse y al conseguirlo lanzó al joven una luminosa sonrisa.

—Estoy bien, señor Carlson —intervino Lauren—. Hay veces en las que cerrar puertas es tan doloroso como necesario.

* * *

Logan procuraba ocupar los días con un ritmo de trabajo tan frenético que cualquier otro hombre en su lugar habría caído derrotado cada noche sobre la cama. En cambio, a él el sueño le rehuía.

Esa increíble fuerza de voluntad que le había permitido alejarse de Lauren, flaqueaba cada minuto que se permitía pensar en ella. Y la única manera de no hacerlo era trabajar como si su vida dependiera de ello. Pero, cuando llegaba la noche y se encerraba en la habitación que había alquilado, nada se interponía entre él y la terrible nostalgia que sentía.

Estudiaba las obras hasta aprenderse de memoria la más insignificante de las indicaciones, hacía anotaciones; incluso llegó a comprar un piano vertical de segunda mano para poder componer dentro de la habitación. Se veía obligado a tocar con una tela sobre las cuerdas el piano para no molestar al resto de residentes, pero nada conseguía alejar de él la oscura tristeza que se negaba a abandonarlo.

Una noche, mientras buscaba unos apuntes antiguos sobre cantatas de Bach, se topó con una caja de madera. Al tenerla en sus manos, sufrió un sobresalto; no recordaba haberla conservado. Con sorpresa se dio cuenta de que el sentimiento desgarrador que le había impedido hasta ese momento pensar siquiera en ese trozo del pasado había desaparecido. Solo quedaba una profunda compasión hacia esas vidas perdidas tan pronto. Se sentó en la banqueta del piano y la abrió. El rostro de Lindsay lo miraba sonriente desde la fotografía que había conservado, sostenía a Alfred en el regazo. Contemplar esos rostros tan queridos lo inundó de calidez. Recordaba el día en el que la tomaron: su esposa había insistido en que él también posase, pero Logan quería una foto de ambos para llevarla siempre que saliera de gira.

—No tengo ningún interés en ver mi propio rostro.

Ella le había sonreído, ¡la dulce Lindsay! Siempre tan amable y bondadosa. Además de la foto, había conservado un pequeño sonajero de hueso de ballena, que había sido el preferido de Alfred, y el anillo de bodas de Lindsay. Acarició a los objetos con cariño y melancolía. Con extrañeza pensó que contemplarlos no le causaba el dolor que había temido sentir cuando decidió guardarlos. Era como si formasen parte de una vida anterior, como si de repente, sin que él supiera cómo, estuviese listo para dejarlos ir.

Una solitaria lágrima le resbaló por el mentón sin que lo notara. Los había amado mucho; habría cambiado su vida por la de ellos sin dudar si fuese posible. Pero no lo era. Ellos habían muerto y él seguía vivo. Entonces comprendió que hasta ese momento se había negado a aceptarlo. Las lágrimas amenazaban con desbordarse y con la foto abrazada contra el pecho les dio rienda suelta por primera vez en casi dos años.

A la mañana siguiente, cuando despertó, se dio cuenta por la claridad que entraba por la ventana de que había dormido mucho más de lo habitual. Todavía sujetaba la fotografía, arrugada y húmeda; le echó una última mirada y volvió a meterla en la caja. Sentía como si algo se hubiese liberado dentro suyo, como si un fuerte nudo se deshiciere de a poco.

Habían pasado tres meses desde la última vez que había visto a Lauren, pero el tiempo no había logrado mitigar en lo absoluto lo que sentía. Se había negado con fuerza a creer que algo así fuera posible, pero ya no tenía más remedio que admitirlo: la amaba profundamente, como no recordaba haber amado antes a ninguna mujer, ni siquiera a Lindsay. De repente, al aceptar los profundos sentimientos a los que no se había atrevido a poner nombre, se dio cuenta de que todo era más simple de lo que él había imaginado y que el altísimo muro que le parecía que lo separaba de ella no era más que arena que el viento se llevaba.

Ella también lo amaba, lo sabía sin dudar. Al recordar la última noche que pasaron juntos, una tierna sonrisa se le dibujó en la cara. Tenerla en sus brazos había sido como estar en el cielo: ningún pensamiento amargo lo había perturbado durante las horas gloriosas que habían compartido. ¿Cómo había podido estar tan ciego?

Con un ánimo completamente diferente al de días anteriores, se aseo y se vistió, listo para tomar el desayuno que la señora Riddeck, quien le alquilaba la habitación, habría preparado y para enfrentar el día de ensayos con un optimismo que hacía muchísimo tiempo no sentía.

Al llegar al local de ensayo, el señor Tyson lo esperaba con un periódico en la mano.

—Buenos días, señor Holton, veo por su aspecto que ha dormido usted bien.

—En realidad no, señor Tyson. —Logan suavizó la extraña respuesta con una gran sonrisa—. Aunque lo cierto es que me siento estupendo.

—Me alegra oír eso. He venido a preguntarle qué tal va todo, aunque el *concertino* ya me ha dicho que están encantados con su labor.

—Y yo con ellos, se lo aseguro, son unos músicos excepcionales. —Así era. La calidad interpretativa de los músicos de la emergente Orquesta Sinfónica de Pittsburgh era impresionante; aun así, Logan echaba de menos la frescura y el entusiasmo de las mujeres de la Orquesta Femenina Wilson.

—¡Excelente! No sabe lo que nos costó convencer al consistorio de la necesidad de que una ciudad en pleno crecimiento como Pittsburgh contara con una orquesta propia; sería quedarnos atrás si no pudiésemos ofrecer a nuestros vecinos verdadera cultura.

Logan sonrió ante la exageración del señor Tyson. En el poco tiempo que lo conocía, había llegado a apreciar el sincero amor por la música que tenía y el orgullo casi paternal que experimentaba ante la consolidación de la orquesta que con tanto ahínco había ayudado a crear.

—¡Casi me olvidaba, señor Holton! Hay algo que creo que le gustaría ver. —Tendió hacia él un ejemplar del *Pittsburgh Post-Gazette*—. Ábralo por la sección de cultura.

Logan sonreía mientras buscaba la sección que el señor Tyson le había indicado. Suponía que habría alguna referencia a la recién creada orquesta o a él mismo. Pero no era sobre la Orquesta Sinfónica de Pittsburgh sobre lo que hablaba la sección cultural, sino de la Orquesta Femenina Wilson.

Aún sonreía mientras leía el titular: “La Orquesta Femenina Wilson se estrena bajo la batuta de un nuevo director”. Una fotografía ilustraba el artículo. En ella reconoció al señor Carlson junto a Lauren y, de perfil, como si no supiese que la iban a fotografiar, aparecía también Sarah. A Lauren se la veía sonriente, feliz por el éxito que habían obtenido. El corazón de Logan dio un vuelco por el anhelo que experimentó al contemplar el rostro de la joven y la determinación de volver junto a ella se hizo firme. Pero al leer el pie de foto borró la sonrisa de golpe y sintió como lo inundaba un sudor frío y una sensación de ahogo: “El señor Carlson, nuevo director de la Orquesta Femenina Wilson, junto a su esposa, la señora Carlson”.

A pesar de no compartir la certeza de Sarah de que Logan tarde o temprano volvería a buscarla, una pequeña esperanza se negaba a morir dentro de ella. Se negaba a creer que podría olvidarla como si nunca hubiese formado parte de su vida; sabía que le importaba, no había soñado la ternura y la pasión con la que la había amado la única noche que pasaron juntos.

Pero los días pasaron y se convirtieron en semanas, y las semanas en meses sin tener ni la más mínima noticia de Logan. Cada vez le costaba más mantener viva la esperanza, hasta que, varios meses después del último encuentro, no tuvo más remedio que aceptar que él jamás volvería y que probablemente había logrado olvidarla.

* * *

Logan se aferró al trabajo como un náufrago se agarraría a una tabla para evitar ahogarse. Demasiado tarde había comprendido lo equivocado que había estado al creer que, si evitaba a Lauren, recuperaría la paz que la muerte de su familia le había arrebatado, sabía que nadie más que él era responsable de la desesperación y el vacío que ahora lo atormentaban. Cuando echaba la vista atrás, reconocía que solo las veces que ella había estado entre sus brazos él se había sentido en paz. Creyó ser justo y sensato al alejarse de la joven. Quizás así había sido, ya que el único consuelo que le quedaba era la evidencia de que ella había conseguido sobreponerse a la pasión que habían compartido y que ahora había encontrado la felicidad junto a un hombre mejor que él.

Pensar que el señor Carlson estaba unido a Lauren de por vida lo hacía jaderar de celos, ¡qué ciego había estado! Ahora no la tenía a ella, pero sí al dolor que había pretendido evitar. Debía realizar un esfuerzo consciente cada mañana al despertarse para salir de la cama, la música había dejado de importarle e incluso le parecía extraño pensar que durante toda su vida había significado tanto para él. La tentación de volver a beber se hacía casi insoportable; pero, por muy extraño que sonara, el recuerdo de ella lo ayudaba a resistir: ella lo había amado y por la memoria de todo lo que le había dado no quería volver a convertirse en el desecho que había sido.

Una mañana, al volver del ensayo, el señor Riddeck le tendió un sobre. Leyó con extrañeza el nombre del remitente, ¿qué podría querer la señora Thurber? Tras disculparse con los caseros subió a su dormitorio y con impaciencia rasgó el sobre. Una cuartilla doblada en dos junto a lo que parecía una tarjeta cayó sobre el escritorio. El corazón le bombeaba como un fuelle. Se dio cuenta de que era la posibilidad de recibir noticias de Lauren lo que lo impulsaba el ritmo frenético. Leyó con avidez:

Estimado señor Holton, recibo con agrado las noticias sobre el éxito de la recientemente fundada Orquesta Sinfónica de Pittsburgh, aunque, sin ánimo de halagarlo, no puedo decir que la noticia me sorprenda si tengo en cuenta el excelente trabajo que realizó el tiempo que estuvo frente a la Orquesta Femenina Wilson.

El motivo de esta misiva no es otro que invitarlo al estreno mundial de la Sinfonía n.º 9 del maestro Dvořák, a la que ha llamado “Del Nuevo Mundo”. Creo que no peco de audaz si me atrevo a asegurar que la obra supera en originalidad y sentimiento a cualquier otra que haya escuchado antes.

No aceptaré una negativa. Como verá, le adjunto la invitación para el estreno. Creo que se alegrará mucho de tener la oportunidad de asistir al que, estoy segura, será el evento musical del siglo.

Atentamente,

Jeannette Thurber

Logan leyó la carta dos veces antes de examinar con atención la invitación. El estreno era el día 15 de diciembre, justo un mes más tarde, en el Carnegie Hall. Sin sorprenderse, vio que la interpretación de la Sinfonía no correría a cargo de la Orquesta Femenina Wilson, sino que sería interpretada por la filarmónica de la ciudad bajo la batuta de Anton Seidl.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió un conato de interés y pensó que le gustaría asistir al estreno de la sinfonía del maestro Dvořák. No se le escapaba que, tal y como la señora Thurber señalaba en la carta, la ocasión sería histórica, pero sabía que, si iba, se encontraría con Lauren junto a su esposo. Eso no creía poder soportarlo. Nada deseaba más que volver a ver a Lauren, perderse en esos impolutos ojos color ámbar, poder estrecharla de nuevo y confesarle lo mucho que la amaba y lo equivocado que había estado. Pero eso ya no era posible, la había perdido para siempre y tenerla tan cerca a sabiendas de que estaba tan lejos de su alcance como si se hubiese mudado a la luna era más de lo que podía soportar. Arrugó la invitación y la arrojó al suelo, luego se sentó ante el piano dispuesto a tocar algo que lo distrajese, pero en lugar de eso enterró la cabeza entre las manos mientras el dolor de la pérdida volvía a devorarlo.

* * *

El conductor del coche de alquiler que la llevaba hasta el Carnegie Hall se detuvo unas cuadras antes de llegar.

—Lo lamento mucho, señorita, pero me resulta imposible avanzar más.

Lauren asomó la cabeza por la ventanilla y observó que, en efecto, el tráfico de carruajes era tan intenso que tardaría mucho menos si realizaba el resto del trayecto a pie que si esperaba a que el cochero pudiese avanzar.

—No se preocupe, me bajo aquí mismo. —Tras pagar el servicio, Lauren se encaminó con paso decidido hacia la esquina de la Séptima Avenida y la calle 57, donde se encontraba la gran sala de conciertos que había comenzado a construirse tan solo tres años antes.

Al observar la ingente cantidad de personas que accedían al edificio, Lauren experimentó una mezcla de entusiasmo y zozobra. La señora Thurber había reservado asientos para ella, Sarah y el señor Carlson, pero sospechaba que no sería fácil llegar hasta allí.

—¡Señorita Wilson!

Al oír el llamado, giró la cabeza y vio llegar a Sarah junto con su esposo, Hans Carlson. Sonrió aliviada por la posibilidad de buscar juntos los asientos que la señora Thurber había reservado. Mientras trataban de avanzar entre la gente, Sarah parloteaba excitada mientras su esposo la miraba con cariño. Lauren no pudo evitar sonreír. La relación entre ellos la había tomado completamente por sorpresa, pero, tal y como su amiga le había confesado, la atracción que los había unido había sido tan repentina e imparable como un espectáculo de fuegos artificiales una vez que el señor Carlson comprendió que el interés romántico que Lauren había despertado en él no era correspondido.

Unos quince minutos más tarde por fin llegaron al palco de la señora Thurber, que ya estaba allí junto a su esposo. Tras saludarse, tomaron asiento. Lauren dejó escapar un suspiro de alivio al poder descansar los pies, se había puesto unos botines de tacón alto a los que no estaba acostumbrada. El bullicio alrededor semejaba el zumbido constante de una plaga de langostas, la gente se saludaba aquí y allá. Comentaban emocionados el evento que se disponían a presenciar. Cuando los músicos comenzaron a salir al escenario, el murmullo de la gente disminuyó ligeramente. Lauren contemplaba con interés profesional cómo los componentes de la orquesta tomaban asiento y comenzaban a afinar antes de la entrada del director.

De manera vaga, notó que alguien más accedía al palco del señor y la señora Thurber, pero, al mismo tiempo, el señor Seidl entraba al escenario, por lo que ella, al igual que todos los asistentes, se puso de pie y comenzó a aplaudir. El murmullo excitado que percibía a su alrededor le hizo girar la cabeza. Una sensación de extraña ingravidez la inundó al observar a Logan darle la mano al señor Thurber. Sintió las manos repentinamente frías y temió desvanecerse. Para evitarlo, se agarró con fuerza al asiento que tenía delante mientras rezaba por que no se le notara el temblor en las piernas. En ese momento, él alzó la vista y sus miradas se cruzaron.

Durante un breve segundo, todo lo que los rodeaba desapareció. Lauren estudió con avidez los rasgos masculinos, pero los ojos de Logan no transmitían nada, permanecía serio e impassible, tan solo un músculo de su mentón se movió, como si él apretara los dientes con fuerza. Logan fue el primero en recuperarse, se dirigió hacia el señor Carlson para estrecharle la mano a la vez que decía.

—Señor Carlson, qué placer volver a verlo.

—¡Señor Holton, el placer es mío! ¡Qué grata sorpresa!

Solo entonces se volvió hacia ella. Lauren luchaba con todas sus fuerzas para mantener las emociones a raya, pero el corazón se le había alborotado tanto que estaba segura de que todos podían oírlo. La tristeza sustituyó con rapidez a la sorpresa que había experimentado al verlo aparecer de repente, ¡parecía tan indiferente! Como si esa última noche de intensa pasión que habían compartido nunca hubiese tenido lugar.

—Señora Carlson, me alegro de volver a verla.

—¿Señora Carlson? —Lauren lo miró confundida.

—Leí lo de su enlace en el periódico.

—Pero eso es imposible...

—Señor Holton, discúlpeme. —Hasta ese momento la presencia de Sarah le había pasado inadvertida—. Yo soy la señora Carlson.

La orquesta comenzó la interpretación en *adagio*, de modo que se vieron forzados a sentarse en silencio. Logan tomó asiento junto a Lauren. La sangre le corría con tanta fuerza por las venas que no oía nada más que el frenético latir del corazón.

Lauren no estaba casada con el señor Carlson. Repasó la noticia que tanto lo había trastornado. Se dio cuenta de que en ningún lugar ponía que ella fuese la señora de Hans Carlson, él lo había dado por supuesto al verla en la fotografía y leer el pie de foto.

A pesar de la expectación con la que había esperado el espectáculo, Lauren era incapaz de concentrarse en la música que interpretaba la orquesta. La presencia de Logan junto a ella hacía que se sintiera tan débil como un polluelo que se cae del nido;

había albergado la certeza de que, por fin, tras los largos meses transcurridos, había comenzado a olvidarlo. Reaccionar así le hizo comprender que jamás podría suceder. En ese momento, la mano de él se cerró sobre la suya, que lo miró sobresaltada. Logan se inclinó hasta que con la nariz rozó la oreja de ella provocando un delicioso cosquilleo y susurró en su oído.

—Salgamos. —Sin soltarle la mano se puso en pie, la obligó a seguirlo e ignoró las miradas sorprendidas de los ocupantes del palco.

En silencio Logan se encaminó hasta el amplio vestíbulo y la condujo junto a un enorme macetero. Lauren sentía como las palabras bullían dentro de ella como insectos atrapados en un bote, ¿qué hacía él allí? ¿Por qué había creído que ella era la señora Carlson? ¿Qué pretendía al sacarla casi a rastras del auditorio? Pero permanecía con los labios sellados, impresionada aún por la repentina presencia de Logan. Él la tomó por los brazos con suavidad y comenzó a hablar.

—Lauren, sé que ha pasado mucho tiempo y que es probable que lo que voy a decirte ya no tenga ninguna importancia para ti, pero no quiero volver a pasar por este tormento sin intentarlo siquiera. Siempre has tenido razón, a pesar de tu juventud has demostrado ser mucho más sabia que yo: me refugiaba en mi dolor porque me había acomodado a él. Tenía miedo a vivir, tenía miedo a volver a sentirme responsable de la felicidad de nadie. Creía que si negaba lo que me hacías sentir tarde o temprano acabaría por desaparecer.

—¿Y no fue así?

Él esbozó una sonrisa carente de humor.

—Lauren, me alejé de ti para huir del dolor sin saber que nada dolería más que tu ausencia. Una vez me dijiste que me amabas, pero yo le quité importancia a tus palabras. La desesperación que sentí al pensar que te habías casado con el señor Carlson fue un pago justo por mi soberbia.

Ella permaneció en silencio, tratando de asimilar lo que él le decía. Tenía miedo de malinterpretarlo.

—¿Qué significa esto, Logan? ¿Qué quieres de mí?

—¡Quiero todo de ti! Te quiero cada día de mi vida junto a mí. —Sin poder reprimirse más, Logan la estrechó contra él y prosiguió con voz encendida—. Solo te necesito a ti, Lauren, eres la única persona que me hace feliz de verdad, pero no lo entendí hasta que te perdí. Dime que no es demasiado tarde, que no lo he estropeado todo.

Ella rio contra su pecho. Se sentía capaz de flotar, tan grande y perfecta era la felicidad que sentía.

—¿Demasiado tarde dices? Habría esperado por ti toda una vida.

Él sonrió de pura dicha. Sin importarle la presencia del conserje que los observaba con curiosidad, besó a Lauren con todo el amor que sentía. Al mismo tiempo un aplauso atronador estalló dentro de la sala y ambos rompieron a reír.

—Parece ser que les ha gustado mi declaración.

—Y eso que no han probado tus besos... —respondió ella mientras le guiñaba un ojo a la vez que él rompía a reír, por primera vez en mucho tiempo se sentía tan libre como un pájaro.

NOTA DE LA AUTORA

Da capo es, evidentemente, una obra de ficción, pero tanto algunos personajes que aparecen en ella, como circunstancias que se relatan en esta historia, ocurrieron en la realidad.

Jeannette Thurber fue la primera mecenas mujer de los Estados Unidos de América y también la primera en crear un conservatorio de música en ese país. Gracias a su empeño y a unas condiciones realmente ventajosas, consiguió atraer al excelente compositor checo Antonín Dvořák, el cual compuso su famosa Sinfonía del Nuevo Mundo inspirado en las músicas populares estadounidenses. El estreno de esta sinfonía, tal y como aparece en *Da capo*, fue el 15 de diciembre de 1893 en el Carnegie Hall, y fue interpretada por la Filarmónica de Nueva York dirigida por Anton Seidl. El éxito fue arrasador y, aunque el protocolo indicaba que no se debía aplaudir hasta el final de la obra, el público estalló en aplausos enfervorecido tras cada movimiento, lo cual explica que, en tan breve tiempo, Lauren y Logan escucharan aplausos provenientes de la sala.

Me he tomado la licencia de crear una orquesta femenina unos treinta años antes de tiempo. La inclusión de la mujer en las grandes orquestas no ha supuesto un camino fácil; de hecho, algunos grandes directores contemporáneos se han mostrado reacios a que una mujer forme parte de las orquestas como instrumentista profesional.

Debido a la escasez de hombres provocada por la Primera Guerra Mundial, algunas orquestas empezaron a ser mixtas. Una de las primeras formada exclusivamente por mujeres fue la Hour of Charm Orchestra, fundada por el estadounidense Phil Spitalny en la década del 30 del siglo xx. Resultó un proyecto muy novedoso, y era frecuente su colaboración en programas radiofónicos.

Por último, permítanme explicarle que el término “*da capo*” es una expresión en italiano –como la mayoría de las usadas en la música clásica– y que significa literalmente “a la cabeza”, o sea, al principio de la obra. Me pareció una forma muy apropiada de expresar el nuevo comienzo que experimenta el protagonista masculino de esta historia.

Como habrán podido intuir, la música en general me apasiona; y la clásica, particularmente. Al igual que Sarah, toco la trompa, aunque yo con menos éxito y maestría que ella, sin duda.

Les deseo un pleno disfrute de la lectura de *Da capo* tanto como yo he disfrutado al escribirla.

AGRADECIMIENTOS

Que esta novela haya visto la luz no ha sido, ni mucho menos, mérito exclusivamente mío, he contado con mucha y muy inestimable ayuda:

En lo referido al violín –materiales, características, obras–, he tenido el asesoramiento de una persona muy especial y querida, Joaquín Aliseda, excelente violinista y mejor persona. Muchas gracias, Joaquín, por tu disposición para resolver mis preguntas siempre con agrado.

También Esther Ortiz, administradora de la web “El Rincón de la Novela Romántica”, puso mucho de su parte para que esta novela pudiera ser publicada.

Y Pablo Barajas Vela, director de la Banda de Alcobendas, siempre amable y dispuesto a resolver mis dudas.

OBRAS MUSICALES

“Rondó”, del Concierto para violín n.º 2, de Paganini.

Esta obra es interpretada por Lauren cuando es rechazada por la orquesta de Nueva York.

Concierto para piano y orquesta en sol menor, op. 33, de Dvořák.

Logan admira esta obra.

Sonata para violín n.º 15, de Mozart.

Esta es la obra que interpretaba Lauren cuando fue oída por la señora Thurber.

Sinfonía n.º 41, “Júpiter”, de Mozart.

Esta es la Primera obra que interpreta la Orquesta Femenina Wilson.

Concierto para trompa n.º 3, de Mozart.

Esta es una de las obras que interpreta la Orquesta Femenina Wilson con Sarah como solista.

Sinfonía n.º 103, de Haydn.

Lauren compara el latir de su corazón con el ritmo de esta obra.

Sinfonía n.º 3 en fa mayor, de Brahms.

Esta es una de las obras que interpreta la Orquesta Femenina Wilson.

Sinfonía n.º 9, “Del Nuevo Mundo”, de Antonín Dvořák.

En el estreno de esta obra, Lauren y Logan se vuelven a encontrar.

Los derechos de estas grabaciones pertenecen a sus autores.

*A aquellas tres cosas que los Antiguos
consideraban imposibles
debería sumársele esta cuarta:
hallar un libro impreso sin erratas.
Alonso de Cartagena (1384-1456)*